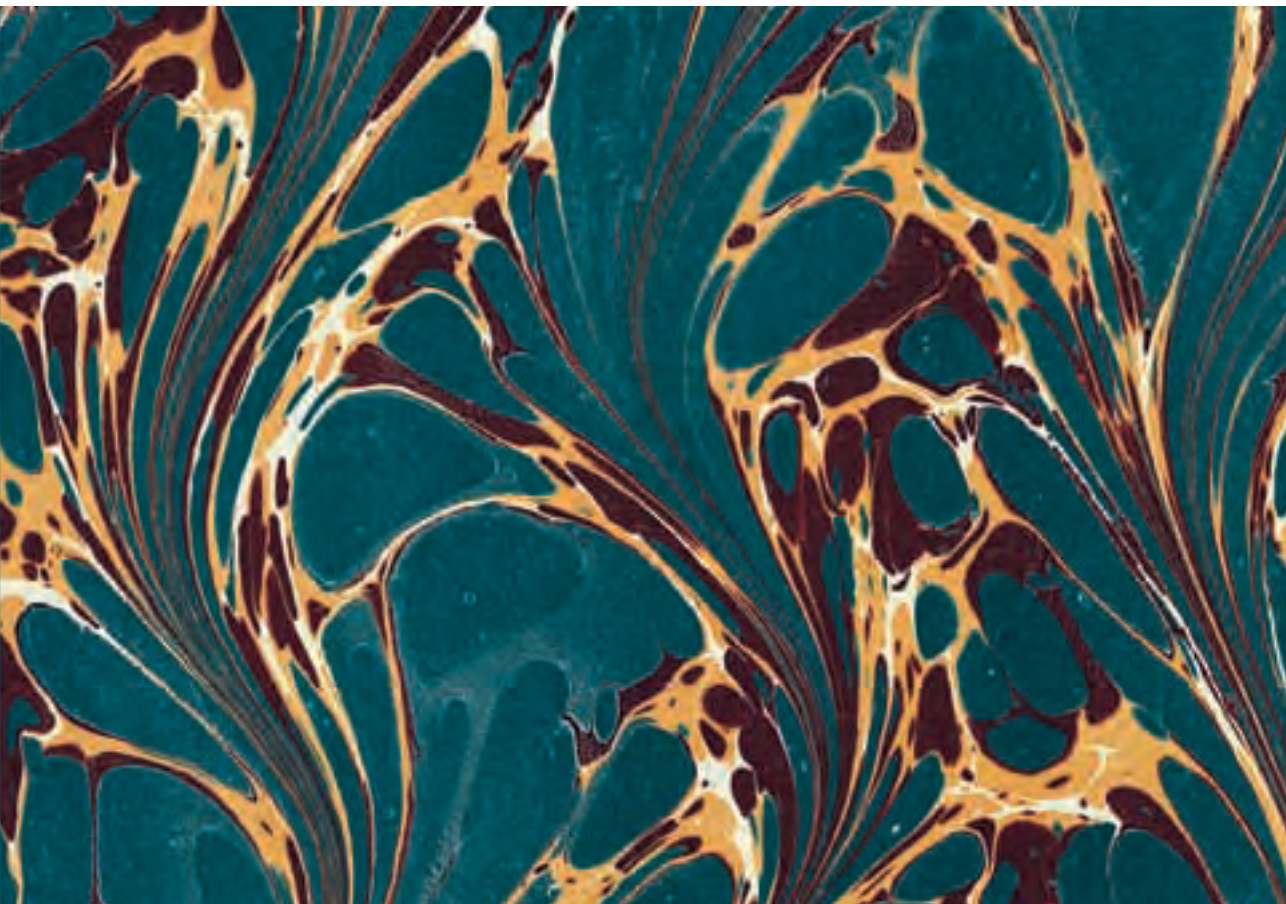


Madrid en 1808  
El relato de un actor

RAFAEL PÉREZ









RAFAEL PÉREZ

MADRID EN 1808  
EL RELATO DE UN ACTOR

117 21



Nota

Este escrito se guardó en un Pabellón  
mas á pocos dias & la 2<sup>a</sup> entrada  
de los Franceses en Madrid que  
fue en 4 de Diciembre de 1808.

Quando dejaron esta Capital  
para no volver á ella en 28 de  
Mayo de 1813 se buscó y no se  
encontró y se ha tenido por per-  
dido hasta que en 1819 ha apare-  
cido habiéndole buscado con mas  
diligencia, en el mismo parage  
en que se ocultó donde ha been  
mancuado 11 años por eno la  
mayor parte de los documentos  
que cita se encuadernaron en li-  
bro separado y solo los que se oc-  
ultaron con este escrito ban a-  
ñadidos al fin de él y son...

Decretos de Carlos 4<sup>o</sup> para la pri-  
sion de su hijo.  
Manifiesto de Ceballos

RAFAEL PÉREZ

## Madrid en 1808 El relato de un actor

Relación de cuanto ocurrió cada día de aquel año desde el motín de Aranjuez, y de las noticias que corrían diariamente. Es el retrato fiel de cuanto sucedió día por día. Escrito por Rafael Pérez, actor del teatro. Cada día se escribía lo ocurrido en el anterior.



BIBLIOTECA HISTÓRICA

Madrid 2008

EDICIÓN AL CUIDADO DE  
Joaquín Álvarez Barrientos  
Ana Isabel Fernández Valbuena  
Ascensión Aguerri Martínez

INTRODUCCIÓN Y NOTAS  
Joaquín Álvarez Barrientos

EDITA  
Dirección General de Archivos, Museos y Bibliotecas

DISEÑO Y MAQUETACIÓN  
Adela Morán

© Ayuntamiento de Madrid. Área de Gobierno de las Artes  
© De la Introducción, el autor

IMPRESIÓN  
Julio Soto  
FOTOMECÁNICA  
Cromotex  
FOTOGRAFÍAS  
Pablo Linés

Página 1: Alejandro Blanco (grabador), José Ribelles  
(dibujante), *Dos de mayo de 1808. Pelean los Españoles  
con los Franceses en la Puerta del Sol* (detalle), Museo de  
Historia, Madrid

Páginas 4, 68, 80 y 90: Rafael Pérez, *Madrid en 1808*.  
Biblioteca Histórica, Madrid.

ISBN: 978-84-7812-697-2 Depósito Legal: M-18433-2008



AYUNTAMIENTO DE MADRID

ALCALDE PRESIDENTE

*Alberto Ruiz Gallardón*

DELEGADA DEL ÁREA  
DE GOBIERNO DE LAS ARTES

*Alicia Moreno*

COORDINADOR GENERAL  
DE INFRAESTRUCTURAS CULTURALES

*Juan José Echeverría*

DIRECTORA GENERAL  
DE ARCHIVOS, BIBLIOTECA Y MUSEOS

*Belén Martínez*

JEFE DEL DEPARTAMENTO  
DE ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS

*M.<sup>a</sup> del Carmen del Moral*



Con motivo de la celebración del segundo centenario de la Guerra de la Independencia y del levantamiento del pueblo de Madrid, el Ayuntamiento ha puesto en marcha la edición de una completa serie de textos conmemorativos. Todos ellos ven la luz con el objetivo de complementar las obras ya existentes y ampliar el conocimiento sobre un periodo fundamental en la historia de nuestro país, a través de la publicación de documentación, inédita hasta la fecha, que se conserva en los archivos municipales. Así, no sólo tratamos de recuperar la memoria de aquellos días, sino que intentamos también arrojar nueva luz sobre aquellos acontecimientos.

El presente volumen es uno de esos documentos excepcionales, nunca publicado hasta la fecha, que se conserva en la Biblioteca Histórica. Se trata de un manuscrito redactado por un actor de la época, Rafael Pérez, que relata los sucesos que inauguraron la Edad Contemporánea en España, desde el punto de vista del pueblo de Madrid, al que él mismo pertenecía. Y es ahí, precisamente, donde reside la excepcionalidad de su testimonio.

Desde la primavera de 1808, con el motín de Aranjuez, hasta el final de ese otoño esperanzado, que concluye con una nueva invasión francesa que traicionaría las esperanzas de muchos, Rafael Pérez nos acompaña, a la manera de Virgilio, por las asombradas calles del Madrid que fue, a veces infierno y a veces anhelado paraíso, a lo largo de aquellos meses.

Este cronista de excepción narra los hechos con plena visión de futuro, sabiendo que su ciudad está haciendo historia, pero sin ser consciente de que su país está cimentando una nueva conciencia nacional. La sobriedad aparente de la prosa, hilvanada con muy pocas admiraciones, y la narración, siempre en pasado y en tercera persona, acreditan que el texto no es un ardid literario,

hilvanado por alguien que conoce los mecanismos de la ficción. Se trata de una crónica de los hechos vividos.

Rafael Pérez, tal y como se detalla en la excelente introducción a esta edición y en todas las fuentes consultadas que se citan, se ciñe a la historia. Actúa como virtuoso informador de su presente inmediato, participando, al mismo tiempo que sus conciudadanos, de la incertidumbre que destila, en 1808, el Madrid ocupado: los altos de El Retiro, donde los franceses se atrincheran; los campamentos de la Casa de Campo, en los que polacos e italianos planean la desertión de los ejércitos napoleónicos, o los puentes sobre el Manzanares, que congregan a la gente sencilla para recibir al nuevo Rey, tras el motín de Aranjuez. La ciudad es, por tanto, un torrente por el que fluyen las noticias, los miedos y las esperanzas de un pueblo que trabaja ya, a su modo, por los derechos que hoy llamamos constitucionales.

De esta manera, es privilegio para el Ayuntamiento de Madrid rescatar del olvido a Rafael Pérez, cómico cuyas vivencias, estoy segura, emocionarán a sus lectores, dos siglos después.

## ÍNDICE

13	INTRODUCCIÓN <i>Joaquín Álvarez Barrientos</i>
13	CARÁCTER Y PECULIARIDAD DE <i>MADRID EN 1808</i>
18	LA VIDA DEL ACTOR Y PROFESOR RAFAEL PÉREZ. EL TRIUNFO DE LA NUEVA BURGUESÍA
39	RAFAEL PÉREZ, UN ACTOR QUE ESCRIBE
57	CRITERIOS DE EDICIÓN
58	NOTICIA BIBLIOGRÁFICA
61	FUENTES DOCUMENTALES
63	BIBLIOGRAFÍA
69	MADRID EN 1808
71	[ <i>Mes de marzo. Motín de Aranjuez</i> ]
79	[ <i>Mes de abril</i> ]
94	[ <i>Mes de mayo</i> ]
104	[ <i>Mes de junio</i> ]
119	[ <i>Mes de julio</i> ]
128	[ <i>Mes de agosto</i> ]
139	[ <i>Mes de septiembre</i> ]
149	[ <i>Mes de octubre</i> ]
151	[ <i>Mes de noviembre</i> ]
152	[ <i>Mes de diciembre</i> ]
157	AGRADECIMIENTOS



Juan Masferrer (grabador), Salvador Mayor (dibujante),  
*Levantamiento simultáneo de las provincias de España contra  
Napoleón, año 1808* (detalle), Museo de Historia, Madrid.

*Este escrito se guardó en un palomar, a pocos días de la segunda entrada de los franceses en Madrid, que fue el 4 de Diciembre de 1808. Cuando dejaron esta capital, para no volver a ella, en 28 de Mayo de 1813, se buscó y no se encontró, y se ha tenido por perdido hasta que en 1819 ha aparecido, habiéndole buscado con más diligencia, en el mismo paraje en que se ocultó, donde ha permanecido durante once años.*

RAFAEL PÉREZ

#### CARÁCTER Y PECULIARIDAD DE MADRID EN 1808

*Madrid en 1808* figura en el libro de registro de la Biblioteca Histórica Municipal de Madrid iniciado el 15 de abril de 1932 por Manuel Machado, entonces director de la misma, con el número 15723. No hay noticias ni de la fecha, ni del modo (por compra o donación) en que llegó a ella. El siguiente libro comienza el 2 de agosto de 1934. Al no tener ninguna información al respecto, es imposible trazar la trayectoria de un texto como éste, que es peculiar por varias razones.<sup>1</sup>

Primero, porque su autor es un cómico, y, aunque cada vez habrá más intérpretes que escriban tratados sobre su arte, dejen por escrito sus recuerdos e incluso compongan obras dramáticas, a comienzos del siglo XIX todavía los actores formaban un grupo caracterizado por su poca preparación y cultura.

En segundo lugar, es un texto curioso porque, aparentemente, se presenta bajo la forma de diario, o, más bien, de memorias, y pocos diarios y memorias han llegado hasta nosotros, a pesar de los muchos que se escribieron. Rafael Pérez, su autor, escribe, según su propia declaración, día a día los hechos acaecidos en Madrid desde el momento esencial para la Revolución española que fue el motín

1. Mi agradecimiento a Ascensión Aguerri Martínez (Biblioteca Histórica Municipal, Madrid) y a Guadalupe Soria Tomás (Universidad Carlos III, Madrid) por su valiosa ayuda en la elaboración de estas páginas. Sobre la formación de la colección municipal, Aguerri Martínez (2002).

de Aranjuez en marzo, hasta la segunda entrada de los franceses en Madrid, en diciembre de 1808. Es la “relación de cuanto ocurrió cada día de aquel año desde el motín de Aranjuez, y de las noticias que corrían diariamente. Es el retrato fiel de cuanto sucedió día por día”, “cada día se escribía lo ocurrido en el anterior”. Así, pues, resulta un texto peculiar por su rareza, ya que no son tantos los escritos que nos han llegado, anónimos o no, que den cuenta de los sucesos ocurridos por aquellas fechas en distintas ciudades españolas.<sup>2</sup>

*Madrid en 1808* detalla los acontecimientos de Aranjuez y los de Madrid, y para ello se apoya en las gacetas y en los diarios; después, a medida que se aleja del 2 de mayo y mientras la ciudad está en manos de los franceses, sus fuentes ya no son tanto las de la prensa, sino las cartas que llegan de fuera de la ciudad, los correos y los rumores que van trastornando la Corte, debido a su confusión y a sus contradicciones. Como se verá luego, el texto da mucha información sobre el uso de la propaganda de guerra y de lo que hoy se llama desinformación. Su estilo cambia también de manera clara desde una redacción simple y paratáctica, a otra más suelta y adjetivada, aunque igualmente acumulativa. Si en los primeros momentos, y durante muchas páginas, es un escritor equilibrado que no quiere mostrar inquina a los franceses, y exhibe una retórica de la contención que va en su propio beneficio, pues parece dotar de objetividad a sus palabras; si es posible sospechar que incluso fue en un principio favorable a los franceses, como muchos por entonces y como él mismo señala; a partir de un momento, que coincide más o menos con la entrada de José I en España, aunque se percibe antes, su posición antifrancesa se manifiesta con más claridad, gracias al calificativo insultante que le compromete. A partir de ese momento, su posición personal queda expuesta por el modo en que narra, por cómo enjuicia y por lo que calla. No ahorra adjetivos, aunque con frecuencia su tono es el de la lamentación por la sangre derramada, la injusticia o la crueldad de la “turba”. Hay también una diferencia notable en las páginas finales, dedicadas a los meses de octubre a diciembre, ya que la narración se hace mucho más apremiante y sumaria, como si la precipitación de los hechos se transmitiera también en la forma del relato; lo cual puede inducir a pensar que se escribieron bajo la presión de la inminente entrada de las tropas napoleónicas, o que se registraron los hechos después, una vez tomada la plaza y antes de esconder el manuscrito en el palomar donde lo oculta su autor, con los demás documentos recogidos.

2. Pérez de Guzmán (1908: 26) y Fraser (2006) recogen varias de estas relaciones, que emplean como fuentes historiográficas.



El texto que finalmente produce Rafael Pérez está más cerca de la crónica o de la memoria que se forma para recopilar información que después puede servir para redactar un libro más elaborado, o simplemente solo responde, como les sucedió a otros que también fueron conscientes del momento, a la necesidad de dar cuenta de lo ocurrido durante aquellos meses, a dejar un testimonio, una memoria que evitara su olvido. Pérez sitúa a los ejércitos franceses y españoles, habla de la peripecia de los protagonistas: Godoy, Fernando VII, generales y nobles, para recordar el papel de cada uno, cuantifica muertos y efectivos militares, relata altercados entre la plebe y los soldados —mostrando así cómo se preparaba el dos de mayo— y despropósitos crueles del pueblo, que aparece como sujeto político o simplemente histórico desde el primer momento, si bien toma diferentes personalidades, lo que le lleva a darle otras tantas denominaciones, que van desde las más denigrativas a las más honrosas.

Puede decirse, por tanto, que el verdadero protagonista del relato es el pueblo, a pesar de la importancia que tienen personajes individuales como Godoy —al que se dedica una página antes de la narración para ofrecer algunos datos biográficos—, la familia real o determinados militares. Y es protagonista porque, además de narrar hechos y episodios de la Guerra, se presentan sus contradicciones psicológicas, sus dudas e incertidumbres, sus deseos. El pueblo es el héroe que se subleva contra los franceses y que además da hasta lo que no tiene para contribuir a los gastos de guerra, es la imagen grandiosa del grupo organizado y con un noble objetivo común; pero también es esa fuerza horrorosa —el *número* decimonónico y galdosiano— capaz de barbaridades como arrastrar a alguien por las calles hasta morir. Es un pueblo al que muchas veces se llama “nación” y “nación española”, y un pueblo representado por aquellos que piden la convocatoria de Cortes, pues se consideran la nación abandonada, o que encuentra su representación en la Junta Suprema (139). Un pueblo que en las Cortes de 1812 consolidó esa nueva dimensión que se percibe en las últimas décadas del siglo XVIII. La nación, que, de protagonista literario, pasa a ser sujeto político. Es, seguramente, una de las primeras veces que en un texto, que además es contemporáneo de los hechos, el pueblo se convierte en protagonista, y Pérez supo verlo, del mismo modo que intuyó la importancia para España del motín de Aranjuez. La Revolución Española, como la llamaron tanto los liberales como los conservadores, comenzaba en Aranjuez.



Anselmo Martí (grabador), Miranda (dibujante), *Comisionados de Murat en la imprenta de Eusebio Álvarez de Latorre en Madrid*, ilustración en Miguel Agustín Príncipe, *Guerra de la Independencia*, 1852, t. II, p. 31.

Su información, por lo general, es buena, como sugieren los documentos que acumuló, aunque está sujeta a las alteraciones y ambigüedades del hecho de escribir al hilo de los acontecimientos, en momentos en los que se reciben noticias contradictorias y se cortan las comunicaciones. Por eso, es del mayor interés atender no solo a sus fuentes —ya señaladas—, sino también, como se verá después, al papel que esas fuentes desempeñaban en la conformación de la opinión pública. Gracias a lo que nos cuenta Pérez, conocemos el ansia del público por estar informado, cómo se manipulaba la información y se hacía propaganda, la importancia de las imprentas, carteles, cartas y pasquines. “Todo era corrillos, noticias, confusiones, ira y desaliento”(151). Como se ha indicado, comenta que escribía al día siguiente lo sucedido el anterior; con frecuencia, deja pasar más de un día, o resume varios al tratar un acontecimiento. Una consulta de las gacetas y diarios que cita ha permitido confirmar lo que la lectura del texto sugería: que a menudo, como le sucede a cualquier memorialista, se confunde porque cita de memoria, porque equivoca sus fuentes o no las tiene a mano, o, simplemente, porque quiere dar un determinado sentido a lo que narra.

Esto no quiere decir que su narración no configure un relato fidedigno de lo que pasó en aquel año escaso. Al contrario, coincide, no sólo con lo que historiadores posteriores han comprobado y fijado, sino que además encaja (también los errores y rumores) con otros testimonios coetáneos del autor. Baste citar los de Vicente Martínez Colomer (1808; 1810), José Blas Molina y Soriano (1816), Arango (1808), Blanco White (1886), Mor de Fuentes (1981) y otros. De manera que sus páginas, sin aspirar seguramente a la condición de referente histórico, se convierten en fuente y ganan esa condición en tanto que testimonio del momento. Como se sabe, y más desde las últimas corrientes de la historiografía, que incorporan el concepto de “relato” y de “narrativa”, todo es susceptible de ser fuente histórica. Desde este punto de vista, *Madrid en 1808* puede ser comparado con aquellas fuentes que sirvieron a antropólogos e historiadores sociales y de la cultura como Emmanuel Le Roy Ladurie o Carlo Ginzburg para reconstruir las cosmovisiones que se tenían en determinados lugares y, en este caso, para estudiar cómo se comporta una ciudad en guerra, mediante el análisis de la recepción que tuvieron las decisiones políticas, los episodios bélicos, la labor de propaganda en la retaguardia, el poder de la duda y el rumor a la hora de conformar actitudes y respuestas en los ciudadanos.

Por último, es un texto peculiar porque se nos presenta, y así ha llegado hasta nosotros, bajo el viejo tópico del “manuscrito encontrado”; en este caso, del manuscrito escondido, perdido y finalmente hallado en un palomar. Una “Nota” preliminar informa de esta condición. El diario se escondió tras la vuelta de los franceses; se buscó en 1813, cuando éstos abandonaron definitivamente Madrid, sin dar con él, y se descubrió en 1819, después de una pesquisa más intensa. Desde luego, esa nota introductoria le da un aire novelesco al relato, aunque, más bien, a las circunstancias de su hallazgo. Lo que parece claro es que quienes lo buscaron sabían dónde debían hacerlo, al menos en 1819, y que, por lo tanto, si no se trataba del mismo autor, había de ser alguien cercano a él, que conociera o supiera en qué lugar del palomar donde se escondió había de buscar.

Así pues, este libro es, al menos por tres razones, curioso: por su condición de crónica o memoria, porque hace realidad el tópico literario del “manuscrito encontrado”, de tanta tradición en nuestra literatura que hasta el *Quijote* participa de él, y porque está compuesto por un actor. Pero, ¿quién fue este actor llamado Rafael Pérez?

#### LA VIDA DEL ACTOR Y PROFESOR RAFAEL PÉREZ. EL TRIUNFO DE LA NUEVA BURGUESÍA

##### *Pérez versus Máiquez*

Contra lo que suele ser habitual en el mundo de los actores antiguos, sobre éste se saben bastantes cosas. Nació el 5 de octubre de 1775 en Quijorna, hoy provincia de Madrid, pero entonces perteneciente a Toledo.<sup>3</sup> Allí vivió hasta que se desplazó a Madrid con ocho años, donde más tarde inició estudios de medicina que, según Bretón de los Herreros (1965: 183), tuvo que abandonar por falta de medios económicos. Fue entonces, en 1792, cuando ingresó en el ejército, en concreto en el regimiento de Voluntarios de Zaragoza. Integrado en este regimiento participó en la Guerra contra la Convención (1793-1795) y alcanzó el grado de sargento. Ferrer del Río (1844: 310), cuando escribe sobre el que llegaría a ser también

3. Las gestiones realizadas en la parroquia y en el Ayuntamiento de Quijorna no han producido ningún resultado, ya que los archivos se quemaron durante la Guerra de 1936, según me informa Nuria Acebo, concejala de cultura de su Ayuntamiento, a quien le agradezco las gestiones realizadas.

importante actor y amigo de Pérez, el napolitano Joaquín Caprara, que así mismo consiguió el empleo de sargento, comenta que se conocieron en Madrid, cuando éste se encontraba colocado en la Mayoría de Voluntarios.<sup>4</sup> Tanto Caprara como él poseían una preparación mayor y mejor que la de otros compañeros y ascendieron de soldados a sargentos. Por lo que respecta a Pérez, esta mayor cultura se percibe en distintos momentos de su vida y a lo largo de la redacción de *Madrid en 1808*.

Es el mismo Ferrer del Río quien informa de que estaba bien relacionado en la capital con los círculos de la naciente burguesía y que acudía con frecuencia a sus salones –aunque desgraciadamente no dice a cuáles–, en los que introdujo a Caprara. Emilio Cotarelo (1902), en su libro sobre el también actor Isidoro Máiquez, noticia su presencia en las compañías madrileñas ya desde la temporada 1799-1800, la misma en que comenzó Caprara en los Caños del Peral, apoyado por Diego Godoy. Por su parte, Bretón de los Herreros indica que esos comienzos fueron en 1797, sin duda, fuera de Madrid, como era habitual (1965: 183). Desde ese momento, la trayectoria de Pérez, en parte paralela a la del napolitano, es la de cualquier profesional del teatro, aunque, como se verá más adelante, desempeñó algunas comisiones en nombre de sus compañeros, y llegó a ser director de compañía y profesor de la recién creada Escuela de Declamación, lo cual da un perfil singular a su vida. Pero no interesa ahora señalar las compañías en las que trabajó, ni las obras que representó –que pueden seguirse por las carteleras publicadas y por las listas de actores (Guzmán y Fernández, 1893; Cotarelo, 1902; Andioc y Coulon, 1996)–. Más interesante resulta conocer que comenzó haciendo papeles de barba y vejete, en los que fue extraordinariamente competente, hasta llegar a ser galán. Cuando debuta en Madrid con la *troupe* de Francisco Ramos ocupaba el puesto de tercer galán (Guzmán y Fernández, 1893). Todavía en aquellos años los elencos de actores tenían una estructura en gran parte deudora de la arquitectura de las comedias del Siglo de Oro: galanes (hasta tres), damas (también hasta tres), gracioso, graciosa, vejetes, partes de por medio. Y todo esto podía alargarse, llegando a haber hasta diez damas y galanes, incluyendo los de cantado. Con Máiquez la composición de las compañías cambió, como muchas otras cosas del planeta teatral.

4. La búsqueda de información en los diferentes archivos militares no ha dado ningún resultado positivo acerca del paso de Pérez por la milicia, ya que no se empezaron a guardar los expedientes de los suboficiales hasta el siglo XIX. Se han consultado el Archivo General de Segovia, los de Simancas, Guadalajara, Barcelona y el Histórico Militar de Madrid.

Por aquellos años de entre siglos Pérez estaba casado con la actriz Joaquina Navarro, hermana del actor José Navarro; también era conocida como María Infantes. Fue un matrimonio breve, pues ella murió, con unos veintidós años, el 2 de junio de 1801 (Cotarelo, 1902: 66 y 202).<sup>5</sup> Hasta ahora, sólo se le conocía esta unión. Sin embargo, por varios documentos conservados en el Archivo de Villa, sabemos que se volvió a casar, con Mariana Gras en esta segunda ocasión, aunque también se desconozcan por ahora la fecha y el lugar de la boda. Los documentos que proporcionan esta información son los que reproducen su petición al Ayuntamiento para que se le conceda la pertinente pensión de viudedad, como así se hizo el 9 de mayo de 1832, a razón de cuatro reales diarios desde el día del fallecimiento de su esposo.<sup>6</sup> Pero Mariana Gras volvió a casarse poco después, de manera que se le retiró la pensión el día 25 de enero de 1833 (AVM, Secretaría, 2-473-78).

El destino profesional de Rafael Pérez estuvo vinculado al de Máiquez durante muchos años, ya fuera porque trabajara con él, como sucedió en los primeros tiempos, ya porque lo hiciera contra él. Emilio Cotarelo relaciona los enfrentamientos que tuvo con el gran actor y cómo, en alguna ocasión, fue necesario cambiarle de compañía para que cesaran las discusiones y los problemas. Así en 1802, cuando, junto con el adaptador y apuntador Dionisio Solís y el galán Antonio Pinto, amigo de Moratín, fue comisionado por los cómicos para formar las dos compañías. Aquel año fue especialmente conflictivo; tras configurarlas, se publicaron en el *Diario de Madrid* del 27 de agosto, y la comisión añadió que Máiquez, su mujer y otros actores quedaban fuera de las mismas por deseo propio: “se han resistido absolutamente a alistarse”. El artículo, firmado por Pérez, Solís y Pinto, fue

5. Su registro de defunción, no localizado por don Emilio, está en la parroquia de San Sebastián, a la que pertenecían los actores: “Joaquina Navarro, de edad como de veinte y dos años, casada con Rafael Pérez, vivía calle de Atocha, feligresa de San Lorenzo, no recibió más sacramento que el de la extremaunción, a causa del accidente del que murió en dos de junio de mil ochocientos y uno. Y se la enterró en público con asistencia de la Cruz y clero de la Parroquial de San Lorenzo, y la de ésta de San Sebastián, en esta iglesia, en la capilla de Nuestra Señora de la Novena, por haber sido de su congregación. Dieron de fábrica ocho reales. Y como cura ecónomo lo firmo. Don Juan Antonio Iruza” (APSSM. Libro de difuntos, nº 38, fol. 386r.). No ha sido posible precisar la fecha y el lugar del enlace.
6. AVM, Secretaría, leg. 2-473-4. “Sobre concesión a D<sup>a</sup>. Mariana Gras, viuda del actor de los teatros Rafael Pérez, la viudedad que la corresponde”.

retirado del periódico y sustituido por otro.<sup>7</sup> Dada la fecha, no es imposible que a los cómicos no les apeteciera contratarse y actuar con un actor como Máiquez, que acababa de volver de París y cuyas nuevas técnicas, proyectos y renovada consideración de lo que era el espectáculo teatral, así como su profesión, eran vistas con recelo por la casi totalidad del gremio cómico. En abril de 1808 tuvieron otro encontronazo cuando formaban parte de la compañía del Príncipe, junto con Prado, Josefa Luna y José Infantes (hermano de la que fue su esposa). Entonces cobraba veintiocho reales. La animosidad debe de datar de poco antes, aunque en 1802 ya habían tenido sus más y sus menos, pues en enero del mismo 1808 Pérez no dudó en apoyar la protesta liderada por Máiquez, en contra de la prohibición de que los actores pudieran utilizar los palcos bajos de los teatros cuando no actuaban (González Palencia, 1948; Rubio Paredes, 1980).

Esa prohibición, en realidad, fue la excusa para plantear una de las cuestiones más candentes durante el período, que en ocasiones capitaneó Máiquez: la revalorización del actor como ser social y su condición positiva como ciudadano. En 1808, el actor de Cartagena llevó con gran inteligencia la protesta para reclamar el respeto de la sociedad a los actores, como se lee en las cartas que escribió al presidente de la Junta, en las que le reprochaba que no se le tuviera por “individuos de la sociedad” (AVM, 2-454-10).

En todo caso, por lo que respecta a ambos cómicos, conviene recordar que los enfrentamientos entre actores eran frecuentes y que, en el caso de los dos protagonistas, al parecer, tanto uno como otro tenían muy mal carácter, según destaca Emilio Cotarelo. Lo que sí es cierto es que Caprara y él fueron protegidos suyos durante algún tiempo, y que fue Isidoro quien los llevó a su compañía. Con él, Rafael Pérez tuvo algunos de sus grandes éxitos o participó en momentos estelares de la historia del arte dramático español del siglo XIX, como le sucedió con el estreno, el 19 de enero de 1805, de la tragedia de Manuel José Quintana, *Pelayo*, que estaba destinada a guiar los pasos del nacionalismo liberal español a lo largo de gran parte de la centuria, obra muchas veces representada y siempre con éxito. Pérez interpretó en el estreno a Veremundo, deudo de Pelayo y de su hermana Hormesinda. Además de él y Máiquez, intervinieron Antonia Prado, Francisco Briones, Vicente García, Vallés, Infantes, Francisco Ronda, Eugenio Pérez y otros, y los decorados fueron pintados por José Ribelles, que ese mismo año retrató al joven Quintana (Cotarelo, 1902: 209; Andioc y Coulon,

7. Puede leerse en Cotarelo (1902: 515-520).

1997: 518 y 601). La pieza, que al menos se repuso hasta 1854 con buena acogida, representaba la libertad y la independencia españolas. En ella brillaba Máiquez de manera sobresaliente, como recuerdan muchos; entre otros, Mesonero Romanos (1994: 257-258):

Cada vez que Máiquez se presentaba en el papel [de Pelayo] se reforzaba el piquete de guardia del teatro, doblaba el alcalde de Corte, presidente, su ronda de alguaciles, y cuando Máiquez prorrumplía, con aquel acento fascinador, con aquel fuego que le inspiraba su inmenso talento y sus facultades artísticas, en aquellos famosos versos [...]:

A fundar otra España y otra patria

Más grande, más feliz que la primera [...]

el público, electrizado, se levantaba en masa a aplaudir y vitorear, los soldados de la guardia tomaban las armas, y el alcalde presidente destacaba sus alguaciles a decir al actor que mitigase su ardimiento o suprimiese aquellos versos, a lo cual se negaba con altivez.

De estos triunfos participó Pérez, elogiado por *El Curioso Parlante* como uno de los pocos actores que en aquel momento destacaban y representaban bien, junto a Cristiani, Caprara, Concepción Rodríguez, García Luna y algún otro (1994: 372). La prensa del momento elogió sus intervenciones en esa obra y el año antes en *Macbeth* y en *Xaira* de Voltaire. Otro momento señalado en su carrera profesional fue cuando, también con Máiquez, representó la tragedia de Antonio Sabinón *Los hijos de Edipo*, que es una versión del *Polinice* de Alfieri. Esta vez fue el 15 de abril de 1806 e interpretaba a Eteocle (Cotarelo, 1902: 236).

Precisamente, mientras Rafael Pérez comenzaba a escribir su relación, el enfrentamiento con Máiquez alcanzaba su máximo nivel. Al parecer, según Emilio Cotarelo, “el antiguo y rencoroso adversario atizó el fuego de la discordia en la compañía, secundado por su cuñado, José Infantes”, lo que llevó al actor cartagenero a no querer trabajar más con él y presentar, el 14 de marzo de 1808 –cinco días antes del motín–, un memorial a la Junta de Teatros en el que, entre otras cosas, escribía: “los puntos principales en que estriban los justos deseos de V. S. y el ilustre Ayuntamiento, mirando por las compañías, sus intereses y satisfacción del público, son la unión y el amor al trabajo, y ni uno ni otro puede haber entre los



actores González, Pérez y yo”. Como se negó a formar en la misma compañía, Pérez fue sustituido por Andrés Prieto, con quien Máiquez también tuvo problemas pero al que enseñó mucho (Cotarelo, 1902: 285 y 286).

### *Durante la Guerra y con Fernando VII*

Rafael Pérez pasó los años de la Guerra trabajando en Madrid; primero, en el teatro del Príncipe, pero luego en el de la Cruz –puesto que Isidoro Máiquez regía el otro–, casi siempre como “anciano” o “carácter anciano” –lo cual supone una dignificación del papel–, y con buen sueldo, pues de los treinta reales pasó a los setenta y ochenta, aunque tras la Guerra y cuando terminan las ayudas de José I volvieron los tiempos de sueldos más bajos. Si Máiquez fue sospechoso de colaborar con los franceses, como también de ser liberal –por lo que fue encarcelado al final de la contienda junto con otros conocidos liberales–, no parece que ninguna de estas acusaciones o sospechas tocaran a Pérez, que el 1 de julio de 1813, con los franceses fuera de Madrid, ve cómo se interpretan en su beneficio *Mina en los campos de Arlabán* y el sainete *El remendón y la prendera*. Durante la función él recitó una oda patriótica (Cotarelo, 1902: 350). ¿La razón de este beneficio pudo ser algún supuesto, y desconocido hasta ahora, activismo a favor de la causa “nacional”?

En esos años, Isidoro Máiquez había representado numerosas tragedias, muchas de ellas traducciones de obras de Alfieri de asunto romano en las que en realidad se lanzaba un mensaje de carácter patriótico liberal, cercano al republicanismismo romano, que se encuentra también en obras de Quintana y en las de otros autores del momento, como *Numancia destruida*, de López de Ayala. Con estas piezas, los actores alcanzaron grandes éxitos porque explotaban un sentimiento nacionalista latente en el público, que estalló poco después. No en vano en 1813 se representó en Cádiz *Roma libre*, la tragedia de Alfieri traducida por el liberal Sabiñón, mientras que en Madrid, además de piezas de exaltación patriótica, subían a las tablas esas mismas tragedias y otras como la versión de *Virginia*, de Alfieri, trabajada por el amigo y maestro de Máiquez, Dionisio Solís. El 15 de enero de 1814, en otra función a beneficio de nuestro actor, se representó *El patriotismo o el padre sin hijos*, y en ella leyó una oda a las Cortes. Recuérdese que la Regencia había entrado en Madrid el 5 de ese mes (Cotarelo, 1902: 357).<sup>8</sup>

8. Sobre el teatro durante la Guerra de la Independencia, Larraz (1988), Caldera (1991), Romero Peña (2006), Freire (2008).



Manuel Alegre (grabador), Zacarías González Velázquez (dibujante),  
*Carlos IV abdica la corona en su hijo Fernando* (detalle), Museo de  
Historia, Madrid.

No hay muchos datos que sirvan para situar políticamente al actor, pero sí puede asegurarse que se manejó bastante bien durante las distintas alternativas de la Guerra y después, con la llegada de Fernando VII. Se queda en Madrid durante el gobierno josefino, a diferencia de otros actores que pidieron licencia para trabajar con los patriotas, y actúa en la única compañía que se crea en 1809, cuando, siguiendo las indicaciones de Moratín, José I cierra el teatro de la Cruz y se forma una sola con actores provenientes de las dos (Larraz, 1988: 45). La administración del Príncipe se concedió a Antonio Pinto, amigo del dramaturgo y también de Pérez. Así, pues, colaboró con los franceses, aunque sin significarse demasiado, porque, al mismo tiempo, en los momentos de dominación patriota, como les sucedió a otras gentes del teatro –un caso flagrante es el de Gaspar Zavala y Zamora, que escribe sus obras dependiendo de quién controle la ciudad–, interpretó obras contra los franceses.

Más tarde, cuando se abrió el teatro de la Cruz y hubo dos compañías, pasó a este local, mientras que Máiquez trabajó en el del Príncipe, que estaba mejor acondicionado y más subvencionado por el rey José. En ese teatro, cuando los franceses ya habían sido derrotados en 1813, participó en varias obras antinapoleónicas, en cuya representación se destacó siempre el teatro de la Cruz, como *Fernando y Napoleón en sencilla diversión. El juego de las prendas*, en la que interpretaba a Napoleón (Larraz, 1988: 358 y 400). También intervino ese mismo año en *La arenga del tío Pepe en la Puerta de San Vicente*, obra de Juan Antonio de Castro, futuro inquisidor y azote de liberales y franceses desde su periódico *La atalaya de la Mancha*. Aquí interpreta al comisario de policía afrancesado Juan Satini.<sup>9</sup> La pieza es interesante, aparte los tópicos antifranceses, porque en ella se comenta y discute el éxito que conseguían las representaciones patrióticas (Larraz, 1988: 370–374). En 1813 hizo de “Gobierno”, que entrega la Constitución a Madrid, en la pieza de Lucas Alemán *El ruiseñor o la patria libre y Madrid gozoso*. La obra celebraba “la feliz llegada del Congreso a Madrid” y la imprimió al año siguiente Repullés. En noviembre y diciembre de ese año y en enero de 1814 se puso en escena con bastante aceptación, a juzgar por el número de días, *La renuncia violenta de Fernando VII, o la catástrofe de Bayona*, en la que se hace propaganda a favor

9. Juan de Matia y Satini fue, en efecto, uno de los policías y soplones más detestados de Madrid. Formaba parte del cuerpo de control español que montaron los franceses. En el gaditano *Duende de los cafés* se le califica de “renegadillo subalterno, esgrimidor del bastón en la Plaza Mayor con el mismo brillo y complacencia que manejaba la palmeta y los azotes en el lóbrego rincón de su pueril maestrazgo”. Cit. por Larraz (1988: 406).

del rey, al presentarlo como el responsable de la sublevación de Aranjuez, llevada a cabo para defender la Corona, pues el mismo Fernando echa en cara a su padre que abdicara “sin consultar el pueblo” (acto II, esc. 13).

Las obras que representó no sirven, como es lógico, para conocer su perfil político, si bien es cierto que en sus beneficios recitó odas patriotas y a las Cortes y estuvo implicado en el estreno de piezas como la *Viuda de Padilla*, de Martínez de la Rosa, que sostiene ideas liberales de carácter radical, estrenada el 28 de octubre de 1813 en el teatro de la Cruz, que ya había conocido el éxito en los escenarios gaditanos. Por el texto que se edita y por algún documento que se relaciona después, parece haberse acomodado a la nueva situación reaccionaria implantada por Fernando VII a su vuelta a España, aunque en 1808 parezca estar cerca de posturas liberales. Pero no hay datos claros que orienten en un sentido o en otro, ya que interpretar una obra u otra no tiene porqué traslucir la ideología del actor.

Quizá, desde el punto de vista profesional, una de las cosas más reseñables de la vida de Pérez es que en 1821, tras la muerte de Isidoro Máiquez el año anterior, interpretó uno de los papeles protagonistas en la pieza alegórica que se dedicó en su honor y para “formar una dote que asegure la existencia de su hija”. Rafael Pérez encarnó en *El apoteosis de Isidoro* a “El desaliento”, un personaje que destaca por su visión desolada de la realidad artística y del mal trato que las autoridades y los contemporáneos dan a aquellos que renuevan el conocimiento de la realidad o enriquecen las formas artísticas. Máiquez es puesto, así, al mismo nivel que Camoens, Milton y Cervantes, para insistir en la genialidad del actor y en la vergüenza que es para la patria el que sus grandes hombres mueran postergados, en la miseria, o locos. Es el inicio de la mitificación de Máiquez. Si en la versificación no ha germinado aún el tono romántico, en la mentalidad de su autor sí está presente el modo de entender a los artistas como genios o héroes, llamas que se consumen en beneficio de los demás y frente a su incomprensión. No sé si Pérez y Máiquez llegaron a amistarse alguna vez tras sus desavenencias, pero no deja de ser llamativo que él, uno de sus grandes enemigos, trabajara en la función en homenaje del actor.<sup>10</sup>

Tras el destierro de Isidoro, que le llevó hasta Granada, donde murió en 1820, la vida profesional de Pérez se desarrolló también en labores administrativas y de director de compañía, junto con Eugenio Cristiani, en especial entre los años

10. El texto de la composición alegórica puede leerse en Cotarelo (1902: 482-489).

1825 y 1827; unas veces en la Cruz y otras en el Príncipe.<sup>11</sup> En todo caso, ya estaba algo bregado en asuntos relativos a la marcha de las compañías, pues en años anteriores había intervenido en su formación.

Pero, de entre los papeles que guarda el Archivo de Villa de Madrid, relativos a él en los años veinte, hay uno que tiene especial interés por lo que significa, por un lado, en cuanto defensa de los derechos de los actores españoles —en lo que ya se había destacado en enero de 1808—; y, por otro, por lo que aporta acerca de su personalidad. Como se sabe, aquéllos eran años de furor filarmónico, pero de un furor italianizante, que dejaba a los actores y cantantes españoles relegados a un segundo plano. De hecho, la sátira que finalmente publica Bretón en 1828 se dirige “contra los que desprestigian el teatro español”, si bien desde esta perspectiva musical. Los actores autóctonos protestaban desde el siglo XVIII por la presencia de intérpretes de otras nacionalidades, en especial, italianos, que cantaban y ofrecían espectáculos con los que les hacían la competencia. Carlos IV, en 1799, había dictaminado que no se podía representar ninguna obra en otro idioma que no fuera el español, y que, además, tampoco podían trabajar cómicos que no fueran españoles. Sin embargo, “la excesiva afición a la ópera italiana”, en palabras de Mesonero Romanos (1994: 416), había crecido mucho, de forma que no son pocas las referencias y representaciones de piezas italianas con éxito que se encuentran en esos años. En esta polémica terció Rafael Pérez el 17 de Febrero de 1825, cuando era director de compañía, mediante un oficio dirigido al Corregidor de Madrid, en el que pide se vuelva al estado de cosas, que avalan diferentes leyes, de los tiempos de Carlos IV. Es un ejemplo del conservadurismo de los actores, pues a la competencia prefieren la protección —si bien, desde el punto de vista legal, tenían la razón—, y de su actitud quejosa, además de un eslabón más en la cadena de la sempiterna crisis del teatro español:

Señor Corregidor de Madrid.

Como *autores* que somos de las compañías cómicas de esta capital, hemos recibido [a] los individuos de la Junta y [nos hemos] hecho cargo del escrito que a V. S. ha presentado Cristóbal Fernández de la Cuesta. Tenemos el honor de hacer presente a V. S. que la proposición del señor Cuesta les ha parecido la más perjudicial de cuantas se pudieran inventar por todos los que pensasen de algún modo introducirse en estos teatros.

11. AVM, legs. 3-477-14; 3-477-25; 3-477-39, entre otros.

¿Cuándo se presentará un proyecto para realzar el teatro español y conducirle al grado de cultura y esplendor a que quieren conducir el de la ópera italiana estos especuladores en la capital de la España, y a la presencia misma de nuestro Augusto Soberano?

Los actores españoles, vejados, menospreciados, mezquinamente mantenidos; y, en el mismo teatro y sirviéndose de sus archivos y de los enseres que tantos miles de pesos les han costado, los italianos, bien pagados, obsequiados y aplaudidos. Ésta es la consecuencia del plan presentado por el señor Cuesta; la ópera italiana con esplendor, y la comedia española en el mayor desprecio.

No sucede así en las demás cortes de Europa donde los italianos son extranjeros. En casi todas hay ópera italiana, bien lo saben los actores españoles, pero también saben que la primera atención la lleva el teatro nacional. París es la norma de los teatros en toda Europa, y, aunque hay ópera, es en teatro separado, habiendo dos o tres nacionales que son preferidos al extranjero en la protección y cuidados del gobierno.

Así, el señor Carlos IV (q. e. p. d.) mandó en 1799 que en estos teatros no hubiese actores extranjeros, y sólo los permitía en teatro separado (el de los Caños del Peral). Así nuestro soberano (q. D. g.) mandó el año próximo pasado que los teatros volviesen al régimen anterior al año veinte, y entonces no había ópera italiana.

Por lo que todos ruegan a V. S. que desestime completamente la proposición, y se lleve a efecto lo mandado por S. M., para lo que es de necesidad que ocupemos el tiempo en la formación de las compañías y arreglo de todo lo concerniente, y no nos interrumpan estas solicitudes que acaso lograrían, por lo menos, entorpecer nuestras operaciones. Madrid, 17 de febrero de 1825.

B. l. m. de V. S.

Rafael Pérez (rúbrica)<sup>12</sup>

Se añade un párrafo que es mucho más explícito en lo relativo a la normativa legal, que debía sustituir al del borrador en el documento final:

Así, el señor Carlos IV (q.e.p.d.) mandó en real orden de 28 de diciembre de 1799 que en ningún teatro de los de Madrid se pudieran representar, cantar ni bailar piezas en idioma que no sea castellano, y actuadas por actores y actrices nacionales, o

12. AVM, leg. 3-477-8.

nacionalizados en estos reinos, habiéndose hecho extensiva esta prohibición a todos los del reino por otra real orden de instrucción para el arreglo de teatros y compañías cómicas de estos reinos fuera de la Corte, de 11 de marzo de 1801, y nuestro soberano el señor don Fernando VII (q. D. g.) mandó el año próximo pasado que los teatros volviesen al régimen anterior al año veinte, revalidando lo mandado en auto del Supremo Consejo de Castilla del año 1815, no habiendo entonces ópera italiana.

Los que “quieren introducirse en los teatros”, los “especuladores”, como los denomina el molesto Pérez, son Juan de Grimaldi y su equipo, del que Fernández de la Cuesta formaba parte, en tanto que tesorero y ojeador de talentos. Grimaldi, de origen francés, había llegado a España con los Cien Mil Hijos de San Luis y aquí hizo fortuna, entre otras cosas, como empresario teatral. El Ayuntamiento, cargado de deudas y pagos que afrontar, sacó a subasta los teatros en junio de 1823 y él se hizo con los dos, que se abrieron el 21 de septiembre de 1823, tras los intentos fracasados de mejorarlos que llevaron a cabo Bernardo Gil y José Sáenz de Juano (Gies, 1986).<sup>13</sup> Fue uno de los que más explotó el espectáculo operístico en aquellos años.

En este asunto estuvo implicado Pérez desde 1823, cambiando su punto de vista según evolucionaba la situación. En compañía de Juan Carretero y Agustín Toraño, había colaborado, precisamente con Juan de Grimaldi, en los intentos de éste por hacerse empresario del Teatro del Príncipe (AVM, Secretaria, 2-472-25; Gies, 1988: 18). Cuando se autorizaron las funciones teatrales, los cómicos españoles se reunieron con los italianos para trabajar juntos y repartirse las ganancias, en relación a los sueldos. Era una propuesta que beneficiaba sobre todo a los italianos,

13. El primero había denunciado la situación en 1820, al protestar por las muchas cargas que arrastraban los teatros desde siempre, entre las que se incluía el sistema de jubilaciones (Gil y González, 1820). Antes, cuando Antonio Pinto fue director de los teatros, hizo lo mismo, y dio estas partidas de gastos y estas cantidades: gastos diarios de los teatros: censos y obras pías, alquileres de casas, parte diario a los actores, sueldos diarios de los jubilados, cobradores y acomodadores, censor y escribano: 354 rs. y 25 maravedíes. Gastos por día de representación: tramoyista y alumbrado, guardarropa, alquileres de coches, tropa, vestuario de comparsas, sueldos de varios dependientes, gastos extraordinarios, hospicio, orquesta: 1362 rs. Total: 4903 rs. y 25 maravedíes (Faraldo, 1908: 60-61). Sobre las pensiones de los actores en estas fechas, Carrière (1980).



Alejandro Blanco (grabador), José Ribelles (dibujante), *Dos de mayo de 1808. Asesinan los Franceses a los Españoles en el Prado* (detalle), Museo de Historia, Madrid.



pero que, sin embargo, pronto rechazaron (AVM, leg. 2-472-25; Martín, 1988). En el contrato que firmó Grimaldi con el Ayuntamiento se concretaba, específicamente, que parte del entretenimiento serían representaciones operísticas, lo cual, como se acaba de ver por el escrito de Rafael Pérez de 1825, estaba prohibido. Sin embargo, era lo que gustaba y llevaba público a los teatros, y entonces a Pérez no le importó.

La situación ventajosa de 1823 comenzó a complicarse a partir del año siguiente, y su posición varió entonces, cuando Grimaldi, además, contrató a actores franceses e italianos, dejando al margen a los españoles. Las relaciones se fueron haciendo insoportables entre unos y otros, pues lo que quería Grimaldi, finalmente, era representar, en el mejor teatro madrileño, obras francesas en francés, por actores franceses, para las tropas francesas, que eran, no se olvide, un ejército de ocupación. Al contratar a franceses e italianos, que se repartían el uso del teatro, los españoles perdían (Martín, 1988). En el fondo, y además de cuestiones obvias, se estaban enfrentando el poder del invasor, el de la autoridad local y la subsistencia de los actores. En este panorama hay que situar el escrito de Rafael Pérez.

Grimaldi continuó su campaña en contra los españoles en 1824, pues se habían empeñado en recuperar los teatros y en que no los dirigiera un particular. Finalmente consiguieron, por orden de 2 de abril de 1824, que todo volviera a ser como antes de 1820, de modo que la administración de los locales regresaba a ellos (Martín, 1988).

En realidad, y más allá de la mera anécdota, lo que tras el favor o el rechazo de la ópera se discutía era la conquista del público; se batallaba por hacerse con el receptor, de cuyo gusto dependía la marcha de la escena y la supervivencia de los actores. En otro plano, se debatía la cuestión, central en el siglo XIX, acerca de la existencia o no de un teatro nacional. Ambas cosas, su existencia (y sus características, en caso de existir), así como la apropiación del público, se manifiestan en las obras y géneros nuevos que se ensayan, y en las maneras de interpretar, lo mismo que en los sistemas que pretenden buscar una salida al problema del teatro. Y una de esas salidas fue la creación en la siguiente década de una escuela para los actores, que “normalizaba” su situación social.

Desde 1824 hasta 1836 los coliseos estuvieron de nuevo a cargo de las compañías (Martín, 1985) –salvo en el período regentado por Gaviria–; por eso encon-

tramos a Pérez y a otros como *autores*. Entre tanto, en 1823 y al año siguiente, durante los momentos de lucha contra Grimaldi, cuando los representantes españoles tenían dificultades para trabajar, él figura en la nómina de la compañía del teatro de la Cruz, junto a Rita Luna y Josefá Virg, pero no como anciano, sino como “cobrador” de localidades, labor por la que recibía tres reales diarios (Subirá, 1960: 188). No fueron pocos los que se vieron abocados a este destino, al final de sus carreras o por situaciones especiales. Y así, como porteros, selladores de billetes, cobradores, recibidoras de tertulia, de palcos, de lunetas o de patio, es posible encontrar no solo a muchos intérpretes que no han pasado a la historia del teatro, sino también a destacadas figuras del arte de la declamación, como María del Rosario Fernández “La Tirana” (Cotarelo, 2007).

La última vez que Rafael Pérez trabajó como “carácter de anciano” fue en el teatro de la Cruz en la temporada 1829-30 (Guzmán y Fernández, 1893). Como retirado aparece ya en la lista de actores jubilados del 20 de noviembre de 1830, cobrando 18 rs. (AVM, leg. 3-477-12).

### *Pérez profesor*

El tiempo que le tocó vivir fue intenso, tanto por la situación política y bélica —la guerra es otra forma de hacer política, recordaba Clausewitz (1999)—, como por los cambios que se dieron en el mundo. También en la familia teatral. Entre las tres últimas décadas del siglo XVIII y las tres o cuatro primeras del XIX la industria teatral y el modo de interpretar cambiaron, así como muchas de las tradiciones, costumbres y maneras de dirigir el teatro. No cabe duda de que en ese cambio tuvo un papel destacado Isidoro Máiquez, pero no conviene olvidar que esa necesidad de cambio se venía percibiendo desde tiempo atrás (Álvarez Barrientos, 1988; 1997). En lo que mejor se concretaban las peticiones de reforma era en la creación de una escuela de actores (Aguilar Piñal, 1974; Álvarez Barrientos, 1987; Bolaños, 1984). El espíritu ilustrado llegó a todos los aspectos de la vida nacional y también a los teatros, aunque los resultados tardaran mucho tiempo en hacerse visibles, en parte porque los mismos actores eran reacios a cambios que suponían un esfuerzo y un aprendizaje de maneras y conceptos. Porque interpretar de otro modo no era sólo una cuestión de técnica o costum-

bre, sino que debía suponer además un cambio de mentalidad. Por eso, personajes como Rita Luna (Tordera, 1997), Máiquez (Vellón Lahoz, 1997) y otros que intentaron representar de una forma moderna, natural, acorde con los cambios que en los gustos, en la literatura y en la mentalidad moderna se daban, sufrieron los ataques de aquellos que no estaban dispuestos a ponerse al día (Álvarez Barrientos, 1996). Pérez parece haber contado con el parabién de la crítica y del público, quizá porque se ocupaba de un tipo de papeles de gran tradición, como eran los viejos, a los que supo dar un aire nuevo, seguramente sin olvidar la tradición de donde procedía su carácter.

No se conocen retratos suyos, pero se sabe que no era alto, que tenía un rostro y cuerpo expresivos; que pronunciaba bien y que su voz era sonora y agradable. Bretón de los Herreros insiste en que “tuvo en todo tiempo un amor dedicado al arte que ejercía, y no se limitó como otros actores a estudiarlo en los papeles que aprendía y en la insuficiente práctica de los bastidores. Constante en reconocer a la naturaleza por su guía más segura, jamás quiso arrancar palmadas a expensas de la verdad: hablaba en el teatro, no *cantaba*; sabía conmovier sin gritar, y divertir sin manifestar empeño de conseguirlo” (1965: 183. La cursiva es suya).

En su voz grave, que manejaba bien, así como en su adecuación para la tragedia pero también para la clase de personajes que desempeñaba, insiste Andrés Prieto en su *Teoría del arte dramático*, compuesta para los alumnos de sus clases de declamación en el Conservatorio:

La voz gruesa, grave, algo parda, puede que sea la más favorable al género trágico, no cantando sino representando; es más propia para enternecer y lo logra con más facilidad que una voz sonora y aguda [...]. Las voces de algunos actores y actrices de nuestro tiempo, y entre ellas las de Isidoro Máiquez, Rafael Pérez, Rita Luna, Manuela Carmona, Agustina Torres, etcétera, eran un poco pardas y, sin duda, por esta razón se introducían tan agradablemente por el oído al pintar las pasiones, que pasaban inmediatamente al corazón del espectador, e imprimían en él los sentimientos más tiernos y las pasiones más violentas (Prieto, 2001: 109-110).

Cuando dejó de ser actor, pasó a enseñar a los cómicos y a ser, como se ha visto, un referente en la forma de interpretar un tipo. Los tiempos habían cambiado.

Rafael Pérez, el joven que comenzó a estudiar medicina y conoció la vida de soldado, que fue actor y aprendió su oficio del modo habitual –viendo a sus compañeros sobre el escenario y siendo corregido por ellos mismos–, que luchó porque la suya fuera una profesión reconocida y respetada, se encontraba al final de sus días en una posición prestigiosa dentro de esa misma profesión, ya que era profesor en la Escuela de Declamación, una institución que simbolizaba el reconocimiento de los actores como personas útiles a la sociedad, lo que se manifestó, aparte otros modos, mediante la erección de un centro avalado y patrocinado por la misma Corona. Los estudios y “el ejercicio” del actor se legitimaban de este modo, y los cómicos, en teoría, dejaban de ser seres marginados.

Fundado en 1830 por la reina María Cristina, el Real Conservatorio incluyó clases de declamación al año siguiente, cuando se crea la Escuela de Declamación por real orden del 6 de mayo de 1831, que se hacía pública en la *Gaceta de Madrid* del martes 17 de ese mes.<sup>14</sup> El Conservatorio lo dirigía Francesco Piermarini y los primeros profesores de declamación fueron los antiguos sargentos Joaquín Caprara, maestro primero, y Rafael Pérez, maestro segundo. El curso comenzó el 2 de septiembre, pero pocas clases llegó a dar, ya que moría el 21 de enero de 1832. El 24, Piermarini comunicaba la noticia a alumnos y profesores, así como que al día siguiente habría una misa en su honor:

Hoy, 24 de enero de 1832.

Mañana, 25 del corriente, todos los señores maestros, empleados y alumnos de este Real Conservatorio asistirán a la vigilia y misa de difuntos que se celebrará en el oratorio a las ocho en punto de la mañana en sufragio del alma de don Rafael Pérez, maestro segundo de la Escuela de Declamación.

El director

Francisco Piermarini (rúbrica).<sup>15</sup>

A Pérez le sustituyó Carlos Latorre, cuyo nombramiento es del 7 de febrero.<sup>16</sup>

14. Aprovecho para corregir el error en la fecha de fundación de la Escuela (junio, por mayo), que figura en Álvarez Barrientos (1989: 63). De su creación se hicieron eco, entre otros, José M<sup>a</sup> Carnerero, en “Real Conservatorio de Música. Escuela de declamación española”, *Cartas españolas*, 10 de noviembre de 1831, p. 139, y Larra en “Reflexiones acerca del modo de hacer resucitar el teatro español”, *El pobrecito hablador*, 20 de diciembre de 1832.

15. ARCSMM. Libro 162. *Registro de órdenes de régimen interior*, fol. 14v.

16. ARCSMM. Libro 158. *Órdenes generales. Registro de entrada: 1830 a 1838*, n<sup>o</sup> 99.

Piermarini había propuesto a Caprara y a Pérez, como los más a propósito para ocuparse de las clases de declamación castellana, en un oficio del 16 de abril de 1831 dirigido al Secretario de Estado y del Despacho Universal de Hacienda (*Libro de reales órdenes*). Por el mismo se sabe que sus soldadas anuales serían de nueve y siete mil reales respectivamente, y que sus obligaciones eran “instruir a los discípulos de ambos sexos, incluso los internos del Real Conservatorio dedicados a la música, en la declamación española, bien sea cómica o bien trágica, y poner en escena las piezas que el director ordenare”. Se conservan la comunicación del nombramiento de Pérez, del 6 de mayo, dirigida a Piermarini,<sup>17</sup> y la nota de agradecimiento, del diez, que envió a éste:

Ayer tuve el honor de recibir el oficio de usted en que copia la real orden que le ha comunicado el Excmo. Señor Secretario de Estado y del Despacho Universal de Hacienda, por la que el Rey Nuestro Señor (q. D. g.) se ha dignado nombrarme para la plaza de Maestro segundo de la Escuela de Declamación española, mandada establecer en el Real Conservatorio de música María Cristina, con el sueldo de siete mil reales anuales en que está dotada; de que quedo enterado, y con profundo agradecimiento por las bondades de S. M. Pasaré sin dilación a ponerme personalmente a las órdenes de usted.

Dios guarde a usted muchos años. Madrid, 10 de mayo de 1831.

Rafael Pérez (rúbrica).<sup>18</sup>

Así, pues, si bien durante unos escasos cinco meses, formó parte del primer claustro de profesores dedicados a reformar la interpretación en España, a profesionalizarla y modernizarla mediante su regularización escolar y su reconocimiento titular y docente. Para ello se crearon unos títulos, que se entregaban a los alumnos al finalizar sus estudios, se redactaron tratados sobre las diferentes materias que se enseñaban y se contó con la asistencia de los reyes a los espectáculos preparados en la Escuela. Es decir, se dotó a la profesión de toda la infraestructura material y simbólica necesaria para convertirla en una actividad igual a otras. Tras varios intentos fallidos en el siglo XVIII de crear un centro que proporcionara enseñanza artística y técnica a los actores, se levantaba la que puede ser considerada primera escuela de interpretación (Soria Tomás, 2006) y en ella se integraba Rafael Pérez. Gracias a los diferentes maestros fructificaron las enseñanzas de Isidoro

17. ARCSMM. Leg. 1-54-4.

18. ARCSMM. Leg. 0-8-10.

Máiquez, ya que no fueron pocos los actores que impartieron docencia en ella que le habían visto interpretar y que por él fueron dirigidos. Además de Caprara y Pérez, la real orden del 6 de mayo nombraba a Rafael González Palanco rector espiritual de los internos: debía explicar los deberes y obligaciones de los alumnos para con Dios, el soberano y la sociedad; a Félix Enciso Castrillón profesor de literatura castellana, que también enseñaba aritmética y geografía, así como a expresarse correctamente y a analizar y entender los textos (Álvarez Barrientos, 1989); a Fermín González de Caunedo maestro de primeras letras; a Faustino de Cea, de esgrima; y a Andrés Beluzzi, de baile.<sup>19</sup>

Su trayectoria profesional, pues, puede ser calificada de exitosa, si se considera que acabó sus días como profesor del centro creado para dignificar y mejorar la profesión de actor. En cierto modo, el suyo es el triunfo de la “burguesía”, es decir, el de alguien que desde una situación poco favorable y, en su caso, ejerciendo una profesión menospreciada, consigue el reconocimiento social, tanto en su trabajo, como entre la crítica y el público. Los intentos llevados a cabo desde las últimas décadas del siglo XVIII por dotar de medios a los actores y para hacer del suyo, no un ejercicio sino una profesión respetable como cualquier otra que aporta beneficios al Estado, comienzan a ver sus resultados en estas décadas del XIX y con la creación de la Escuela de declamación (Larraz, 1980). Tener una escuela y poseer un certificado significaba poner la interpretación al mismo nivel que otros empleos y profesiones, regularizar su situación en una sociedad que cada vez creía más en los diplomas y en reglar las enseñanzas y las conductas, como formas de control de los individuos.<sup>20</sup> A ello había contribuido Pérez, lo mismo que otros; y papel no desdeñable en esta nueva manera de mirar a los actores tuvo precisamente la Guerra, en la que muchos, como él mismo, participaron de manera más o menos directa. No en vano Andrés Prieto se refería a ello en el segundo capítulo de su tratado, relativo a la profesión del actor, para reivindicar su lugar en la sociedad y su compromiso con el orden establecido. Los actores comenzaban a ser tratados “con el mezquino *don*”, distinción imposible antes. El mismo Mesonero Romanos trató de este proceso de aceptación de los actores y recordó en sus memorias algunos casos reivindicativos, como el de José Valero precisa-

19. Que había tenido, y tal vez aún tenía, academia privada, a la que asistían por la noche los jóvenes de la clase media de entonces, según Mesonero Romanos (1994: 465).

20. Otro ejemplo de esta tendencia a la “normalización” e “integración” fue la creación del Conservatorio y de la Real Escuela de Tauromaquia de Sevilla en 1830 (Romero de Solís, 2005)

mente en el Carnaval de 1832 (1994:443-445), pero ya se han visto otros a comienzos de siglo.<sup>21</sup>

El mismo hecho de que un actor fuera objeto de una necrológica, ya da indicios de los cambios. Bretón de los Herreros se hizo eco de su muerte, insertando su recuerdo en el *Correo Literario y Mercantil* del 27 de enero de 1832. Se ajusta a las convenciones de género y es en sí mismo un ejemplo de retórica, de normalidad y aceptación de la profesión y de sus individuos:

Teatros  
Necrológica

D. *Rafael Pérez*, actor de los teatros de Madrid, nació en *Quijorna*, partido de Toledo, a seis leguas de Madrid, en 5 de octubre de 1775, donde permaneció hasta la edad de ocho años, en que se trasladó a la corte, y en ella emprendió después la carrera de la medicina; pero por falta de medios para continuarla entró a servir a S. M. en el ejército el año 1792, obteniendo por su buena conducta muchos cargos, que desempeñó a satisfacción de sus jefes, hasta que en 1797 obtuvo su licencia absoluta. En el mismo año abrazó la profesión de actor, dando principio a sus tareas en el coliseo de *los Caños del Peral*, y mereció desde luego la aprobación general. Permaneció en los teatros de esta corte, siempre aplaudido del público, y respetado y querido de sus compañeros, hasta el 11 de abril del año 1830, en que se jubiló. En 9 de mayo de 1831 se dignó S.M. nombrarle maestro de declamación en el Real Conservatorio de MARÍA CRISTINA. Falleció el día 21 del presente a los 56 años de su edad, tres meses y dieciséis días, habiendo sido por espacio de 32 años uno de los actores que más han contribuido a la gloria de nuestra escena.

Aunque pequeño de estatura, le había dotado la naturaleza de una alma sensible y de notable expresión en su fisonomía. Su pronunciación fue perfecta, su voz sonora y grata, su entendimiento claro, perspicaz y más que regularmente cultivado. Tuvo en todo tiempo un amor dedicado al arte que ejercía, y no se limitó como otros actores a estudiarlo en los papeles que aprendía y en la insuficiente práctica de los bastidores. Constante en reconocer a la naturaleza por su

21. Según Ricardo Sepúlveda, fue en 1833 cuando se dio por primera vez el tratamiento de don a los actores. Francesco Piermarini se dirigía en estos términos a la Comisión de teatros el 2 de abril: “Para la formación de la lista de los individuos que hacen parte de la compañía de esos teatros, suplico a VV. SS. se sirvan tener presente el rasgo de clemencia de S. M., que cuando nombró para sus destinos a Latorre y a Luna, los llamó *don* Carlos Latorre y *don* José Luna” (1888: 135).

guía más segura, jamás quiso arrancar palmadas a espensas de la verdad: hablaba en el teatro, no *cantaba*; sabía conmover sin gritar, y divertir sin manifestar empeño de conseguirlo. Personas de instrucción y muy calificadas le dispensaban su amistad, y gustaban de su agradable conversación. El teatro ha perdido un artista difícil de reemplazar, el Real Conservatorio dramático un profesor por muchos títulos recomendable, y la sociedad un hombre honrado (Bretón de los Herreros, 1965: 183. Las cursivas son suyas).

La nota, además de bien informada —es posible que les uniera cierta amistad—, es un modelo ajustado al género, y su última frase, un ejemplo de cómo se quería entender al actor (y también al escritor): como artista, palabra que por entonces estaba de moda, según recuerda Mesonero Romanos,<sup>22</sup> y como individuo ejemplar de la sociedad, no como cómico despreciable.

Pero no siempre cuando alguien muere deja de producir noticias y documentación. Y así, un expediente que custodia el Archivo de Villa de Madrid, además de recordar que dejaba una viuda, como ya se adelantó, a la que se ordena se le pague su pensión, refiere que el actor, ya difunto maestro de declamación, había sido en los últimos tiempos vendedor de entradas en el teatro de la Cruz.<sup>23</sup> Actividad, como otras señaladas antes, que servía para completar unos sueldos no siempre dignos, porque la identificación entre el reconocimiento simbólico y el pago real suele no corresponderse. La documentación de ese expediente reproduce también la petición de Agustina Torres, bien considerada por Fernando VII, para que el puesto desempeñado por Pérez pasase a ella, según “lo mandado por S. M. en real orden de 19 de agosto de 1830 para que se tuviese presente a la actriz jubilada [...] en la primera plaza que vacase en los despachos de billetes de los teatros de esta capital”, y así, “ha sido posesionada este día [25 de enero] en la que obtenía en el de hombres del de la Cruz, Rafael Pérez”. Entre el día 21, en que muere Pérez, y el 25, que comienza a ejercer como expendedora Agustina Torres, figuró como interino Ignacio Hernández.

22. “La palabra artista es el tirano del siglo actual” (Mesonero Romanos, 1993: 495).

23. “Acaban de darme noticia de que ha fallecido en la noche de ayer el jubilado Rafael Pérez, lo que pongo en conocimiento de VV. SS. para que se sirvan determinar lo que crean más oportuno, tanto sobre esta jubilación, como sobre la viudedad de su mujer. Por dicho fallecimiento queda vacante la plaza de expendedor de billetes de la mitad del casco del Teatro de la Cruz, lo que pongo igualmente en conocimiento de VV. SS. a los efectos convenientes. Dios guarde a VV. SS. muchos años. Madrid, 22 de Enero de 1832. José de Chasco y Gutiérrez” (AVM, Secretaría, 2-473-28).



*“La Corte, un laberinto continuo de noticias”.*  
*Rumores y estados de opinión. Propaganda y desinformación*

Al escribir esta crónica de los hechos que convirtieron no sólo a los madrileños, sino también a los españoles, en sujeto político, Pérez elaboró un testimonio, una memoria que hacía al pueblo protagonista histórico. No fue el único: cuantos recordaron esos días, de forma consciente o no, dieron al pueblo ese protagonismo. Y, en este sentido, el autor tuvo la lucidez de iniciar su relato, no el 2 de mayo –al que, por otro lado, apenas presta atención, en relación con el desarrollo mítico que tuvo después (Demange, 2004; Álvarez Barrientos, 2008)–, sino con el motín de Aranjuez, que supuso poner en acto a la nación desamparada. Como otros textos que se conservan, con éste se quiere dejar constancia de lo sucedido. Es una pieza más que sumar a las memorias que se conocen sobre lo acaecido en Madrid y en otras ciudades, que ya se mencionaron al comienzo de estas páginas. La manera de presentar el relato, sin separar en párrafos ni segmentar por días o meses, induce a pensar que se iba acumulando la información, aunque se pudiera volver en algún momento sobre lo escrito.<sup>24</sup> El manuscrito, una copia en limpio, apenas tiene añadidos, y lleva la firma de Rafael Pérez al comienzo del mismo. Su firma y su letra se encuentran en otros documentos que guarda el Archivo de Villa.

El género elegido –habitual en la época– para dar cuenta de los hechos y de la situación convulsa, lleva a creer que tal vez se pensara editar más tarde, si bien la entrada de los franceses lo hizo imposible o desaconsejable. Y no tendría sentido intentar publicarlo en 1819, al encontrarlo; la situación política había cambiado. Tampoco imprimió Quintana sus memorias, bien distintas de éstas, escritas durante su prisión, de la que salió en 1820. Que Pérez recopilara, aunque luego muchos se perdieran, los documentos a los que hace referencia, apoya la hipótesis de que se trataba de recoger materiales para dar fe más tarde de la “verdad” que se reproducía. Algunas de las memorias y de los ajustes de cuentas y justificaciones que salieron después de la Guerra, llevan ese apoyo documental para explicar las conductas y decisiones tomadas durante la misma o antes. Por otro lado, de manera general, los primeros historiadores de la revolución española, o de la

24. También son un *continuum* las *Memorias españolas sobre el origen y consecución de los males actuales hasta los años de 1810*, de Jerónimo Martín de Bernardo (1808).

Guerra de la Independencia, insisten en su veracidad y en su condición notarial de testigos directos de lo que cuentan. Rafael Pérez no explicita este aspecto,<sup>25</sup> pero no parece haber duda –por cómo lo hace– de que varias de las cosas que relata las presencié, como Blanco White (1986) o Mor de Fuentes (1981), por ejemplo, que sí repiten que estaban allí o que vieron lo que cuentan. En todo caso, sí tenía buena información: no sólo por las fuentes públicas que emplea, gacetas, diarios y papeles que recoge, sino también por aquellas otras que corrían por la ciudad, como cartas, informes y contestes que llegaban de fuera de Madrid, así como por conocer los rumores y estados de opinión que agitaban la capital. Su relato detalla el estado emocional y anímico de la ciudad y serviría para hacer un estudio sobre la conducta de las masas y el pueblo en las revueltas y revoluciones, al estilo de George Rudé (1971; 1978).

En este sentido, su relato informa de cómo vivía una comunidad en guerra, aislada por los enemigos, así como permite conocer los mecanismos de manipulación que sufría la opinión pública para sembrar la duda y la incertidumbre entre la población, la inseguridad y tensión con que se vivía en aquellos momentos y, de manera especial, la desconfianza respecto de los medios oficiales de comunicación e información. Son numerosas las veces que alude a lo mucho que mentían las gacetas y a que no eran de fiar: “Estaba, pues, la gente muy desalentada ya, sin embargo de que se sabía que el *Diario* mentía mucho” (112). Por supuesto, insiste más en este aspecto, cuando la prensa está en manos de los franceses. Entre lo narrado el 11 de junio, se lee esto:

Leyóse alguna carta que aseguraba que se habían presentado los franceses en Valladolid y que habían sido derrotados completamente, muriendo cinco mil españoles. Mas la gente estaba ya muy dudosa y desconfiaba de las noticias, viendo que se desmentían algunas que se habían afirmado mucho (111).

Interesa destacar, por tanto, la importancia del control de la opinión pública en una situación de guerra que hacía necesario dominar la retaguardia en el caso español, al enemigo en el caso francés, mediante lo que se conoce como guerra psicológica, gracias a la emisión de bulos, engaños y rumores. Fueron muchos los

25. No dice: “He contado sencillamente lo que vi con mis propios ojos”, o “Se callan los nombres de los sujetos que concurrieron a todas las escenas de este acto, porque el que me lo contó no sabía si todos gustarían de que se publicasen” (Martínez Colomer, 1808: 19 y 10).

preocupados por dejar de modo fidedigno los hechos y destacar el papel de los periodistas al servicio de diferentes intereses. Quizá uno de los más explícitos, que también se daba cuenta de los manejos propagandísticos, fuera Jerónimo Martín de Bernardo, que declaró escribir para

Satisfacer la curiosidad de propios naturales y de extranjeros, mucho más cuando nuestro enemigo ha desfigurado los hechos por sus gaceteros esclavos, cuando entre nosotros mismos han sido escritas las noticias [...] sistemáticamente disfrazadas, y las de nuestras gacetas oficiales, muy escasas y menos detalladas (1808:VII).

El texto de Rafael Pérez informa sobradamente de los manejos y estrategias empleados por la propaganda en una situación de guerra, dirigidos a la población civil. Consciente de la importancia de la prensa y de las imprentas, así como de los folletos y panfletos que salían de ellas, una de las primeras cosas que Napoleón utilizaba en sus conquistas era precisamente esos medios de penetración, de manera que su discurso llegaba, o podía llegar, a todos los habitantes de los lugares que quería conquistar o ya había absorbido. Metternich recuerda a este respecto que el Emperador ordenó cambiar el estilo oficial para volverlo cercano y familiar. Esas gacetas eran tan poderosas como un ejército numeroso (Pizarroso Quintero, 2004: 33). Por eso, una de las primeras cosas que aconsejó a su hermano José fue el uso dirigido de la prensa y el aumento de su tirada. Como ejemplo de esta política con respecto a España, en una carta del 21 de abril a Bonaparte, Murat decía lo siguiente: “He comunicado a M. de La Forest [el embajador] la intención de Vuestra Majestad de dirigir la opinión pública mediante panfletos” (1905, I: 3. La traducción es mía). Esta es la razón de que los franceses se hicieran con una prensa para poder mantener su sistema de desinformación y propaganda en la ciudad, como relata Pérez y con él otros.<sup>26</sup> Insistiendo en este aspecto, cuenta varios episodios que tienen como espacio u objeto las oficinas de la Imprenta Real, que dan cuenta de su importancia estratégica y operativa, así como de cuál era la situación de los madrileños, que vivían con ansiedad la llegada de noticias. Un ejemplo del viernes 22 de abril:

26. Así Martínez Colomer: “Dos oficiales franceses sorprendieron a un impresor y con amenazas le hicieron imprimir un papel que decía: ‘Viva Carlos IV y Godoy, muera Fernando’. El impresor llegó a tirar dos ejemplares; pero fingiendo que se le había descompuesto no sé qué pieza y que iba en casa de un amigo a buscarla, marchó a dar aviso a un alcalde de Corte” (1808: 25).

En esta crisis se puso a las cinco de la tarde un aviso al público en las esquinas que decía que a toda prisa se estaban imprimiendo en la Imprenta Real unas noticias, las más satisfactorias, cuyo aviso se daba anticipado al público, de orden de la Suprema Junta de Gobierno. De allí a dos horas que se habían gastado en maldecir y desesperarse, se aseguró que se estaban imprimiendo seis capítulos acordados entre Bonaparte y el rey, y por lo que decían que contenían se aumentaba el desconsuelo y la ira de todo buen español, que en esta ocasión todos lo eran. A las diez de la noche se hallaba la calle de las Carretas [que es donde estaba la Imprenta] llena de gente a por la *Gaceta*, que empezó a despacharse con el n° 40 y, al leerla, no se pueden referir las injurias que todos proferían en desprecio del gobierno, y lo mismo todo el día siguiente, sábado (88).

Son abundantes, por tanto, las páginas en las que se describen o muestran los usos y maneras de la desinformación, mediante las gacetas, las papeletas y cartas que se dice llegan de este o aquel lugar y se dejan en las casas y en las calles, y los carteles que se pegan en las paredes, para calmar a la población, preparar su estado de ánimo o comunicar noticias y bandos.<sup>27</sup> Así, por ejemplo, mientras se preparaba el 2 de mayo, el 29 de abril se difundió una carta:

En este mismo sábado se leyó un papel impreso que tenía cuatro hojas en cuarto, que no decía con qué licencias se había impreso, ni en qué imprenta, y sin firma alguna, y que únicamente decía en el encabezamiento que era una carta escrita en Toledo, con fecha 20 de abril, por un oficial retirado a un amigo suyo residente en Bayona, y cuyo papel le fueron dejando en algunas casas, y aun en la calle, y esta fue la autoridad con que se extendió. No puede decirse el desprecio que inspiró el dicho papelucho a los que le leyeron, y la befa que de él hicieron por majadero, por ridículo, por tonto; en el cual, en tono de consejo por un hombre experimentado, se desaprobaba lo ocurrido en Aranjuez y Madrid, la abdicación de su corona por Carlos IV, el haberla admitido Fernando VII, con mil impertinencias y figurando y temiendo muchos desastres de tan funestos principios, y esperando, por consuelo, el remedio de tantos males del gran Napoleón, árbitro de la Europa.

27. El texto está atravesado de referencias al uso de los carteles. Entre los muchos ejemplos que se pueden aducir, éste: “Por fin, con algunos más carteles que se pusieron en las esquinas puede asegurarse que en estos días se publicaron más de doce bandos para restablecer la quietud”.

Este papel les pareció francés a todos, y había quien se persuadía que sería parto de la imprenta de Murat (92).

Aunque da más ejemplos del uso de la propaganda por parte de los franceses, del lado de los patriotas también se encuentran escaramuzas de desinformación: bulos, espías, etc. Un ejemplo del 24 de mayo:

También se dijo que en este mismo día habían salido tropas francesas de las inmediaciones y aun de Madrid para Cádiz. El miércoles corrieron una multitud de noticias: se aseguraba la declaración de guerra a la Francia por la Rusia y el Austria; que en Bayona había habido levantamiento y había cundido mucho tierra adentro de Francia; que el duque del Infantado había matado a Bonaparte en Bayona y que él había sido hecho pedazos en el momento mismo. Se decía que habían sido interceptados algunos correos franceses y que se encontró una carta de Bonaparte a Murat, que le decía que en cuanto a la gente y dinero que le pedía no podía enviar nada, porque se hallaba exhausto de uno y otro; que Murat estaba disgustadísimo hasta el extremo que había tratado ya de marcharse, y que no había encontrado general que se hiciese cargo del ejército; y le respondían que, en marchándose él, ellos harían lo mismo con las divisiones de su mando. Se decía que entre ellos había muchísimos disgustos, y aun se dijo también que en Palacio, donde hacía ya muchos días que vivía Murat, se habían oído gritos y ruido de espadas una noche, mas no se pudo traslucir nada (101).

Pero, por supuesto, para conocer el estado en que se encuentra una ciudad son necesarios los observadores; por lo tanto, da varios testimonios “de los muchísimos espías, así hombres como mujeres, bien pagados, que en Madrid tenía Murat” (98); y de cómo “desde el 19 de marzo [día del motín de Aranjuez] no habían cesado las patrullas de día y noche y había, además, innumerables espías” (105).

Otra forma de propaganda, ésta del lado español, fue vender retratos de Fernando VII y alegorías de España y del monarca. Así, noticia que a comienzos de agosto “vendíanse retratos de Fernando VII y otros nuevos representando alegorías en beneficio y aplauso de la España y desprecio y abatimiento de la Francia” (130). Era el momento de exaltación, coincidente con otras muestras dentro y fuera de Madrid, del desarrollo de un sentimiento antifrancés que ya

estaba organizado y dirigido, y al que se daba rienda suelta de palabra y de obra. De palabra, mediante el famoso catecismo: “un catecismo nuevo que contenía las preguntas y respuestas más denigrativas contra Francia y principalmente contra los Bonapartes” (130), que es el *Catecismo civil*, publicado en distintos puntos de España en 1808, que conoció gran difusión y variantes e incluía diálogos destinados a forjar el sentimiento nacional mediante el odio a los franceses, cuya muerte se justificaba plenamente en él.

De obra, por el asesinato, como en el caso de Luis Viguri, episodio que conmocionó a muchos, y del que dejaron testimonios personales el conde de Toreno (BAE, 64: 128a), Antonio Alcalá Galiano (1955: 41-42) y Ramón de Mesonero Romanos (1994: 129), entre otros. Que su muerte diera nombre al tipo de ajusticiamiento que recibió –La Viguriana y Vigurizar– da indicio de su crueldad, de que se ejecutó en otros (en octubre dos franceses fueron también arrastrados) y de que a muchos se les grabó en la memoria:

Aguardábase de un instante a otro ver entrar en Madrid tropa española y, en esta situación las gentes, dio el pueblo la primera señal contra los traidores el miércoles siguiente, 3 de agosto; señal terrible que hizo aterrar y estremecerse a todos cuantos la presenciaron. Desahogo cruel, sí, pero consiguiente del enojo de la ira que por tantos años había tenido oculta toda la nación contra unos infames egoístas que habían hecho mofa de la triste tolerancia del pueblo, y que, por último, habían vendido a su Príncipe, a su patria y a todos los españoles. Don Luis Viguri, intendente de La Habana, del bando del primer traidor del mundo, Príncipe de la Paz, y muy amigo y perpetuo compañero de su hermano Don Diego, fue sorprendido en su casa por la multitud a las cuatro y conducido al cuartel de valones, pero, impaciente el pueblo innumerable, entró a las seis en el cuartel, lo paró a puñaladas, lo echó una soga al cuello y, tirando de él, lo arrastró más de dos horas por todo Madrid con la mayor algazara, gritando “¡Viva Fernando VII! ¡Ya murió un traidor!”. Y a las ocho y media, hecho un objeto inmundo y horrible, lo dejaron a las puertas de San Juan de Dios para que lo recogiesen, y se disiparon, llevando la turba cuando dejaron el cadáver más de doscientos hachones ardiendo, y amenazando que pronto irían a por otros (130-131).

Su relato es similar al de otros, pero lo reseñable del mismo, más que la constancia del hecho, es que se pone como ejemplo de pueblo masa (“pueblo innumerable”), pero también como uno de los pocos desmanes sucedidos por entonces, a pesar de la situación en que se encontraban los habitantes.

Así, pues, Pérez observa, es testigo unas veces (como Blanco White o Mor de Fuentes), otras le cuentan (como a Martínez Colomer); resume de las gacetas y demás fuentes que llegan a sus manos y, al mismo tiempo, da un panorama de la rumorología de la época y de su uso político. El rumor tiene el mismo valor movilizador que una noticia contrastada, ya que no tiene por qué ser falso. De hecho, poco importa si lo es o no a efectos de agitación. Lo que puede ponerlo en duda es el medio por el que se difunde. Como les sucedió a otros, no es imposible que no fuera consciente del valor del rumor como instrumento de agitación, ni de su importancia como testimonio histórico para calibrar la opinión; en todo caso, como otros escritores del momento, dejó constancia de esas corrientes que se transmiten con enorme rapidez, configuran opiniones y deciden actitudes. Martínez Colomer fue muy gráfico al exponer el carácter performativo del rumor, su capacidad para pasar de palabra a acto: “El día 14 de marzo se comenzó a *susurrar* la fuga de nuestros monarcas [...], y cundieron de modo estos rumores, que el día siguiente 15 por la tarde se iban formando ya muchos corrillos” (1808: 8. La cursiva es mía).

### *19 de marzo y 2 de mayo*

Sobre todo gracias a la historiografía romántica liberal, el 2 de mayo se consagró como el día en que el pueblo español se levantó contra el enemigo y tomó conciencia de su ser como nación, si bien los síntomas de esa conciencia se perciben desde antes (Portillo, 2000; Fernández Albaladejo, 2006). Ese “día aciago” por la violencia y las muertes, como lo denominan Pérez y otros, fue el detonante de un proceso revolucionario que tuvo varios frentes.<sup>28</sup> En realidad, puede decirse que se desarrollaban tres revoluciones, como ha mostrado la historiografía reciente, aunque quizá no comiencen al mismo tiempo. Por un lado, la deseada por los liberales; por otro, la de los afrancesados; y, finalmente, la de los tradicionalistas. Las dos primeras fracasaron en un primer momento, y triunfó la última. Aunque,

28. Sobre el término “revolución” en esta época, véase Moliner Prada (1990), Fernández Sebastián y Fuentes (2002) y Fernández Sebastián (2007).

con el tiempo, los afrancesados pudieron regresar y llevar adelante parte de sus proyectos ideados para unos veinte o treinta años antes, así como planes nuevos, mientras también los liberales, con dificultades, volvieron y desarrollaron actividad política.

Pero lo que interesa destacar ahora es el papel “fundacional” del 19 de marzo, más que el del 2 de mayo, pues aquel día, o aquellos días, quizá sí constituyen más el momento en que el pueblo pasó a la acción y se convirtió en representante de la nación o en nación misma, ante la situación de acefalia en que se sintió. Un pueblo que quería recuperar a sus reyes y acabar con Godoy, que en un principio había deseado la llegada de los franceses, que “a las órdenes del Príncipe Murat, estaban muy inmediatos a Madrid, y próximos a entrar, deseándolo en general la gente” (72), y que en esos momentos culpa de su situación extrema al Príncipe de la Paz, representante del mal gobierno: “¡Viva el rey! ¡Muera el traidor!” (73). Más tarde recelará de la presencia de las tropas imperiales, pero no en ese momento.<sup>29</sup> Lo que no cambia es la consideración negativa de Godoy, que es el representante del despotismo, a pesar de las variaciones que pudiera haber respecto de los franceses.

La perspicacia política de Rafael Pérez a la hora de dar más relieve al 19 de marzo que al dos de mayo, y su conciencia de la importancia del motín, que comparte con otros, queda destacada cuando se constata el número de páginas que dedica a cada episodio. Si el primero se lleva unas doce, aunque en realidad muchas más por el retrato que hace de Godoy y de lo que sucedió después; el segundo ocupa solo una página escasa, además de indicar que “hubiera sido un día mucho más desastrado —que lo fue—, pero los franceses hicieron mucho menos destrozo del que pudieron hacer, porque estuvieron bastante contenidos” (94). Por otro lado, no alude en absoluto a los mitos construidos posteriormente, a los héroes Daoiz, Velarde y Ruiz, ni a Manuela Malasaña, cosa que hacen otros, y sí al pueblo, al “paisanaje, desarmado, desorganizado y sin cabeza ni dirección, que no tenía más que un ardor desesperado, ¿qué podía hacer contra un ejército armado y dirigido? La poca tropa que había en Madrid estuvo, por orden del gobierno, enclaustrada en los cuarteles, y todos deseaban salir” (94-95). Y, aunque alude a los fusilamientos y a la arbitrariedad de los franceses, lo expresa con frialdad y distanciamiento, así como la alusión al heroísmo español:

29. “Empezaron algunos a ver realizado el mal juicio que hicieron de los franceses al verlos entrar en la Corte, aunque eran deseados de la multitud que creía venían con miras de felicidad para la España” (87). Estamos en el mes de abril.



aumentaron muchísimo [los muertos] con los que en la misma tarde del lunes y el martes siguiente arcabucearon los franceses en el Prado y en otras partes, de una manera que causa horror a la humanidad, pues sin más que encontrar a uno cualquiera con un cortaplumas, aunque fuese un inocente, era conducido y arcabuceado sin ser oído ni preguntado. Y así pasaron, según noticias, de doscientos hombres. Hubo en este día desgraciado algunas acciones brillantes en valor por los españoles (95).<sup>30</sup>

Su relato aporta más información, a la que ya se conoce, sobre el controvertido asunto de la espontánea movilización de los madrileños durante aquellos meses de marzo a mayo y sobre el levantamiento del lunes dos; da ejemplos de que en ambos lados se conspiraba para preparar ese día. Él no reflexiona sobre este asunto, pues suele limitarse a exponer —quizá porque la simple exposición ya induce un sentido—, pero comenta lo mismo que años después dejaron por escrito otros testigos, como Alcalá Galiano: que la situación había llegado a tal extremo de inestabilidad y malestar contra los invasores, que se esperaba alguna revuelta: “Ardía la gente con estas noticias y ya no deseaban otra cosa sino la señal de un levantamiento contra los franceses y se felicitaban con las seguridades que se daban por muchos sujetos de que el gobierno tomaba providencias ya eficaces y oportunas para acercar gente a Madrid con que poder hacer frente a los franceses” (93-94); “se temía otra como la del día 2 de mayo, y se empezó a decir que antes de cuatro días volvería a haber motín” (97). En sus *Memorias*, Alcalá Galiano relata que fue su madre quien le dio la noticia del levantamiento —“Ya ha empezado”—, como cosa esperada y “conocida, cuya tardanza daba golpe” (1955: 336a).

El motín fue el resultado de las conspiraciones de franceses y de partidarios de Fernando; éstos últimos habían preparado también el de Aranjuez. Los testimonios de Pérez muestran que tanto unos como otros trabajaban para crear el estado necesario para provocarlo y que fue algo calculado, como ha mostrado Fraser (2006). Pérez traza el panorama levantisco y antifrancés que existía en Madrid prácticamente desde su llegada, y detalla los diferentes y seguidos altercados entre unos y otros, dirigidos a generar malestar, inquietud y a atacar. Aunque no alude a uno de los rumores más extendidos y temidos, como era que los españoles serían alistados en los ejércitos franceses, bulo que movilizó la opinión anti-francesa, sí ofrece otros de gran interés. Así, el sábado 23 de abril, escribe: “se

30. Su relativo distanciamiento se agranda si se leen otros testimonios, como el de Martín de Bernardo (1808: 99-100).

descubrió, también en Madrid, un indicio de la disposición de ciertas gentes contra los franceses, pues se formaron autos contra unos que estaban haciendo acopios de medias lunas para desjarretar los caballos franceses” (88). Lo que directamente lleva al recuerdo del cuadro de Goya sobre el 2 de mayo. Los preparativos habían comenzado. También existen datos que avalan planes en el partido fernandino. Al menos desde el libro de Pérez de Guzmán (1908) se destaca la existencia de conspiraciones contra los franceses para llevar a cabo el levantamiento. Murat, en carta a Napoleón, consideraba que había sido la Junta Suprema la que lo provocó.

Por su lado, los franceses trabajaban en pro de Carlos IV y María Luisa, y contra Fernando (89). Desde pronto se barajó la posibilidad de que Murat caldeara el ambiente para hacer que los madrileños se levantaran y así reprimirlos de forma que sirviera de ejemplo a los demás españoles, o, más bien, para desencadenar las acciones necesarias para convertir a España en un escenario de guerra.<sup>31</sup> Blanco White lo cuenta así (1986: 299): “El levantamiento del 2 de mayo no surgió a consecuencia de un plan preparado por los españoles, sino que, por el contrario, fue provocado por Murat, que para intimidar a todo el país ideó astutamente la manera de producir una explosión violenta en la capital”; Carnicero, el sacerdote soriano, que fue archivero de Indias y consejero de Fernando VII, de este otro: “los franceses, que no querían otra cosa, y que todo lo tenían dispuesto, se aprovecharon de la ocasión, mandaron hacer la primera descarga a los que estaban más cerca, y con este anuncio se pusieron al momento sobre las armas todos los demás de la Corte y de los campamentos de Chamartín, Casa de Campo y lugares inmediatos” (1814: 97-98). En todo caso, parece claro que es necesario insertar el levantamiento dentro de las tensiones previas (preparatorias o no), como muestra Rafael Pérez al iniciar su relato con el motín de Aranjuez.<sup>32</sup>

*Patria y nación. “Ya los españoles tienen patria, ya tienen derechos”*

*Madrid en 1808* narra los comienzos del “nacimiento de una nación”; retrata los sentimientos y las dudas de los madrileños pero, por extensión, de gran parte de los habitantes de la Península, pues las noticias de Pérez se refieren a toda ella, gracias a las informaciones que se reciben en la capital. Por tanto, su relato, apoyado

31. Véase Martínez Colomer (1808: 25-26), Espadas Burgos, (1992); Gómez Ferrer (1992); Tateishi (1995); García Cárcel (2007: 95-124).

32. Y como ha estudiado Diego (1992), entre otros.

en las gacetas y diarios, en los correos y contestes, presenta el panorama emocional de la población, que descubre su condición nacional, entre otras cosas, por rechazo del enemigo. Desde este punto de vista, *el enemigo* tiene un importante papel estructural –del mismo modo que el rumor lo tenía en la enunciación–, ya que contra él se organiza el relato, que se plantea como una arma defensiva contra Napoleón, su hermano y los franceses, sin olvidar la imagen del déspota, que es básica como referente narrativo. Un déspota que desde luego no es Fernando VII, ya que él es el deseado y el bien amado que padece prisión y alejamiento y ha sido manipulado por la insidia de Bonaparte, sino un déspota abstracto que simboliza el mal gobierno y a veces representa Godoy. En otros escritores de ese momento, esa actitud crítica del despotismo, en tanto que forma de gobernar y concebir la monarquía, produjo una salida constitucional.

En Rafael Pérez no se puede descartar absolutamente esta posibilidad, a juzgar por los pocos datos que tenemos de su actuación en 1813 y 1814, cuando la Cortes regresaron a Madrid. Puesto que nos encontramos en los orígenes del conflicto, refiere más las notas patriotas, el afecto a Fernando –compartido, como se sabe, por todos, que esperaban cosas distintas de él–, el rechazo de la presencia francesa y la idea de que el conflicto es una guerra de religión en la que el paisaje se moviliza al grito de patria, religión y rey. Valgan estos testimonios, de mayo, junio y agosto:

Todos le aclamaron su General [a Palafox], jurando defender la religión y la patria, hasta morir peleando contra los franceses (104).

Los correos que atravesaban todas las provincias y llegaban a Madrid referían asombrados el movimiento y el ardor que había en toda España y en toda ella se tenía ésta por una guerra de religión, como particularmente lo decía, con los términos más fuertes, la proclama de Galicia (115).

Todos los soldados [valencianos], especialmente los nuevos, venían llenos de retratos de Fernando y de escapularios y estampas de la Virgen, y en las banderas traían a esa Señora con el águila [francesa] a sus pies. El inmenso gentío, la alegría, los vivas, todas estas son cosas inexplicables (134).

Así, en estas circunstancias extraordinarias en que se hallaba la patria, once millones de almas sin rey, sin gobierno, se reunieron a establecerle [gracias a la Junta Suprema] sin convulsiones políticas, sin derramar una gota de sangre, de

sangre española, sangre leal, virtuosa y valiente, que sólo querían derramar en la defensa de la religión augusta de sus mayores, de su patria y de su querido monarca, el deseado Fernando VII. Esta virtud, este patriotismo, hacía asomar lágrimas de ternura, lágrimas de placer y consoladoras a los españoles, y atribuían a Dios todos estos prodigios, que había mirado con compasión a una nación inocente que iba a ser presa del mayor tirano del mundo. Bien claro se puede percibir cuál sería el valor de los ejércitos: todos los soldados estaban ansiosos de derramar sangre francesa, y vengar los ultrajes hechos a su patria, religión y rey por aquellos vándalos infames (148-149).

“¡Gloria inmortal a la gran nación! Bonaparte, ¿qué es de tus legiones, de tu gloria, de tu poder? Míralo estrellado en España, esta prueba te restaba que hacer” (149). Es obvio, por otro lado, que el movimiento liberal se destacó más tarde y que él está escribiendo en 1808, al hilo de los hechos. En este sentido, cabe señalar que deja constancia con insistencia de las peticiones de convocar a Cortes que las distintas juntas y diputaciones hicieron desde pronto. No se trata de las cortes liberales, sino más bien de las tradicionales españolas que servían para representar a la nación en ausencia del rey, como sucedía en aquellos momentos, pero que, sin embargo, fueron un fundamento legal para convocarlas. Francisco Martínez Marina, Muñoz Torrero y Argüelles destacaron en esta perspectiva tradicionalista e historicista de constitución de las Cortes. La primera alusión a esta necesidad de convocarlas es de abril, y por ella se observa la inquietud que había entre los españoles: “Dejó el soberano para el tiempo de su ausencia una Suprema Junta de Gobierno que presidía su tío, el infante don Antonio, y ya a esta época había recibido el soberano cartas de los pueblos cabezas de provincia con voto en Cortes, en las cuales se ve [...] hasta qué punto estaba exaltada toda la nación” (82). Después del dos de mayo, el miércoles 11, vuelve a haber petición de reunir las Cortes del reino, ante la incapacidad del Consejo y la gravedad de la situación. En todo caso, el pensamiento liberal estaba activo en esos momentos y antes, como se sabe, y en 1809, por ejemplo, aparecería la *Constitución para la nación española* de Álvaro Flórez Estrada, quien indicaba que en ellas residía la soberanía del pueblo.

A lo largo de todo el texto se encuentran numerosas alusiones a la patria y a la nación, que son de carácter político, no solo emocional o geográfico; bastantes insisten en asuntos de representación nacional y de forma de gobierno, que trans-

parentan quizá el concepto de nación que tenía Pérez en los momentos de escribir. Un concepto que cambiaba porque se iba forjando desde nuevas premisas. Son indicaciones que seguramente pueden tomarse por síntoma de lo que otros también sentían y pensaban sobre la cuestión, así como de sus dudas. Por oposición al invasor, hablará de la “patria oprimida” y luego de los “buenos españoles” que salvan a su “patria adorada”. Momento emotivo y exaltado en que traza el panorama del levantamiento de los diferentes pueblos: valencianos, vascos, catalanes, andaluces, castellanos, gallegos, etc., unidos en la defensa del territorio, de la libertad y de una cultura que sienten amenazada.

Este sentimiento [por los resultados en Aragón] tan justo se templaba con las noticias que nos comunicó la *Gaceta* extraordinaria del miércoles 17 acerca del Principado de Cataluña, en donde cada empresa había sido una maravilla, y de lo que estábamos casi enteramente ignorantes por la incomunicación que había habido con aquel Principado. Todo él se sublevó en los primeros de junio y sus resultados maravillosos llegaron hasta poner sitio a la ciudad de Barcelona y Figueras, dominadas por los franceses, después de haber destrozado mucho a las divisiones que salieron a varios puntos en los principios del armamento; y hubo ataques en que los bizarros catalanes pelearon con cañones que hicieron con troncos de árboles por no tener otros, y consiguieron victoria contra los inicuos franceses (135).

En septiembre habla de la Junta Suprema como representante de “la gran nación” de once millones de españoles, y de los debates y rumores acerca de la posibilidad de establecer repúblicas en diferentes partes del territorio. Uno y otro testimonio pueden utilizarse en paralelo: “Dijose también que en Madrid y otras partes se había prendido a muchos, también de resultas de otros pliegos, y aun se hablaba de que León, Galicia y Asturias tenían hecha alianza para declararse repúblicas y neutrales. En fin, la tempestad aún duraba y, aunque las cosas no fuesen ciertas, había en Madrid mucho germen francés y de todos modos se intrigaba” (147).

Para fijar qué idea tiene de nación es importante ver cómo da cuenta de las noticias de América. El “problema americano” se planteó de manera flagrante con la Guerra, pero también durante las Cortes. ¿Qué hacer con la América española, cómo controlar los movimientos independentistas, cómo considerar a sus habi-

tantes? ¿Eran aquellos territorios parte de la nación, o, por el contrario, un añadido con el que no se identificaba la “esencia” española? (Marchena Fernández, 2000; Portillo, 2006). A pesar de que el Imperio español era trasatlántico, con enorme frecuencia, como se sabe, los políticos y los ciudadanos miraron más hacia Europa que hacia América. Rafael Pérez se refiere en dos ocasiones a ella. Ambas, de septiembre y octubre, para señalar su sumisión y aceptación de la Corona borbónica en la persona de Fernando VII, así como su implicación en la lucha contra Bonaparte:

Habían hecho ya [los ingleses en Cádiz] otros infinitos desembarcos de armas, municiones, artillería, vestuario y gente, que jamás deberá ni podrá olvidar España, y continuaban sin cesar sus poderosos auxilios, con los cuales hasta las mismas Américas se iban asegurando, por los avisos que circulaban a todas partes llevando diputados españoles y documentos competentes, para que aquellos países tan distantes no padeciesen engaño y cayeran bajo el dominio del tirano usurpador. Y a estos servicios tan activos y extraordinarios se debía que hubiesen proclamado en algunos puntos de América a Fernando, como había ya publicado la *Gaceta* de Madrid, y, por consiguiente, estuviesen asegurados ya aquellos dominios (145).

La Junta Central trabajaba con mucha actividad y estaba ya casi enteramente consolidada, pues había recibido y publicado los oficios de muchos tribunales del reino de haberla reconocido y hecho el juramento de fidelidad. De esta manera iba perfeccionándose la grande obra que había empezado esta valerosa nación, cuyos influjos habían llegado con tanto vigor a la América que, si era posible, el entusiasmo por Fernando VII y el deseo de venganza eran mayor que en España, y prodigiosos los ofrecimientos de aquellos países para la guerra contra la Francia (150).

Su idea, por tanto, de nación es solo peninsular, no abarca los territorios americanos, que son entendidos como una posesión.<sup>33</sup> Cuando los diputados de Cádiz se planteen el problema de los españoles americanos dejarán claras las diferentes posturas ante lo que se entiende por nación española, a pesar de que en la Constitución se integre de un modo similar a los que vivían en el otro lado del

33. Esta parece ser también la idea de Martín de Bernardo (1808), cuando se refiere a América en sus memorias. Aunque él, por abarcar más tiempo su narración, da cuenta de cómo las colonias se levantaban y desobedecían a la metrópoli.

Atlántico. “La nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios” (art. 1 de la Constitución de 1812).

Pero, en lo relativo a la cuestión de la patria y de la nación, hay un momento en esta obra de enorme interés, que sitúa al relato directamente en la órbita de la discusión política, no solo en la enumeración de batallas, rumores y número de bajas. Pérez parece tomar posición, respecto de lo que está por venir, del nuevo Estado. En las páginas que dedica a los acontecimientos del mes de agosto, cuando los franceses no están en Madrid y sufren derrotas e insultos, cuenta la entrada en la ciudad del conde de Cerbellón, general en jefe del ejército de Valencia. Es un momento que describe con detalle y que es comparable, por la felicidad de los ciudadanos, a la de Fernando VII el 24 de marzo. En uno y otro momento, el rey es visto como la esperanza de algo nuevo y renovador, que haga olvidar el mal gobierno y el despotismo, pero ahora, ya en guerra, es también el símbolo de la libertad, de la independencia, de la justicia y de la gratitud por la sangre derramada en su defensa, en defensa de muchas esperanzas que frustró en mayo de 1814. El pueblo se echa a la calle y aclama a los héroes valencianos, “ilustres defensores de la patria y, con lágrimas de placer, palpaban a los soldados que le acompañaban [al conde], no saciándose las gentes de otro modo y embriagados de placer. ¡Qué gloria mayor podría haber para este español en un momento tan delicioso! ¡Y qué días tan dichosos se presentaban a la imaginación de las gentes atónitas y asombradas en la entrada de los demás generales, en la de los ejércitos victoriosos y, sobre todo, en la del monarca apetecido, su querido, su cariñoso Fernando!” (132). Pérez no habla aquí de nación ni de pueblo en un sentido meramente étnico o territorial. En sus palabras, en su emoción, hay un componente de unidad política previo, que ve cohesionarse gracias a la Guerra. Por eso, es significativo que a continuación escriba, con motivo de esta entrada: “Ya los españoles tienen patria, ya tienen derechos” (133).

Significativo, porque se presenta la identidad vinculada a aspectos civiles y administrativos, a los derechos, y no sólo a la pertenencia a un mismo territorio; significativo, así mismo, porque, ese tener patria conlleva ejercer la libertad: “A estas satisfacciones tan dulces añadían las gentes la de leer con libertad y entusiasmo la multitud inmensa de papeles impresos que se vendían en la Puerta del Sol” (133). Es famosa la frase de Agustín Argüelles: “Españoles, ya tenéis patria”, que lanzó con motivo de presentar la Constitución de 1812, pero esa idea legal, con-

tractual, corría desde antes, como se sabe. Se ha visto en este texto, cuando Pérez alude a la necesidad de convocar Cortes, cuando caracteriza a la Junta por ser la representante soberana de once millones de españoles, pero estaba también en el *Catecismo católico-político* del año 1808, en el que a la pregunta: “¿En quién reside la autoridad de imponer leyes?”, se responde: “En la universalidad de los ciudadanos, o lo que es lo mismo, en la nación” (Cit. por Álvarez Junco, 2001: 179-180). Porque, antes de las Cortes de Cádiz, como no podía ser de otra forma, se tenía ya una idea política y moderna de nación, basada en leyes (derechos), no sólo en el hecho de ser libres e independientes de la dominación francesa.

Más tarde, el 15 de septiembre, Manuel José Quintana escribía en el *Semanario Patriótico* que los antiguos “llamaban patria al estado o sociedad al que pertenecían, y cuyas leyes les aseguraban la libertad y el bienestar”, mientras que donde no existía eso, lo que se daba era “una gente, un ayuntamiento de hombres: pero no había patria” (1808: 47). ¿Existió alguna relación personal entre Pérez y Quintana, más allá de la que se diera con motivo del estreno de *Pelayo*, o el actor expone una idea, un sentimiento que flotaba en el ambiente, aunque pudiera ser entendido de distintas maneras? Flórez Estrada también señalaría al año siguiente que, puesto que no se tenía Constitución, los españoles no tenían patria. La idea estaba en el aire, en efecto, defendida por liberales y no liberales, pero pocos, entonces, debían de ser –tuvieran la idea que tuvieran de patria– los que estaban dispuestos a reproducir un sistema despótico e injusto. Después la Constitución, en teoría, acogió las diferencias, pues respetaba al rey y a la religión. Quizá Pérez no entendía por patria lo mismo que Argüelles, Flórez Estrada o Quintana, y el suyo era un concepto moderado, pero no deja de ser importante que vincule la condición de la patria al ejercicio de los derechos y tenga, por tanto, una visión civil de la misma, que no necesaria, aunque muy probablemente, habría que complementar con cierta idea religiosa, como en 1812 hacía fray Manuel Martínez, en un sermón en Valladolid, con motivo de jurarse la Constitución:

¿Habéislo oído, españoles? Libres, sí, libres seréis bajo la salvaguardia de esta gran carta de vuestros derechos y de vuestras obligaciones. Ya tenéis una patria, sois ciudadanos y ciudadanos españoles, y de hoy más combatiréis por vuestros hogares, por vuestro rey, por vuestras Cortes, por vuestra Constitución y [...] por vuestra religión (cit. por Álvarez Junco, 2001: 181).



La invasión francesa dio pie a que el sentimiento patriótico que existía tomase forma de diferentes formas y con distintos sentidos. “Si sus raíces son las mismas –escribía Dérozier (1978: 258)–, los frutos que da no maduran de la misma manera”. Con el texto de Pérez aún estamos en 1808, al inicio de la Guerra, cuando se esbozaban posturas que aún no se diferenciaban tanto como llegarían a estarlo luego. Las coincidencias y las disensiones, por otro lado, estaban servidas, pues había un variado caldo de cultivo ideológico que se preparaba desde antes de la Revolución Francesa; la pluralidad podría no haber sido enfrentamiento y venganza, como sucedió a partir de mayo de 1814.

*Madrid en 1808* es el testimonio, a menudo emocionado pero contenido, de la duda, de la inseguridad y del miedo como características de la vida de una ciudad en guerra. A través de sus páginas se filtra una idea de cómo vivían los hechos políticos aquellos hombres que cada vez eran más ciudadanos, pelearan por lo que pelearan. La patria se convertía en nación y en Estado ante sus ojos y ellos, “todo ojos y oídos” (Martínez Colomer, 1808: 21), a pesar del deseo de Fernando VII de volver a los tiempos anteriores a la Guerra, ya nunca volverían a ser los mismos. Incluso los que rechazaban el sistema constitucional, integraron en su mentalidad ese mundo, desde el momento en que lo combatían y usaban su léxico. La nación, como espacio contractual de convivencia, se difundía entre los ciudadanos, y, más que de otra cosa, las páginas de Rafael Pérez dan cuenta de la incertidumbre que se vivía, no ya por el devenir bélico del día a día y de su peligro vital, sino por lo que suponía estar a las puertas de un nuevo mundo político, que quiso alumbrar formas renovadas de relación y valores nuevos, dar un salto que, sin olvidar el pasado, pintara un nuevo semblante a la nación.



## CRITERIOS DE EDICIÓN

El manuscrito de Rafael Pérez sólo tiene un punto y aparte. Es decir, su escritura es un *continuum*, marcado por una casi constante parataxis, que abunda además en continuas faltas de concordancias de todo tipo, de tiempos verbales y de género, aunque algunas sean propias de la sintaxis de la época. Es una copia en limpio; apenas hay correcciones e interpolaciones. El manuscrito lleva la firma de Rafael Pérez al comienzo del mismo, como ya se indicó.

La letra corresponde a la de la época en que está escrito y las diferencias de tamaño que a veces se aprecian tienen que ver con el uso y desgaste de las plumas y con tintas diferentes. El papel y la encuadernación son también de finales del siglo XVIII, comienzos del XIX.

Se ha procedido a distribuir el texto, primero en capítulos, para lo que se ha optado por una división natural por meses, y luego a separar en párrafos la obra, de manera que tengan sentido y cohesión, y puedan ser leídos con comodidad.

Siguiendo la práctica filológica habitual, se han actualizado la ortografía, las tildes y la puntuación, así como determinados términos y denominaciones locales. También se han mantenido loísmos, laísmos y leísmos. Cuando el autor ha subrayado alguna palabra, en la transcripción aparece en cursiva. Se ha normalizado así mismo el uso de las cursivas y las comillas para los títulos de obras, poemas, artículos, etc., y se han desarrollado las abreviaturas, salvo las muy evidentes, como S. M. No se incluyen los documentos que figuran cosidos al final del volumen, que sin embargo se relacionan en la “Noticia bibliográfica”.

En el texto se encuentran dos tipos de notas: las de su autor –redactadas una vez encontrado el libro, que aluden a la ausencia o no de los documentos que cita– y las de la edición. Unas y otras están claramente diferenciadas, mediante el asterisco\* que figura en las primeras. Dada la gran cantidad de información, referencias y personajes que aparecen en el texto, y considerando el tipo de edición, se ha optado por hacer una anotación somera, de carácter lexicográfico y aclaratorio en aquellos lugares que lo necesitaban. Se han empleado el *Diccionario de Autoridades* y el de la Academia. Algunas palabras o letras añadidas van entre corchetes []; algunas que sobran, entre paréntesis ().

## NOTICIA BIBLIOGRÁFICA

(Según asiento catalográfico redactado por Manuela Lázaro)

Rafael PÉREZ. *Madrid en 1808. Relación de cuanto ocurrió cada día en aquel año desde el motín de Aranjuez, y de las noticias que corrían diariamente. Es un retrato fiel de cuanto sucedió día por día.* Escrito por..., actor del teatro. Cada día se escribía lo ocurrido en el anterior. [4], 47 h. [i.e. 98]; 21 x 14,5 cm, sign. M-604 de la Biblioteca Histórica Municipal de Madrid.

Contiene, además, los siguientes papeles:

- ◆ Documentos de oficio. -[¿Madrid?, s. n., 1808] 8 p.; 17 x 12 cm.  
Contiene: [1] [Circular, sin fecha], con el texto de la Real Orden de Carlos IV de 30 de octubre de 1807 que manda el arresto del Príncipe de Asturias en su habitación — [2] Decreto Real de 5 de noviembre de 1807, al Consejo, dado en San Lorenzo, que otorga el perdón real al Príncipe de Asturias tras el arrepentimiento mostrado en documento de la misma fecha que se reproduce: “Señor, Papá mío: he delinquido ... Señora, Mamá mía, estoy muy arrepentido ...” — [3] Informe a S. A. I. el Gran Duque de Berg, Teniente del Emperador, y Comandante de sus ejércitos en España, firmado “Demonthion” y fechado en Aranjuez, 23 de marzo de 1808, que alude al propósito de Carlos IV de abdicar en favor del Príncipe de Asturias — [4] Carta del Rey Carlos IV á S. M. el Emperador Napoleón, que alude a su abdicación en favor de su hijo y expresa su confianza en la decisión imperial respecto a la corona española — [5] Protesta de Carlos IV, dada y firmada por él mismo en Aranjuez, 21 de marzo de 1808, declarando que lo manifestado en el Decreto de 19 de marzo sobre su abdicación era forzado y carente de valor.
- ◆ Pedro de CEBALLOS  
*Exposición de los hechos y maquinaciones que han preparado la usurpación de la corona de España, y los medios que el emperador de los franceses ha puesto en obra para realizarla / por Pedro Cevallos, primer secretario de Estado y del despacho de S. M. C. Fernando VII.* — Madrid, Imprenta Real, 1808 95 p.; 4º Contenido parcial: P.51-93: Documentos justificativos: N° 1º. Tratado secreto entre S. M. Católica y S. M. el Emperador de los Franceses, por el cual ... estipulan todo lo relativo á la suerte futura del Portugal. En Fontainebleau a 27 de octubre de 1807 — N° 2º. Convención secreta entre S. M. el Rey de España y S. M. el Emperador de los Franceses ... por la cual ... arreglan todo lo relativo a la ocupación del Portugal ... 27 de octubre de 1807 — N° 3º. Carta de S. M. el Emperador de los franceses... [al Príncipe de Asturias sobre la abdicación de Carlos IV ] ... Bayona á 16 de abril de 1808 — N° 4º Instrucciones dadas al Excmo. Sr. D. Pedro Labrador [sobre los términos de la abdicación de Carlos IV por] Pedro Cevallos. Bayona 27 de abril de 1808 — N° 5º. Oficio pasado al Ministro de Estado del

Emperador por el Sr. D. Pedro Cevallos en 28 de abril de 1808 — N° 6°. Real Decreto dirigido al supremo consejo de Castilla por el Sr. D. Fernando VII [sobre el indulto de la pena máxima a Manuel Godoy ]... En Bayona a 26 de abril de 1808 — N° 7°. Carta del Rey nuestro Sr. a su Padre el Sr. D. Carlos IV [sobre las condiciones de devolución del trono ] ... Bayona, 1° de mayo de 1808 — N° 8°. Carta del Sr. D. Carlos IV a su hijo el Sr. D. Fernando VII [en respuesta a la suya del 1° de mayo] ... Dado en Bayona en el palacio imperial, llamado del Gobierno, a 2 de mayo de 1808 — N° 9°. Carta que el Sr. Rey D. Fernando VII escribió á su augusto Padre en respuesta a la anterior ... Bayona 4 de mayo de 1808 — N° 10°. Carta del Rey nuestro Señor á su Padre el Señor Don Carlos IV — N° 11°. Nota del Ministro de Relaciones exteriores de Francia Mr. de Champagne en respuesta á otra de D. Pedro Cevallos [en la que éste expresaba quejas sobre la detención de un correo y solicitaba visado para otro] — N° 12°. Renuncia que el Sr. D. Pedro Cevallos hizo de su empleo de Ministro de Relaciones exteriores en manos de José Napoleón el día 28 de julio [sin fechar al fin] — Apéndice : Sobre el modo con que el Gran Duque de Berg sorprendió á la Junta de gobierno para que le mandase entregar la persona del preso Don Manuel Godoy ... [Certifican y firman] en Madrid a 3 de septiembre de 1808, Eusebio de Bardají y Azara, Luis de Onís.

◆ ESPAÑA. JUNTA SUPREMA CENTRAL

*Declaración de la guerra al Emperador de Francia Napoleón I°* ... Dado en el Palacio del Alcázar de Sevilla. Junio 6. Por la Suprema Junta de Gobierno y su mandado. - [¿Sevilla?, s. n., 1808] [2] p.; 4° Texto firmado por Juan Bautista Pardo y Manuel María de Aguilar, Secretarios Intitulación: Fernando el VII. Rey de España y de las Indias, y en su nombre la Suprema Junta de ambas.

◆ Pedro QUEVEDO QUINTANO

*Respuesta dada a la Junta de Gobierno por el ... Obispo de Orense D. Pedro Quevedo y Quintano, con motivo de haber sido nombrado diputado para la Junta de Bayona.* - [S. l., s. n., ¿1808? 4 p.; 4° (21 cm) Carta firmada en Orense, 29 de mayo de 1808, y dirigida a Sebastián Piñuela.

◆ *Detalle del botín cogido a los ejércitos llamados de la Girona, mandados por los generales Dupont y Vedel, entre Andujar y Bailén.* - [S. l., s. n., ¿1808?] [1] h. ; 21 x 15 cm

◆ Julián de PARGA

*Faltas y sobras de la España /* [el autor de este papel lo es igualmente del Juego de las Provincias de España y de las Chinchas de la Europa ...]. - Madrid, Imprenta de Vega y Compañía, 1808 [4] p. ; 4°

◆ *Carta que un Español dirigió a Murat, Lugar Teniente que fue del Reino, hallada entre varios papeles que dejaron en Madrid los franceses, en su precipitada fuga.* - Madrid, Imprenta de Ruiz, 1808 [4] p. ; 4°

◆ *Diario de Madrid* del martes 13 de septiembre de 1808. - Madrid, [Imprenta del Diario de Madrid, 1808] [4] p. ; 4° (21 cm) Las [4] p. están numeradas: 201-204. Contiene:

Núm. 37: [1] El conde de Montijo á sus compatriotas... Madrid, 12 de septiembre de 1808 — [2] La justicia y cura párroco de la villa de Pedrezuela ... — [3] Venta judicial — [4] Noticias particulares de Madrid.

- ◆ *Diario de Madrid* del lunes 17 de octubre de 1808. – Madrid, [Imprenta del Diario de Madrid, 1808] [8] p. ; 4° (21 cm) Las [8] p. están numeradas: 385-392. Contiene: Núm. 71 : [1] [Carta del cura párroco y rector de Santa Cruz de Mudela al decano del Consejo manifestando la lealtad de la villa a Fernando VII ... 30 de septiembre de 1808] — [2] Segunda carta al Excmo. Sr. D. José Palafox, capitán del ejército y reino de Aragón, prometida al mismo en la del diario de 12 de octubre ... [firmada] El Madrileño W. [enceslao de] A. [grumosa] — [3, 4, 5] [Listas de donativos] — [6] Noticias particulares de Madrid
- ◆ ESPAÑA. JUNTA SUPREMA CENTRAL  
*La Suprema Junta Gubernativa del reino a la Nación Española.* - [¿Madrid?, s. n., 1808] 16 p.; 4° Texto fechado en Aranjuez el 26 de octubre de 1808 y firmado por Martín de Garay, Vocal secretario general.
- ◆ *Diario de Madrid* del miércoles 9 de noviembre de 1808. – Madrid, [Imprenta del Diario de Madrid, 1808] [4] p. ; 4° (21 cm) Las [4] p. están numeradas: 497-500. Contiene: Núm. 94: [1] Aviso al público [Real Orden, acerca de un Reglamento de Caballería, firmada en Aranjuez a 21 de octubre de 1808 por Martín de Garay, dirigida al Presidente de la Junta de Armamento] — [2] Reglamento para la adquisición de caballos en todo el reino — [3] Auto del Sr. juez de imprenta [José Joaquín Colón de Larreátegui, sobre la prohibición de publicar obra alguna bajo otro nombre que el de principio o portada] — [4] Noticias particulares de Madrid.
- ◆ *Suplemento a la Gazeta de Madrid* del viernes 18 de noviembre de 1808. - [Madrid], Imprenta Real, 1808 [4] p.; 4° (21 cm) Tít. tomado del inicio de texto. Contiene: [1] Aranjuez, 17 de noviembre [el teniente general Joaquin Blake informa sobre la insostenible situación del ejército en Vizcaya] — [2] Madrid 18 de noviembre [Comunicación de la Junta central gubernativa del texto del Real Decreto de fecha 14 de noviembre de 1808, firmada por el conde de Floridablanca, confirmando el estado de guerra contra Francia desde el 20 de del mismo año].

## FUENTES DOCUMENTALES

### *Archivo Histórico Nacional (AHN)*

Consejos, leg. 11411, 11434 y 11435.

### *Archivo Histórico de Protocolos. Madrid (AHPM)*

Protocolo 22945, ff. 403-404.

### *Archivo de Villa. Madrid (AVM)*

Legajos 3-477-8; 3-477-12; 3-477-14; 3-477-25; 3-477-39.

Secretaría, 2-454-10; 2-472-25; 2-473-4; 2-473-28; 2-473-78.

### *Archivo del Real Conservatorio Superior de Música. Madrid (ARCSMM)*

Legajos 0-8-10; 1-54-4.

Libro 158: *Órdenes generales. Registro de entrada: 1830-1838.*

Libro 162. *Registro de órdenes de régimen interior.*

*Libro de reales órdenes comunicadas por el Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho Universal de la hacienda a la Dirección del real Conservatorio de Madrid de M<sup>a</sup> Cristina, 1830-1838.*

### *Archivo parroquial de San Sebastián. Madrid (APSSM)*

Libro de difuntos n<sup>o</sup> 38.

## GACETAS Y DIARIOS CITADOS POR RAFAEL PÉREZ

*Gaceta de Madrid*, número 5, del año 1807

*Gaceta de Madrid* 25 de marzo de 1808, número 25, pp. 297-299

*Gaceta de Madrid* (Suplemento) 2 de abril de 1808, número 34, pp. 371-374

*Gaceta de Madrid* del 15 abril de 1808, número 35, p. 380

*Gaceta extraordinaria* 22 de abril de 1808, número 39, p. 405; número 40, p. 407

*Gaceta de Madrid* 7 de junio de 1808, número 54, p. 541

*Gaceta extraordinaria* 12 de junio de 1808, número 56, pp. 559-561

*Gaceta de Madrid* 9 de julio de 1808, número 81, p. 733

*Gaceta de Madrid* 13 de julio de 1808, número 85, pp. 795-797

*Gaceta de Madrid* 15 de julio de 1808, número 87, p. 813

*Gaceta de Madrid* 20 de julio de 1808, número 92, pp. 847-854

*Gaceta de Madrid* 24 de julio de 1808, número 96, p. 881

*Gaceta de Madrid* (Suplemento) 16 de agosto de 1808, número 113, pp. 1021-1031  
*Gaceta extraordinaria* 18 de agosto de 1808, número 114, p. 1033  
*Gaceta extraordinaria* 10 de septiembre de 1808, número 125, pp. 1151-1152  
*Gaceta de Madrid* 13 de septiembre de 1808, número 123, pp. 1155-1157  
*Gaceta extraordinaria* 14 de septiembre de 1808, número 124, pp. 1165-1167  
*Diario de Madrid* 3 de abril de 1808, número 94, pp. 413-414  
*Diario de Madrid* 16 de abril de 1808, número 107, pp. 465-468  
*Diario de Madrid* 22 de abril de 1808, número 113, pp. 492-493  
*Diario de Madrid* 24 de abril de 1808, número 115, pp. 497-498  
*Diario de Madrid* 4 de mayo de 1808, número 125, pp. 537-538  
*Diario de Madrid* 7 de mayo de 1808, número 128, pp. 549-551  
*Diario de Madrid* 10 de mayo de 1808, número 1, pp. 1-4  
*Diario de Madrid* 17 de mayo de 1808, número 8, p. 29  
*Diario de Madrid* (Suplemento) 10 de junio de 1808, número 32, sin número de pp.  
*Diario de Madrid* 15 de junio de 1808, número 37, p. 148  
*Diario de Madrid* 10 de agosto de 1808, número 3, pp. 9-10  
*Diario de Madrid* 13 de septiembre de 1808, número 37, pp. 201-203

#### OTROS

*Gaceta de Zaragoza* 18 de junio de 1808, n. 56.  
*Diario de Badajoz* 22 de junio de 1808, sin número.  
*Gaceta de Sevilla*, de finales de julio 1808. Pérez no precisa fecha.  
*Reflexiones históricas sobre Francia y España*, anónimo.



## BIBLIOGRAFÍA

- Francisco AGUILAR PIÑAL. 1974. *Sevilla y el teatro en el siglo XVIII*, Oviedo, Cátedra Feijoo.
- Antonio ALCALÁ GALIANO. 1955. *Recuerdos de un anciano; Memorias*, en *Obras de ...*, I, ed. Jorge Campos, Madrid, Atlas (BAE 83).
- Ascensión AGUERRI MARTÍNEZ. 2002. “La formación de la colección municipal: incunables e impresos del siglo XVI”, en AA.VV., *Catálogo de incunables y obras impresas del siglo XVI*, Madrid, Ayuntamiento, pp. 1-57.
- Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS. 1987. “Plan de una Casa-Estudio de teatros del siglo XVIII”, *Arcadia. Estudios dedicados a Francisco López Estrada. Dicenda*, eds. Ángel Gómez Moreno, Javier Huerta Calvo y Víctor Infantes, 6, pp. 455-471.
- . 1988. “El actor español en el siglo XVIII: formación, consideración social y profesionalización”, *Revista de Literatura*, 100, pp. 445-466.
- . 1989. “Acercamiento a Félix Enciso Castrillón”, en *II Seminario de Historia de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*, San Sebastián, Caja de Guipúzcoa, pp. 57-84.
- . 1996. “Problemas de método: la naturalidad y el actor en la España del siglo XVIII”, *Quaderni di Letterature Iberiche e Iberoamericane*, 25, pp. 5-21.
- . 1997. “El cómico español en el siglo XVIII: pasión y reforma de la interpretación”, en Evangelina Rodríguez Cuadros (coord.), *Del oficio al mito: el actor en sus documentos*, II, Universitat de València, pp. 287-309.
- (ed.). 2008. *La Guerra de la Independencia en la cultura española*, Madrid, Siglo XXI editores.
- José ÁLVAREZ JUNCO. 2001. *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.
- René ANDIOC. 1988. *Teatro y sociedad en el Madrid del siglo XVIII*, Madrid, Castalia.
- y Mireille COULON. 1996. *Cartelera teatral madrileña del siglo XVIII: 1708-1808*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 2 vols.
- [José de ARANGO]. 1808. *Diario de lo ocurrido en Aranjuez desde el día 13 de marzo*, Biblioteca Nacional de España, R-60334.
- José Antonio de ARMONAY MURGA. 1988. *Memorias cronológicas sobre el teatro en España (1785)*, eds. Emilio Palacios Fernández, Joaquín Álvarez Barrientos y M<sup>a</sup> Carmen Sánchez, Vitoria, Diputación.
- José BLANCO WHITE. 1986. *Cartas de España*, eds. Vicente Llorens y Antonio Garnica, Madrid, Alianza.
- Piedad BOLAÑOS DONOSO. 1984. “La escuela-seminario teatral sevillana. Nuevas aportaciones”, *El Crotalón*, 1, pp. 749-767.

- Manuel BRETÓN DE LOS HERREROS. 1828. *Contra el furor filarmónico, o más bien contra los que desprestigian el teatro español. Sátira*, Madrid, Imp. de D. M. de Burgos.
- . 1965. *Obra dispersa I. Correo Literario y Mercantil*, eds. Juan María Díez Taboada y José Manuel Rozas, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.
- Ermanno CALDERA (ed.). 1991. *Teatro político spagnolo del primo Ottocento*, Roma, Bulzoni.
- y Antonietta CALDERONE. 1988. “El teatro en el siglo XIX (I) (1808-1844)”, en *Historia del teatro en España, II, siglo XVIII, siglo XIX*, Madrid, Taurus, pp. 377-624.
- José M<sup>a</sup> CARNERERO. 1831. “Real Conservatorio de Música. Escuela de declamación española”, *Cartas españolas*, 10 de noviembre, p. 139.
- José Clemente CARNICERO. 1814-15. *Historia razonada de los principales sucesos de la gloriosa revolución de España, I*, Madrid, Imp. de M. de Burgos/ Imp. de la Compañía, 4 vols.
- Marie-Thérèse CARRIÈRE. 1980. “Acerca de las pensiones de actores en la Cruz y el Príncipe a mediados del siglo XIX”, en *Hommage à Jean-Louis Flechniakoska*, Montpellier, Université Paul Valéry, pp. 119-141.
- Carl von CLAUSEWITZ. 1999. *De la guerra*, Madrid, Ministerio de Defensa.
- CONSTITUCIÓN. 2002. *La Constitución de Cádiz (1812) y Discurso preliminar a la Constitución*, ed. Antonio Fernández García, Madrid, Castalia.
- Emilio COTARELOY MORI. 1902. *Isidoro Máiquez y el teatro de su época*, Madrid, Imprenta de José Perales y Martínez.
- . 1917. *Orígenes y establecimiento de la ópera en España hasta 1800*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra [Edición moderna de Juan José Carreras, Madrid, ICCMU, 2004].
- . 2007. *Acrrices españolas en el siglo XVIII. María Ladvenant y Quirante y María del Rosario Fernández ‘La Tirana’*, prólogo de Joaquín Álvarez Barrientos, Madrid, Asociación de Directores de Escena.
- Christian DEMANGE. 2004. *El dos de mayo. Mito y fiesta nacional (1808-1958)*, Madrid, Marcial Pons/ Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Albert DÉROZIER. 1978. *Quintana y el nacimiento del liberalismo en España*, Madrid, Ediciones Turner.
- Emilio de DIEGO. 1992. “Madrid: de Fontainebleau al dos de mayo”, en Luis Miguel Enciso (ed.), *Actas del Congreso Internacional “El dos de mayo y sus precedentes”*, Madrid, Capital Europea de la Cultura, pp. 243-268.
- Manuel ESPADAS BURGOS. 1992. “El levantamiento del dos de mayo”, en Luis Miguel Enciso (ed.), *Actas del Congreso Internacional “El dos de mayo y sus precedentes”*, Madrid, Capital Europea de la Cultura, pp. 409-417.
- José FARALDO. 1908. *El año 1808 en Madrid*, Madrid, Arróyave y González, impresores.
- Pablo FERNANDEZ ALBADALEJO (ed.). 2006. *Fénix de España. Modernidad y cultura propia en la España del siglo XVIII (1737-1766)*, Madrid, Marcial Pons.
- Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN. 2007. “Levantamiento, guerra y revolución. El peso de los orígenes en el liberalismo español”, en Christian Demange *et alii*, *Sombras de mayo*, Madrid, Casa de Velásquez, pp. 187-219.

- y Juan Francisco FUENTES. 2002. “Revolución”, *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza.
- Ángel FERRER DEL RÍO. 1844. “Caprara”, *El laberinto, periódico universal*, 1 de octubre, pp. 309-311.
- Ronald FRASER. 2006. *La maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Barcelona, Crítica.
- Ana M<sup>a</sup> FREIRE. 2008. *El teatro en España entre la Ilustración y el Romanticismo: Madrid durante la Guerra de la Independencia*, Madrid, Iberoamericana.
- GACETA. 1831. “Artículo de oficio”, *Gaceta de Madrid*, 61, 17 de mayo.
- Pedro Francisco GARCÍA GUTIÉRREZ. 1992. “El gremio de representantes y Archivo de la Cofradía de la Novena”, en AA.VV., *Cuatro siglos de teatro en Madrid*. Madrid: APSEL, 1992, pp. 535-568.
- David T. GIES. 1986. “Juan de Grimaldi y el año teatral madrileño, 1823-1824”, en *Actas del VIII Congreso Internacional de Hispanistas*, I, Madrid, Istmo, pp. 607-613.
- . 1988. *Theatre and Politics in Nineteenth-Century Spain. Juan Grimaldi as Empresario and Government Agent*, New York, Cambridge University Press.
- Bernardo GIL y Antonio GONZÁLEZ. 1820. *Manifiesto que dan los autores en la representación de los individuos de los teatros al respetable público de la heroica villa*, Madrid, Imp. de Repullés.
- Manuel GODOY, Príncipe de la Paz. 1965. *Memorias*, ed. Carlos Seco Serrano, Madrid, Atlas (BAE, 88 y 89).
- Guadalupe GÓMEZ FERRER. 1992. “El dos de mayo en la literatura histórica”, en Luis Miguel Enciso (ed.), *Actas del Congreso Internacional “El dos de mayo y sus precedentes”*, Madrid, Capital Europea de la Cultura, pp. 329-352.
- ÁNGEL GONZÁLEZ PALENCIA. 1948. “Nuevas noticias sobre Isidoro Máiquez”, *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museos*, 56, pp. 73-128.
- Judas Tadeo GONZÁLEZ MATEO. ¿1808? *Reflexiones de un patriota a la plebe de Madrid con motivo de los arrastrados y demás ocurrido la tarde del día 14 del que rige* [En Madrid, a 16 de octubre de 1808], s. d.
- Geoffroy de GRANDMAISON. 1905. *Correspondance du comte de La Forest, ambassadeur de France en Espagne: 1808-1813*, I, Paris, Alphonse Picard et Fils.
- Antonio GÚZMAN y Mariano FERNÁNDEZ. 1893. *Lista de las compañías de los actores de los teatros de esta Corte llamados Príncipe, Cruz y Caños del Peral*. Desde el año de 1801 [Con apéndice final con los años 1792 a 1800], Museo Nacional del Teatro de Almagro, sign. 3452.
- Emilio LA PARRA LÓPEZ. 2002. *Manuel Godoy: la aventura del poder*, Barcelona, Tusquets.
- Mariano José de LARRA. 1832. “Reflexiones acerca del modo de hacer resucitar el teatro español”, *El pobrecito hablador*, 20 de diciembre.
- Emmanuel LARRAZ. 1980. “Le statut des comédiens dans la société espagnole du début du XIXème siècle”, en *Culture et Société*, ed. Claude Dumas, Lille, Centre d’Études Ibériques et Ibéro-Américaines du XIXème siècle, pp. 27-40.

- . 1988. *Théâtre et politique pendant la Guerre d'Indépendance espagnole: 1808-1814*, Aix-en-Provence, Université de Provence.
- Juan MARCHENA FERNÁNDEZ. 2000. "La Constitución de Cádiz y el ocaso del sistema colonial español en América", en AA.VV., *Constitución política de la monarquía española, promulgada en Cádiz a 19 de marzo de 1812*, I, Sevilla, Ayuntamiento de Cádiz, Casino Gaditano, Universidad de Cádiz, Fundación El Monte, pp. 69-205.
- Gregorio C. MARTÍN. 1985. "Querer y no poder, o el teatro español de 1825 a 1836", en Douglas and Linda Jane Barnette (eds.), *Studies in Eighteenth-Century Spanish Literature and Romanticism in Honour of John Clarkson Dowling*, Newark, Juan de la Cuesta, pp. 123-131.
- . 1988. "Los teatros de Madrid bajo Grimaldi y Gaviria", *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 64, pp. 209-222.
- Jerónimo MARTÍN DE BERNARDO ¿1808? *Memorias españolas sobre el origen y consecución de los males actuales hasta los años de 1810*, Londres, Casa de Deconchy.
- [Vicente MARTÍNEZ COLOMER]. 1808. *El filósofo en su quinta, o relación de los principales hechos acontecidos desde la caída de Godoy hasta el ataque de Valencia*, Valencia, Imp. de Salvador Faulí.
- [—]. 1810. *Sucesos de Valencia desde el día 23 de mayo hasta el 28 de junio del año 1808*, Valencia, Imp. de Salvador Faulí.
- Ramón de MESONERO ROMANOS. 1993. *Escenas y tipos matritenses*, ed. Enrique Rubio Cremades, Madrid, Cátedra.
- . 1994. *Memorias de un setentón*, eds. José Escobar y Joaquín Álvarez Barrientos, Madrid, Castalia.
- José Blas MOLINAY SORIANO. 1816. *Plan de los servicios hechos en el día 25 de abril y en el memorable 2 de mayo de 1808 y posteriores, de sus emigraciones en el ejército y hasta la venida de S. M. (q. D. g.) a España*, por..., natural de esta heroica villa de Madrid. Archivo General de Palacio, Personal, Caja 691, exp. 7.
- Antonio MOLINER PRADA. 1990. "El término revolución en 1808", *Hispania*, 50 (n° 174), pp. 285-299.
- José MOR DE FUENTES. 1981. *Bosquejillo de la vida y escritos de...*, ed. Manuel Alvar, Zaragoza, Guara editorial.
- Antonio MORALES MOYA. 1992. "La historiografía sobre el dos de mayo", en Luis Miguel Enciso (ed.), *Actas del Congreso Internacional "El dos de mayo y sus precedentes"*, Madrid, Capital Europea de la Cultura, pp. 319-328.
- Emilio PALACIOS FERNÁNDEZ. 1988. "El teatro en el siglo XVIII (hasta 1808)", en *Historia del teatro en España, II, siglo XVIII, siglo XIX*, Madrid, Taurus, pp. 57-376.
- Juan PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO. 1908. *El dos de mayo de 1808 en Madrid. Relación histórica documentada*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.
- Alejandro PIZARROSO QUINTERO. 2004. "Reivindicación de la propaganda de guerra", en Miguel Catalán González y Luis Veres Cortés (eds.), *Estrategias de la desinformación*, Valencia, Generalitat Valenciana, pp. 23-45.

- José M<sup>a</sup> PORTILLO VALDÉS. 2000. *Revolución de nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780. 1812*, Madrid, BOE/ Centro de Estudios Constitucionales.
- . 2006. *Crisis atlántica: autonomía e independencia en la crisis de la Monarquía Hispánica*, Madrid, Marcial Pons.
- Andrés PRIETO. 2001. *Teoría del arte dramático*, ed. Javier Vellón Lahoz, Madrid, Fundamentos/ RESAD.
- Mercedes ROMERO PEÑA. 2006. *El teatro en Madrid durante la Guerra de la Independencia*, Madrid, FUE.
- Pedro ROMERO DE SOLÍS (ed.). 2005. *La Real Escuela de Tauromaquia de Sevilla (1830-1834)*, Sevilla, Fundación Real Maestranza de Caballería de Sevilla.
- George RUDÉ. 1971. *La multitud en la historia: estudio de los disturbios populares en Francia e Inglaterra (1730-1848)*, Madrid, Siglo XXI editores.
- . 1978. *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII*, Barcelona, Ariel.
- José M. RUBIO PAREDES. 1980. "Isidoro Máiquez y la dignidad de la profesión de actor", *Monteagudo*, 70, pp. 9-16.
- Raimundo SANZ. 2007. *Diccionario militar, o recolección alfabética de todos los términos propios del arte de la guerra*, eds. Francisco Gago Jover y Fernando Tejedero Herrero, Zaragoza, Institución 'Fernando el Católico'.
- Ricardo SEPÚLVEDA. 1888. *El corral de la Pacheca*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.
- Guadalupe SORIA TOMÁS. 2006. "La Escuela de declamación española: antecedentes y fundación", en Ángel Martínez Roger (ed.), *Maestros del teatro. 175 aniversario de la Real Escuela Superior de Arte Dramático (1831-2006)*, Madrid, Comunidad de Madrid/ SECC/ Círculo de Bellas Artes, pp. 33-75.
- José SUBIRÁ. 1960. *El gremio de representantes españoles y la Cofradía de Nuestra Señora de la Novena*, Madrid, CSIC.
- Hirota TATEISHI. 1995. "Una reflexión sobre el dos de mayo. La *Relación* de Rafael Pérez", *Mediterranean World*, XIV, pp. 85-103.
- Antonio TORDERA. 1997. "Historia e historias del teatro: la actriz Rita Luna", en Evangelina Rodríguez Cuadros (coord.), *Del oficio al mito: el actor en sus documentos*, II, Universitat de València, pp. 339-359.
- Conde de TORENO. 1953. *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, ed. Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, Madrid, Atlas (BAE, 64).
- Javier VELLÓN LAHOZ. 1993-94. "El problema del actor en Cervantes: una revisión desde la preceptiva clásica", *Cuadernos de Estudio del siglo XVIII*, 3-4, pp. 117-129.
- . 1997. "El 'justo medio' del actor: Isidoro Máiquez y sus teóricos", en Evangelina Rodríguez Cuadros (coord.), *Del oficio al mito: el actor en sus documentos*, II, Universitat de València, pp. 311-337.

Madrid en 1308

Relacion de quanto ocurre  
cada dia en aquel año desde  
el otorgamiento de el rreyno, y de  
las noticias que corren en  
este mundo: es un libro fiel  
de quanto sucede dia por dia.

Escrito por

Rafael Perez elector del Tesoro

Cada dia se escribe  
lo ocurrido en el mundo.

# *Madrid en 1808*

[EL RELATO DE UN ACTOR]

RAFAEL PÉREZ

Relación de cuanto ocurrió cada día de aquel año desde el motín de Aranjuez, y de las noticias que corrían diariamente. Es el retrato fiel de cuanto sucedió día por día.

Escrito por Rafael Pérez, actor del teatro.

Cada día se escribía lo ocurrido en el anterior.

DON MANUEL DE GODOY

Don Manuel de Godoy nació en Badajoz de una familia noble en	1768 <sup>1</sup>
Fue Guardia de Corps en	1787
Garzón Mayor a los ocho meses	1788
Sargento de la Compañía Española	1789
Ayudante General del Real Cuerpo, y Gran Cruz	1791
Teniente General, duque de la Alcudia, Grande de España	1792
Mayor de la Guardia de Corps	“
Ministro de Estado y Caballero del Toisón de Oro en	“
Príncipe de la Paz en	1795
General en Jefe del ejército destinado contra Portugal en	1801
Generalísimo de mar y tierra	1802
Almirante General de España e Indias, con tratamiento de Alteza Serenísima	1807

NOTA

Este escrito se guardó en un palomar, a pocos días de la segunda entrada de los franceses en Madrid, que fue el 4 de diciembre de 1808. Cuando dejaron esta capital, para no volver a ella, en 28 de mayo de 1813, se buscó y no se encontró, y se ha tenido por perdido hasta que en 1819 ha aparecido, habiéndole buscado con más diligencia, en el mismo paraje en que se ocultó, donde ha permanecido durante once años. Por esto, la mayor parte de los documentos que cita se encuadernaron en libro separado, y sólo los que se ocultaron con este escrito van añadidos al fin de él y son: decretos de Carlos IV para la prisión de su hijo. *Manifiesto de Ceballos. Proclama de la Junta Central*, luego que se instaló, *a la Nación*. Otros papeles que contienen cosas curiosas.<sup>2</sup>

1. En realidad, Godoy nació en 1767 y murió en París en 1851. Véase La Parra (2002), para una visión actualizada de su figura.
2. Como ya se ha indicado, no se incluyen en esta edición.



## [*Mes de marzo. Motín de Aranjuez*]

El Excmo. Sr. Príncipe de la Paz, Generalísimo Almirante, etc., etc., ensalzado a esa última dignidad según expresa la *Gaceta* n° 5, del año de 1807, marchó desde Madrid a Aranjuez el domingo 13 de marzo de 1808, y se presentó al rey, afectando susto y mucho cuidado, para que supiese el monarca que Madrid quedaba amotinada contra SS. MM. y también contra él; y que convenía que en aquella misma noche y a la mayor brevedad saliese toda la familia real para Sevilla. Creyóle el soberano y lleno de sobresalto se dispuso para salir. La reina estaba de acuerdo, pero no lo estaba el Príncipe de Asturias, sus hermanas, la infanta reina de Etruria, don Carlos y don Francisco, ni su tío don Antonio, hermano del rey.

El Almirante pasó al cuarto del ministro de Gracia y Justicia, marqués Caballero, para que firmase el despacho para el viaje; pero este ministro se resistió y, habiéndolo amenazado el Almirante, corrió al cuarto del rey, hasta donde fue perseguido por él, con espada en mano. En otro cuarto, en que se hallaba también el conde de Altamira y el de Fernán Núñez, hubo un altercado fuertísimo entre el Generalísimo y el ministro, en que éste trató a aquél de traidor al rey y al Estado, diciendo que él tenía documentos con que acreditarlo. Los referidos condes seguían el partido del ministro y los gritos crecían sin cesar. Con las voces se extendió inmediatamente que el Almirante quería huir con los reyes y, por otra parte, el Príncipe de Asturias se lo dijo a un guardia de Corps, el cual lo comunicó por el Sitio y llevó la noticia al cuartel. Mucha gente que acudió a la importante noticia se acercó en expectación hacia el Palacio, y los guardias de Corps enviaron uno en comisión de su parte al infante don Antonio, para decirle que contase con ellos para todo, que estaban resueltos a impedir la fuga de los reyes; y el infante le aseguró que el Príncipe de Asturias y todos los infantes iban forzados, y repuso el guardia que descuidasen del todo, que el cuerpo de Guardias les impediría, aun a la fuerza, la salida del Sitio.

Determinaron, pues, que todos los caballos estuviesen ensillados y prontos en el cuartel, y que de éste saliesen algunos guardias a pie y con disimulo anduviesen alrededor de Palacio y de la casa del Príncipe Generalísimo Almirante, llevando también un trompeta que de improviso avisase si notasen la salida, para que, a esa señal, que era la concertada, saliesen todos montados y armados a impedirles la huida.

Suspendióse ésta por aquella noche, pero la gente y los Guardias de Corps no cesaron en su vigilancia. Retiróse el Almirante a su casa a las once, y nadie se propasó a decirle nada. Al día siguiente, lunes, se aumentó considerablemente el gentío que andaba en las inmediaciones del Palacio. La compañía de Guardias Españolas, en unión con la de Valonas, que se hallaban en Aranjuez, pasaron una carta a los Guardias de Corps en que les decían que tenían noticia de que estaban determinados a no permitir que el Almirante sacase del Sitio a los reyes; que, en todo caso, contarán con ellos, que querían correr la misma suerte y ayudarles a todo trance en tan honrosa determinación; y así, que, desde luego, se ponían a sus órdenes. Contestaron los guardias que estuviesen siempre prontos con sus armas en el cuartel y saliesen todos a la señal de una trompeta, que sería el aviso cierto a la salida de los reyes. De esta manera, pues, la tropa que había en el Sitio y el paisanaje todo reunido estaban dispuestos para cuando llegase el lance; y así pasaron el lunes, martes, miércoles y jueves sin movimiento alguno, y sin otra particularidad que aumentarse considerablemente el paisanaje con los manchegos que acudían de aquellos lugares inmediatos.

No dejó de ir en estos días a Palacio el Príncipe Almirante y notar esa fermentación, pero ni nadie le decía nada, ni él tomaba disposición alguna, y siempre seguían todos en la sospecha de que se iba a fugar llevándose los reyes, y patrullando la tropa a pie con disimulo todas las noches. Todo se sabía en Madrid, y la gente estaba en expectación. Los franceses también, a las órdenes del Príncipe Murat, estaban muy inmediatos a Madrid, y próximos a entrar, deseándolo en general la gente. Este ejército, que había entrado por Navarra, y otro por Cataluña, que había tomado los puntos principales del Principado, no se sabía a qué venía, aunque se decía que a asaltar a Gibraltar, y ya en estos días se ponían bandos del Gobierno exhortando al buen recibimiento y hospedaje de los franceses.

En esta disposición las cosas, ocurrió que el infante don Antonio dijo a dos guardias de Corps que pusieron de centinela a una puerta de Palacio en la noche del jueves, que por aquélla había de ser la salida en aquella noche, que avisasen al cuartel para que sus compañeros la impidiesen, que el Príncipe de Asturias dijo que no saldría de ningún modo y que fue amenazado de ir atado. Los guardias pudieron dar el aviso a tiempo; el Príncipe de la Paz salió a las once de Palacio para su casa, sin haber sucedido aún nada, pero, como por el aviso de los dos guardias empezasen a salir del cuartel algunos y se acercasen a su casa, hicieron fuego

los soldados de su guardia de honor, sin herir a nadie, a las doce y media. Pero al momento empezaron los gritos de “¡Traición!” y tocó la trompeta y, al aviso, se alborotó de nuevo el Sitio y salieron de sus cuarteles las Guardias Españolas y Valonas y todos los guardias de Corps montados. La compañía de Guardias Españolas fue a tomar posesión de la puerta de la casa del Almirante, lo que quiso impedir su guardia de honor, pero cedió a las amenazas del capitán de dicha compañía y de la multitud, y se fugaron todos los soldados.

La demás tropa y pueblo corrió al Palacio y se pusieron en vigilancia. Don Diego Godoy, duque de Almodóvar del Campo, hermano del Príncipe de la Paz, bajó a la puerta de la casa, que estaba cerrada, y mandó, como coronel que era del cuerpo de Guardias Españolas, que se retirase el capitán al cuartel con su compañía, pero éste no le obedeció y permaneció allí. Y, habiendo crecido de punto la ira y el alboroto, asaltó todo el pueblo la casa, forzaron la puerta y se llenó de innumerable gente. Encontraron entre unos colchones al referido don Diego y a la Princesa de la Paz con su niña en la cama, de la cual saltó llena de espanto y de miedo y, arrodillándose, llorando delante de la multitud, preguntó si la iban a matar.

—Cómo, señora —respondieron—. Sosiéguese Vuestra Alteza, y vístase, y a esta señorita también.

Volvió a preguntar:

—¿Dónde me llevan Vuestras Mercedes?

Y contestaron:

—A su verdadera casa, que es el palacio del rey.

En efecto, se vistió, las pusieron en una berlina y, tirando de ella la gente, la llevaron a Palacio, donde los reyes la recibieron, volviéndose todos a la casa del Almirante, a quien no pudieron encontrar, sin embargo de que hallaron la cama hecha y que parecía haber estado echado en ella, por lo que corrió la voz de que había escapado. Pero la casa quedó llena de gente y de centinelas, y, entretanto, otra multitud y la demás tropa tenían cercado el Real Palacio, pero sin asaltarle, contentándose únicamente con hacer salir a los reyes y familia real a los balcones con alguna frecuencia y con luces para verlos, gritando: “¡Viva el rey! ¡Muera el traidor!”.

Al día siguiente se publicó en Madrid un bando para la quietud del pueblo, el cual, como todos los que salían, se insertaban en los diarios, como se ve por los

que están cosidos a este papel, así de estos días, como de los siguientes en las ocurrencias de Madrid,<sup>3</sup> en donde se sabían todas estas cosas con brevedad, aunque por el pronto se refiriesen con alguna variedad. En este mismo día se corrió la voz en Madrid de que entraban tropas francesas y salió un gentío inmenso a verlas por la Puerta de Fuencarral; mas no tuvo efecto, pero se notaban innumerables corrillos y en todos se trataba de las ocurrencias del Sitio, advirtiéndose a las gentes en disposición de exaltarse con facilidad.

El mismo viernes se pasó en Aranjuez sin ocurrencia nueva, pero invadida la casa del Príncipe de la Paz, llena de pueblo y centinelas, como se ha dicho, y entregada al saqueo, que permitió S. M., preso don Diego Godoy, y todos con el mayor deseo de encontrar al Almirante, y con un pesar indecible por la fuga que suponían. Al amanecer el sábado, un valón que estaba de centinela, custodiando un cajón de brillantes y demás piedras preciosas, vio al Almirante salir con recato de un guardillón,<sup>4</sup> en el cual había un nicho disimulado, que fue donde se ocultó en el asalto de la noche del jueves. Ambos se sorprendieron al verse, pero al fin el Príncipe le hizo seña de que callase y le rogó que no lo matase, y el soldado respondió que él no era verdugo y que no mataba a nadie y que, en guardando aquellos muebles que estaba custodiando, nada más tenía que hacer. Le dijo el Almirante si le dejaba llegar a una cómoda que había allí cerca, y contestó de nuevo el soldado que, en guardando aquellas alhajas, nada más tenía qué hacer. Con esa seguridad el Príncipe se adelantó pasando el centinela, pero luego fue visto de un soldado español a quien hizo las mismas señas, prometiéndole que le haría feliz si callaba; pero éste contestó de otra manera muy diferente que el anterior y precisó al Almirante a ocultarse de nuevo. Pero el soldado advirtió el paraje y dio parte a un oficial de Guardias Valonas, el cual se determinó a sorprenderle y, en efecto, lo verificó con muy pocos que llevaba en su compañía. Le encontró en el nicho que ya se ha referido y le dijo:

—¿Todavía está Vuestra Merced ahí, infeliz?

Le dijo el oficial que le era preciso prenderle, pero que se obligaba a llevarlo con disimulo al cuartel que eligiese y libertarle de la furia del pueblo. No se daba a partido el Almirante, ni se entregaba preso, diciendo que cómo un subalterno había de prender a su jefe. Respondía el oficial insistiendo, pero con cortesanía, y, estando en esa contienda, asalta de improviso la multitud, noticiosa ya del caso, por el soldado español que lo divulgó. Y a bofetadas, palos y patadas le hicieron bajar

3. No están en este libro.\*

4. Desván corrido y sin divisiones que queda entre el techo del último piso y la armadura del tejado.

la escalera, en donde dos guardias montados, que habían podido romper por la multitud que llenaba el portalón, lo cogieron entre los caballos y consiguieron sacarle a la calle, donde se les reunieron otros caballeros guardias montados, que lo cercaron y lo condujeron a su cuartel, sin que sea posible referir los innumerables ultrajes e injurias que en el camino recibió, no sólo de palabra, pues a gritos desenfundados clamaban por su muerte, llamándole “¡Pícaro!, ¡Ladrón!, ¡Traidor!, etc.”, sino también de obra, pues, sin ser poderosos a estorbarlo los guardias de Corps que lo conducían, por encima y por debajo de los caballos recibió palos, bofetadas, pedradas y pinchazos. Y entre unos treinta o cuarenta golpes que recibió, fueron los más grandes un palo por encima de un ojo y una puñalada en un muslo, de modo que a la mitad del camino ya iba cubierto de sangre, y estampó las manos en el suelo dejándolas señaladas, empapando en su sangre seis pañuelos que los guardias le dieron, pidiéndolos él.

Esta escena de afrenta y de vituperio dicen los que la presenciaron que excede a todo cuanto se diga y que, si no hubiera sido por los guardias de Corps, la gente le hubiera despedazado.

Luego que consiguieron meterle dentro del cuartel, cerraron con la mayor prisa las puertas, deteniendo a la gente, y él se fue en derechura al pajar, se metió entre la paja y rogó a los guardias que lo tapasen todo porque el pueblo lo iba a matar, y ellos así lo hicieron. Este hombre, uno de los más opulentos y de mayor poder que ha tenido el mundo, sufrió todo esto teniendo en su poder dos pistolas cuando lo hallaron en el nicho del guardillón. Inmediatamente llegó al cuartel el Príncipe de Asturias, enviado por sus padres para que no le acabase la turba enfurecida, tomó silla en un cuarto y mandó le condujeran al Almirante. Trayéronle y se arrodilló inmediatamente, diciendo:

—Pido a Vuestra Majestad cuide por mi vida.

Y el Príncipe de Asturias se lo prometió en cuanto a su parte. Añadió el Almirante:

—¿Tiene ya Vuestra Merced en sus sienes la corona de su augusto padre?

Y Su Alteza no contestó. Repitió el Almirante:

—¿Está bueno el rey, mi Señor?

Y respondió Su Alteza:

—Está bueno.

Volvió a preguntar:

—Y la reina, mi Señora ¿está buena?

— Está buena —contestó Su Alteza.

—¿Disfrutan salud? —añadió.

—La disfrutan —respondió el Príncipe.<sup>5</sup>

Y, por último, le suplicó que le permitiera beber agua, pues le atormentaba la sed, y Su Alteza mandó se la trajesen y bebió seguidamente dos o tres vasos.<sup>6</sup> Se levantó el Príncipe de Asturias y se marchó, mandando lo condujeran a un cuarto y lo custodiasen. En efecto, le llevaron a uno que conoció inmediatamente, y dijo:

—Bien conozco este cuarto, estuve en él siendo yo pretendiente. Allí tuve la cama, allí quiero que me la pongan ahora.

Se la pusieron en el mismo lugar, era la de un guardia de Corps. Se acostó, quedó con centinelas de vista<sup>7</sup> y una guardia de los mismos de Corps, y se llamó al cirujano del mismo cuerpo, Capdevila, que le asistió en toda la curación.

En el mismo día, que fue el 19 de marzo, y de San José, abdicó el rey la corona en su hijo, libre y espontáneamente, mandando se comunicara a todos los tribunales, como se ve en la *Gaceta* n° 25, por manera que el Príncipe de la Paz quedó preso en el cuartel de Guardias de Corps, y en el de Guardias Españolas su hermano, don Diego, duque de Almodóvar del Campo.

El mismo día 19, a las cinco de la tarde, unos mozuelos determinaron arrancar el rótulo que decía “Plaza del Almirante”, en la calle real del Barquillo, en Madrid, y, remolinándose cada vez mayor número, fueron a la casa de Negrete, Inspector General de Infantería, y le hicieron que bajase y les acompañase a la referida plaza. Allí le dijeron que iban a arrancar aquel rótulo y el vóctor<sup>8</sup> que había sobre la puerta de la casa del Almirante en la misma calle, y él les dijo que hiciesen lo que fuera de su gusto. Luego los arrancaron, los ataron y arrastraron por las calles, pegándolos de palos y ensuciándose en ellos,<sup>9</sup> y gritando: “¡Viva el

5. Si se lee en las *Memorias* de Godoy el relato de su apresamiento, se ven algunas diferencias. Por ejemplo, respecto del episodio del soldado, de artillería según el Príncipe de la Paz, y sobre todo respecto del tono, que en Godoy es muy caballeroso y respetuoso. Otra diferencia es la actitud de Fernando VII, que aquí aparece como cercano, mientras que en las *Memorias*, a la pregunta: “Sus Majestades, ¿están buenas?” (1965: 322b), Fernando no contesta y se va (BAE 89, caps. 32 y 33).

6. El detalle de la sed de Godoy es repetido por bastantes testigos. Martínez Colomer (1808: 18), también lo recuerda.

7. La que se pone al preso para no perderle de vista.

8. Letrero escrito directamente sobre una pared en aplauso de una persona.

9. Haciendo sus necesidades corporales sobre los rótulos y el vóctor.

rey! ¡Muera Godoy!”. Fuese aumentando considerablemente la turba y se dirigieron a la casa de don Diego Godoy, la asaltaron siendo ya el anochecer, la saquearon toda entregando al fuego que armaron en medio de la calle con los coches, los canapés, mesas, sillas, cómodas y otros muchos muebles, y se llevaron lo demás. La casa estaba en la calle de Alcalá, junto a la fuente de la Cibeles. Este mismo destrozo hicieron esa noche en la casa de la madre del Príncipe de la Paz; en la de Soler, ministro de Hacienda; en la de Espinosa, del Consejo de Estado; en la del Patriarca; en la de Moreno, presbítero, gobernador que había sido del Consejo; en la de Noriega, Tesorero General; en la de Marquina, consejero de Castilla, y en algunas otras. Todas de sujetos parientes y protegidos del Príncipe de la Paz, y todo a los gritos de: “¡Viva el rey! ¡Muera Godoy!”, a quien llamaban también chorricero, ladrón, pícaro, etc. Y con este desorden y los gritos que se oían por las calles estuvo toda la gente sobresaltada aquella noche.<sup>10</sup>

Amaneció el domingo 20 y, bien temprano, comenzaron las cuadrillas con los referidos gritos, llevando palmas, panderos y tambores.<sup>11</sup> A las diez de la mañana todo Madrid estaba en las calles, recorriendo las casas saqueadas, pero las cuadrillas, aunque eran muchas y de mucha gente, era ésta de la más ínfima del populacho, y todos gritaban como locos: “¡Viva el rey! ¡Muera Godoy!”. Muchas de las cuadrillas llevaban tropa que habían sacado de los cuarteles y en algunas llevaban el retrato del rey Carlos IV, y también hubo alguna en que llevaban por pendón un pequeño cuadro de Nuestra Señora. Y en este propio día, a las once, era público ya en Madrid que era rey el Príncipe de Asturias y, habiéndose corrido la voz de que por la tarde venía a Madrid, salieron las cuadrillas en número muy grande al camino de Aranjuez a esperarle —no obstante que llovía mucho— y se llevaron el pendón de Nuestra Señora de Atocha y muchas banderas que sacaron del mismo convento, muchas palmas, panderos y tambores.

Pero S. M. no vino y la turba aquella noche hizo innumerables destrozos robando en muchas tiendas, tabernas, confiterías, etc., y todo a los gritos siempre de “¡Viva el rey! ¡Muera Godoy!”; por manera que ya en Madrid todo era sobresalto y no fueron suficientes a contener la gente los bandos del gobierno, como se ve por los diarios,<sup>12</sup> pero debe notarse, sin embargo, que ni en el Sitio ni en Madrid, hubo muerte ninguna en los días referidos. El lunes 21 ya no se advirtie-

10. Mesonero Romanos (1994: 93-107) recuerda también estos hechos desde su perspectiva infantil. Para el punto de vista de Godoy, los caps. 32 y 33 del tomo II de sus *Memorias* (1965).

11. Que solían llevarse en las procesiones.

12. No están.\*

ron las cuadrillas en las calles, sino los destrozos que habían hecho, y varias rondas y patrullas que el gobierno mandó continuasen por la noche; y lo mismo sucedió el día siguiente, martes, y de esta manera se acabó en Madrid una fermentación que anunciaba mayores daños, habiendo prendido numerosa gente en estos dos días.

Miércoles 23, por la tarde, entró en Madrid el Príncipe Murat con doce mil franceses que se formaron en el Prado. Venían estropeadísimos, y con trabajo se alojaron aquella noche en varios conventos. Jueves 24 de abril, entró en Madrid a las diez de la mañana, S. M. Fernando VII, a caballo, por la Puerta de Atocha, acompañado de sus hermanos y su tío don Antonio, seguido de un cuerpo numeroso de Guardias de Corps. Seguían a pie bastantes Guardias Españolas, luego Guardias Valonas, y cerraba una escolta de soldados de caballería. Desde el Canal hasta Palacio había un gentío inmenso que recibió al joven soberano con tales vivas demostraciones cual no pueden verse mayores. Y en este mismo día y siguientes continuó entrando en Madrid mucha tropa francesa y bajando al Prado el rey y su familia, en donde continuaban los aplausos, y de una manera indecible. Los franceses pasaban revista casi todos los días, y la gente de Madrid empezó a incomodarse con ellos y a recelar mucho malo de su venida.

El Príncipe Murat, aunque el día de su entrada en Madrid le destinaron para su alojamiento el Palacio del Retiro, no le acomodó, y de su voluntad propia se marchó a la casa del Príncipe de la Paz, junto a Palacio Nuevo,<sup>13</sup> porque así esta casa como la de la calle del Barquillo, y el Palacio de Buenavista, fueron respetadas de la turba, porque el domingo 20 amanecieron carteles en ellas de que estaban confiscadas por S. M. Las gacetas y diarios de estos días, que están cosidos a este papel,<sup>14</sup> contienen edictos, bandos y avisos relativos a las circunstancias.

Los reyes padres quedaron en Aranjuez el 24; y el 25 y 26 traían al cuartel de Guardias de Corps en Madrid al Príncipe de la Paz, pero Murat se opuso, haciendo presente que por el odio tan general que tenían a este hombre las gentes, era de temer a su entrada un alboroto y atribuirse tal vez luego a las tropas francesas, y así que no convenía de ningún modo su entrada en Madrid, y que hacía responsable de las revueltas al general español que estaba encargado de su custodia. Este general era el Excmo. Sr. marqués del Castelar, Grande de España, el cual se quedó en Pinto, a tres leguas de Madrid, y puso al Príncipe de la Paz en la mejor y más fuerte casa del lugar, dando sus disposiciones para la seguridad del preso, y

13. Se refiere al Palacio Real, que también era conocido por aquella denominación.

14. No están.\*



haciendo toda la tropa un servicio tan activo como si estuviese en campaña, con dos guardias de Corps de centinelas de vista a los pies de la cama del reo, llena de centinelas la casa, y por la noche patrullas y avanzadas. Tenía a sus órdenes quinientos hombres, entre guardias de Corps, caballería, voluntarios de Aragón y granaderos provinciales.

Las cosas en este estado, lleno Madrid de franceses y los alrededores, y sosegado todo con respecto al levantamiento de los días 19 y 20, del cual sólo resta decir para más completa noticia que las cuadrillas sacaron de la Galera<sup>15</sup> y Hospicio todas las mujeres, y de los presidios del Prado y Puerta de Toledo todos los presidiarios; que en los pilones de las fuentes del Prado andaban algunos rotulones que hablaban de policía en nombre de Marquina, el cual borraron también en la portada del coliseo del Príncipe, y que entre las casas saqueadas deben contarse la de Branchiforte, marquesa de Mejorada, la de Duro el cura, y alguna otra que se olvida; y, retiradas ya las patrullas y rondas, entró la gente en otro nuevo cuidado, con motivo de sospechar de los ejércitos franceses, viendo también que su emperador no entró en Madrid al tiempo que nuestro rey anunció.

### [*Mes de abril*]

Y de tal manera se fue ya indisponiendo la gente que el viernes primero de abril hubo un riesgo inminente de motín entre los españoles y franceses, que por dicha se atajó antes de empezar, aunque estuvo bien próximo: una quimera en la Plaza Mayor, nada más, fue el fomes de todo.<sup>16</sup> Fue entre un soldado francés y un inválido español. En la Plaza estaba el Cuartel General de los franceses, y gran guardia, de modo que pasaban de dos mil hombres, los cuales, viendo el remolino de la gente hacia la quimera, se pusieron sobre las armas. En el convento de Santo Tomás hizo lo mismo el regimiento que estaba acuartelado. A la hora había en la plaza y calle de Atocha una nube de gentes, y desarmaron todos los tinglados de la verdura y fruta para armarse de palos; los balcones estaban llenos de gente, las tiendas se cerraron y de todas partes corría la gente a la calle de Atocha y a la plaza, y con gritos insultaban a los franceses y aun les tiraban algo.

Ellos cargaron, mas así permanecieron, y por buena suerte acudió a tiempo el duque del Infantado y también los condes de Miranda y de Montarco, como

15. Cárcel de mujeres.

16. Causa que promueve algo.

sacale a la calle donde se le reunieron con los  
 balleros guardias montados que le cercaron y le  
 condujeron a San Jacinto. Luego se le condujo a  
 un lugar donde se le hizo un puente sobre  
 las innumerables ultrajes e injurias que en  
 el camino recibio no solo de palabras sino que  
 con desenfrenado clamaban por San Jacinto le  
 mandaron que se le tiraran pedras y con  
 gran fuerza y con un gran ruido a empujar  
 de los guardias de a caballo y le condujeron por un  
 camino y con el ruido de los cañones, recibio golpes  
 de escopetas, pedras y granadas y en una  
 hora o quarenta golpes que recibio fueron  
 los mas grandes un palo por encima de un pie  
 y una puntalada en un muslo de modo que a  
 la mitad del camino ya iba cubierto de sangre  
 y escame las manos en el suelo de la espalda  
 hacia adelante empujando en el campo con panuelos y  
 los guardias le decian fieramente el (esta es una  
 de afrenta y de ultraje) dicen lo que la gente  
 decian que cuando a todo punto se diga ya  
 sino hubiera sido por los guardias de a caballo la  
 gente le hubiera desollado) luego que conquis-  
 con merced de San Jacinto conquiso con un  
 mayor fuerza las pupas echando a la gente  
 y el se fue en derecha al campo de San Jacinto  
 la gente y luego a los guardias que le cercaron con  
 fuego el pueblo le iba a matar y ellos con tanto  
 corazon esta hombre uno de los mas fuertes y  
 de mayor fuerza que ha tenido el mundo se fue  
 con esto con un gran ruido en su boca se puso cuando  
 lo hallaron en el punto del accidente inmediatamente

igualmente varios generales franceses, y todos se esmeraron en sosegar a la gente, que empezó a gritar que se marchasen de allí los franceses, y así lo mandaron los generales y se hizo.<sup>17</sup> El regimiento del convento de Santo Tomás se metió dentro, con las armas cargadas, delante de la gente y ésta, ya bastante sosegada, empezó a separarse y se marcharon todos.

En este mismo día sucedió también un caso notable por la mañana, y fue que un soldado francés robó en la carnicería un gran pedazo de carne; la gente le gritó y persiguió y así fue sorprendido por tropa francesa, que le puso colgado a la espalda el pedazo de carne, y así le empezó a pasear a la vergüenza. Compadecida ya la gente, se empieza a remolinar y gritar perdón; se echan encima, se apoderan del soldado y caminan a Palacio a pedir al rey su perdón. Salió uno de Palacio con la respuestas de S. M., de que este perdón le había de conceder el Príncipe Murat, y al instante se encaminaron a su casa, se agolparon a la puerta, sin que las muchas centinelas y la guardia lo impidiesen, se montaron sobre dos cañones que había a la puerta, y empezaron a gritar: “Perdón, perdón”. Salió Murat a los balcones y lo concedió, mas la gente repuso que por escrito, y subieron a por él y les fue entregado, y condujeron ya libre al cuartel el soldado.

El alboroto de este día desagradó mucho a nuestro soberano, y lo reprendió, según el *Diario* del 3 de abril,<sup>18</sup> y, en efecto, por algunos días calmó bastante la desconfianza de la gente con respecto a los franceses, con quienes hubo algunos choques particulares desde su entrada hasta estos días, y, por lo general, la gente, lejos de temerlos, los insultaba. Desde dicho día 3 de abril volvieron las numerosas rondas de día y noche, hechas por los mismos vecinos y mandadas por los alcaldes de corte y de barrio, y muchas patrullas de a caballo y de a pie de la poca tropa que había en Madrid, y los caballeros guardias de Corps también las hacían. En uno de estos días fue trasladado a Villaviciosa el Príncipe de la Paz con la misma escolta que tenía en Pinto, y este hombre, ya bastante restablecido, no se hallaba

17. Como en otras ocasiones, el relato de Pérez coincide con los de otros que fueron testigos o se valieron de las mismas fuentes para redactar sus memorias. En ese caso, de forma casi literal, con el *Diario de lo ocurrido en Aranjuez desde el día 13 de marzo*, de 1808: “Esta tarde hubo conmoción general en el pueblo, todos corrían diciendo, “Motín, motín”. En efecto, la cosa pudo haber tenido graves y funestas consecuencias, pero se cortó y apaciguó sin ningún género de desgracia, a fuerza de las persuasiones del duque del Infantado, de Negrete y de los generales franceses. Todo fue una disputa personal entre un soldado francés y otro español” (Cit. por Frazer, 2006: 58).

18. No está.\*

abatido de espíritu, porque estaba persuadido de que los reyes le tenían custodiado hasta que se calmara el pueblo, para volverle a sus mismos destinos y favor, no obstante que en las comidas no se le daba cuchillo ni tenedor, ni aun palillo para los dientes que pidió.

También el martes, 5 de abril, salió de Madrid el señor infante don Carlos, hermano del rey, acompañado del duque de Híjar, con destino, según se dijo, a Bayona, para recibir y obsequiar al emperador Bonaparte. El jueves siguiente se halló la gente con la inopinada novedad de salir el rey de Madrid, en compañía de las demás personas reales, a las once en punto con dirección a Aranjuez y se decía que en aquella misma tarde volvía a la Corte. La gente quedó bastante desconsolada, pero a las seis y media de la tarde, en efecto, entró el monarca en Madrid, en donde fue recibido con las más extraordinarias muestras de júbilo, y se tranquilizó la gente. Había salido únicamente a ver a los reyes padres. Y el domingo, 10 de abril, que fue el de Ramos, salió a las nueve de la mañana S. M. con poca comitiva para Burgos, a recibir allí a Bonaparte y venir en su compañía a Madrid. Se dijo dos días antes que había venido a la Corte un general francés con una carta de su emperador para el rey, reconociéndole y felicitándole por su exaltación al trono, y en que decía que deseaba darle un abrazo, pero gustaría fuese antes de entrar en Madrid. Van cosidas a este papel gacetas y diarios que contienen avisos y noticias de las ocurrencias de estos días.<sup>19</sup>

Dejó el soberano para el tiempo de su ausencia una Suprema Junta de Gobierno que presidía su tío, el infante don Antonio, y ya a esta época había recibido el soberano cartas de los pueblos cabezas de provincia con voto en Cortes, en las cuales se ve, según la *Gaceta* n° 34, que acompaña,<sup>20</sup> hasta qué punto estaba exaltada toda la nación. El Jueves Santo, 14 de abril, mató un cura de Carabanchel un oficial francés, y a las primeras noticias que corrieron del lance se divulgó que justamente el oficial francés difunto era un hombre de bien, y de una nota algo mala el cura. El gobierno publicó un bando en el Viernes Santo, como se ve en el *Diario*,<sup>21</sup> para descubrir al cura agresor, y al siguiente día fue descubierto y preso.

El sábado se publicó en el *Diario* la lista de las compañías cómicas de la Corte, el cual se incluye también por contener expresiones del Ayuntamiento en que trata del joven monarca, como igualmente acompañan gacetas y diarios que contienen las noticias satisfactorias que se recibían del viaje del soberano y del infan-

19. No están.\*

20. No está.\*

21. No está.\*

te don Carlos, y algunos versos de los muchos que ya se habían escrito contra el Príncipe de la Paz, como también los que recitó Rafael Pérez, primer barba del teatro del Príncipe, en la función que se hizo en el mismo el primer día que asistió el Príncipe de la Paz, después de elevado a la dignidad de Almirante, con cuyo motivo apenas quedó pueblo ni teatro en España en que no se hiciesen funciones y grandes elogios, advirtiendo que por las troneras del mencionado teatro del Príncipe se tiraron al público más de seiscientas papeletas como la que acompaña, estando el busto del Príncipe colocado en medio del teatro, todo acompañado de grandes orquestas y de una concurrencia que después de llenar el teatro impedía el paso por la calle.<sup>22</sup> Esto propio sucedió en el coliseo de la Cruz; y el día que entró en Madrid, que justamente fue domingo (viniendo de Aranjuez), hecho ya Almirante, como se publicó en la referida *Gaceta*, n° 5, acudió al Puente y Puerta de Toledo innumerable gente a verle y le vitorearon bastante, habiendo pasado este hombre del colmo del poder y de la grandeza al mayor ultraje en el periodo de catorce meses y, por decirlo con más verdad, en solos dos días en que un número bastante corto de almas abatieron este monstruoso coloso de la fortuna en Aranjuez y, para que resultase de una manera que en sí llevase el mayor desprecio de su poder, sin derramarse una gota de sangre, tratándose de un hombre que reunía los millones de la nación, que mandaba en todos los empleados, en el ejército y marina, en los ministros y en los reyes. Pero era el terror que por toda la nación tenía difundido, el que hacía callar a todos, y todos se reunieron luego a abatirle, a execrarle y a desear su castigo, y no hubo un miserable, de tanto pícaro adulador como había hecho felices, que en tan crítica situación levantase el grito y se expusiese por la defensa de su protector. ¡Miserable suerte la de los tiranos...!

Entre la multitud de delitos enormes que en estos días se contaban cometidos por el Príncipe de la Paz —la nación, que toda le aborrecía; la Grandeza, que le odiaba porque hacía ya algunos años que todos temían que se alzase con el reino, principalmente si fallecía el señor rey don Carlos IV, que se hallaba muy achacoso—, el que más le concilió el aborrecimiento, por el cual acabaron de dese- arle un fin desastrado y que sirviese de escarmiento, fue el que cometió contra la persona de nuestro amado soberano, Fernando VII y algunos señores, haciendo creer al rey padre que su hijo, el Príncipe de Asturias, conspiraba a destronarle quitándole la vida, y con fecha 30 de octubre del año pasado de 1807, se publicó un decreto por todo el reino que trataba de traidor a Su Alteza Real.<sup>23</sup> Acompañan

22. No están.\*

23. Va al fin de este escrito.\*Ya se indicó que no se incluyen en la edición.

los decretos y la *Gaceta* extraordinaria que, de orden del señor don Fernando VII, se publicó en Madrid, que trata con extensión de estos asuntos.<sup>24</sup> Toda la nación se llenó de terror. Toda la nación se compadecía y gemía por el Príncipe de Asturias, le creía inocente víctima sacrificada por la ambición infernal del inicuo Almirante, a quien todos creyeron autor de esta calumnia, que conspiraba contra la vida del Príncipe heredero para reinar algún día en un país por quien debía sacrificarse, en el que hacía un papel tan brillante, habiendo empezado por una fortuna tan humilde. También en estos días en que ya estaba entregado al brazo de la ley andaba una lista de los millones suyos de que se tenía noticia, y decía así:

Banco de Londres	800
Íd. de Holanda	400
Íd. de París	200
En El Ferrol, para embarcar	200
En poder del Patriarca	030
Y otras cantidades, que hacían	
la suma total de	1650 millones. <sup>25</sup>

Se dijo también que, de sólo diamantes, brillantes, rubíes y demás piedras preciosas, se le habían cogido diecinueve arrobas. Por último, sus riquezas se tenían en concepto en toda España de ser las mayores que ningún mortal había poseído, y sus títulos y empleos llenaban medio pliego de papel impreso.

Volviendo al viaje de S. M. y de S. A., la gente de Madrid —que estaba sobresaltada por la permanencia del ejército francés que estaba acampado en las inmediaciones y alojado en la Corte, y que pasaba ya, según se decía, de cuarenta mil hombres, y sin cesar llegando más tropa, recelando de ellos, sin embargo de las seguridades dadas por ambos monarcas, padre e hijo—, entre mil dudas, hablillas, noticias funestas que se decían, recibió la primera noticia de la llegada de Napoleón a Bayona el 14 por la noche (sabiéndose en Madrid a su tiempo, por la parte de la Corte), y que envió parte de su guardia de honor y su médico de Cámara a nuestro Infante, que se hallaba indispuerto en aquella ciudad, y que le mandó preparar el alojamiento en la Casa Consistorial de la ciudad, por ser mejor que el que tenía; y que el soberano estaba en Vitoria para recibirle, acompañado de un séquito asombroso de vasallos que le rodeaban sin quererle dejar. También

24. No está.\*

25. El error en la suma es del autor. El total correcto sería 1630.

se habló de unas prisiones que se estaban haciendo en Madrid con sigilo, por haberse descubierto un complot de gentes que iban a aclamar por las calles a Carlos IV y María Luisa, y que la reina era la agente principal de este negocio, el cual se empezó a verificar en el Sitio de El Escorial, donde se hallaban los reyes padres, por haber pasado a éste desde el Sitio de Aranjuez, sobre el 4 ó 5 de abril. Pero fue atajado en sus principios, prendiendo a algunos de los alborotadores, y en Madrid no hubo nada.

Débase notar que, entonces, el Príncipe de la Paz, preso en Villaviciosa, sabía ya que reinaba Fernando VII y que él era reo de Estado, pues uno y otro le notificaron<sup>26</sup> el miércoles 6 de abril o el jueves siguiente, y que esta noticia le fue tan dura que cayó de espíritu y se acobardó. En medio de tantos acontecimientos nada era capaz de calmar y asegurar la impaciencia de la gente por la sospecha indicada del ejército francés, y porque corrían voces de que Murat estaba de acuerdo con la reina madre y que era amigo del Príncipe de la Paz, que había recibido regalos magníficos de él y sumas cuantiosas cuando estaba en su fortuna, y que había enviado un edecán a saber cómo se hallaba en la prisión. Y aun se había asegurado también que le había pedido, después de marchado el rey a Vitoria, a pretexto de que era reo de Estado del imperio francés, porque se hallaba inculcado también en negocios tocantes a aquel gabinete, pero se le negó.

El día 20 de abril se esparció en Madrid por la mañana la noticia de que se habían recibido cartas del rey y del duque del Infantado y el canónigo Escóiquiz, que le acompañaban, que decían que estaban arreglados todos los asuntos entre ambos soberanos, que se habían escrito, y por algunas se añadía que se habían visto. Mas, al mismo tiempo, corrió también la de que Bonaparte no lo había reconocido rey y que andaba todo de mala data.<sup>27</sup> Había muchas dudas, mucho disgusto y muchas disputas y, vacilando de esta manera, esperaba la gente que saliese *Gaceta* extraordinaria, porque no podría menos de salir si las noticias eran satisfactorias. No salió y sobre este motivo de desconfianza recayó justamente la ocurrencia de este día, que fue escandalosa y sobresaltó a la gente. A las cinco de la tarde se hallaba la Puerta del Sol, calle Mayor y la de las Carretas con una multitud de almas que se iba aumentando sin cesar; muchas rondas y patrullas de guardias de Corps, montados, que así las hacían todas, y de otros cuerpos de infantería y caballería, que tenían cercada la calle de la Zarza y cortada la comunicación por todas las calles alrededor sin dejar pasar a nadie, porque en la imprenta que había

26. Se refiere a que le notificaron ambas cosas, que Fernando VII era rey y que él era reo de Estado.

27. Empeorar las cosas.

en dicha calle tenían presos a unos franceses que por la mañana se habían presentado a que se les imprimiesen muchos ejemplares de un bando que manifestaron, pero que se había de hacer todo sin que nadie saliese de la casa y a la mayor brevedad. El impresor se puso a trabajar, pero tuvo oportunidad, separándose a buscar cualquiera cosa, de indicar a uno de su familia que llamase la guardia del vivac,<sup>28</sup> lo cual hizo con disimulo, bajando por otra escalera diferente que la que subieron los franceses, que fueron sorprendidos por la guardia. Pero, como en estos días con la mayor facilidad se reunía mucha gente, así sucedió en este caso, por manera que no los pudieron sacar presos hasta más de las diez de la noche, en que ya la gente había desocupado las calles.

Era un bando, el de los franceses, para aclamar a Carlos IV y María Luisa, y salvar al inocente (por el preso), y había algunos que añadían que el referido bando decía “Muera Fernando VII”.<sup>29</sup> Toda la gente estaba exaltada y en disposición de alboroto contra los franceses, y las patrullas y rondas empleaban la mayor actividad en impedir todo desorden.

Para el día siguiente, jueves, se anunció que había rogativa pública y suspensión de comedias en el mismo día, y esto mismo era un motivo que aumentaba la desconfianza de muchos que decían que, en circunstancias favorables, no se hacen rogativas. Pero, amanecido el jueves, se supo que no se hacía la procesión de rogativa, sin saber el motivo. Mas también se aseguró por muchos, y se extendió con rapidez en Madrid, que a las tres y media de la madrugada de aquel día había sido entregado a los franceses en Villaviciosa el Príncipe de la Paz, y que era por una orden del rey Fernando VII, enviada desde Vitoria a su tío el infante don Antonio, el cual se lo mandó al general marqués del Castelar; y añadían que este general no obedeció la orden y que vino a Madrid aquella noche y habló al infante don Antonio, haciéndole presente que tenía orden de S. M. de no entregar aquel hombre sin que viese él mismo una orden firmada por S. M. mismo; que entonces el infante le enseñó la que tenía del rey, y que Castelar mar-

28. Guardia principal en las plazas de armas, a la que acuden todas las demás, entre otras cosas, para saber el santo y seña.

29. “Dos oficiales franceses sorprendieron a un impresor y con amenazas le hicieron imprimir un papel que decía: ‘Viva Carlos IV y Godoy, muera Fernando’. El impresor llegó a tirar dos ejemplares; pero fingiendo que se le había descompuesto no sé qué pieza y que iba en casa de un amigo a buscarla, marchó a dar aviso a un alcalde de Corte” (Martínez Colomer, 1808: 25). Murat “hacía que se esparcieran papeles sediciosos por las calles, que se fijaran en los parajes más públicos” (25), como “los cafés y demás puestos públicos”, pues quería sublevar al pueblo (26).



chó incontinenti<sup>30</sup> y verificó la entrega del preso a las tres y media a unos generales franceses que fueron a por él en un coche, con una escolta que quedó a alguna distancia de Villaviciosa, y se lo llevaron.

Es imposible decir las opiniones, las disputas que se suscitaron en Madrid: unos lo negaban afirmativamente,<sup>31</sup> algunos lo creían, y en todos reinaba la confusión, al mismo tiempo que, por otra parte, decían muchos que el parte<sup>32</sup> había traído noticias de haber arreglado los dos soberanos sus intereses respectivos, a satisfacción del rey de España. Y, en efecto, por la tarde se puso el bando que trae el *Diario* del viernes siguiente, n° 122, del 22 de abril,<sup>33</sup> con lo cual la mayor parte de las gentes aseguraban que semejantes voces eran movidas por gentes maliciosas, enemigas del sosiego, que deseaban una revolución por miras interesadas. Sin embargo, algunos seguían todavía en su opinión y todos acabaron de asegurarse en el referido viernes con la *Gaceta* extraordinaria, n° 39, que se publicó, en que el Gobierno anunció el hecho, como se ve por ella misma, que acompaña.<sup>34</sup>

No hay palabras que puedan explicar debidamente la consternación y la ira reconcentrada de toda la gente al hallarse de improviso con una novedad que ni aun se la podían haber imaginado, y con este hecho y las noticias positivas<sup>35</sup> que había de que los franceses habían detenido en el camino a algunos que corrían la posta para hacer indagaciones y pesquisas, empezaron algunos a ver realizado el mal juicio que hicieron de los franceses al verlos entrar en la Corte, aunque eran deseados de la multitud que creía venían con miras de felicidad para la España. El disgusto llegaba al punto de hablar a voces en las calles, diciendo ya palabras injuriosas al nuevo rey y al duque del Infantado y otros que le acompañaban, y se corrió una voz de que por la noche iban a quemar la casa de Infantado. En fin, la gente le sospechaba adicto a los franceses con demasía, y con perjuicio del honor español. Entre las noticias que consternaban a la gente se decía la de que Bonaparte había puesto en una alternativa fuertísima al rey sobre la entrega del preso, no reconociéndole rey si no la verificaba, y declarándole la guerra y quedándose con nuestro infante don Carlos prisionero, que estaba en Bayona. Y a consecuencia de estas noticias, y más que todo por la entrega referida, maldecían todos el viaje del rey, y a los que se le habían aconsejado y, en fin, puede decirse,

30. Prontamente, al instante, al punto, sin dilación.

31. Es decir, con firmeza.

32. Correo que se establecía cuando el soberano se encontraba fuera de su corte, entre ésta y el sitio donde él se hallaba.

33. No está.\*

34. No está.\*

35. Noticias ciertas, verdaderas.

sobre el ardor y entusiasmo que inflamaba y tenía electrizados a los españoles, cayó un monte de nieve que todo lo apagó y destruyó.

Tuvo también la gente este día el disgusto de ver pasearse libres a los franceses que llevaron el bando en casa del impresor, y las hablillas, en medio del desaliento, se extendían a sospechar que pronto se vería a Murat mandar en España y que tal vez el rey estaría ya preso en Francia, por haber pasado la frontera. En esta crisis se puso a las cinco de la tarde un aviso al público en las esquinas que decía que a toda prisa se estaban imprimiendo en la Imprenta Real unas noticias, las más satisfactorias, cuyo aviso se daba anticipado al público, de orden de la Suprema Junta de Gobierno. De allí a dos horas que se habían gastado en maldecir y desesperarse, se aseguró que se estaban imprimiendo seis capítulos acordados entre Bonaparte y el rey, y por lo que decían que contenían se aumentaba el desconsuelo y la ira de todo buen español, que en esta ocasión todos lo eran. A las diez de la noche se hallaba la calle de las Carretas llena de gente a por la *Gaceta*, que empezó a despacharse con el n° 40 y, al leerla, no se pueden referir las injurias que todos proferían en desprecio del gobierno, y lo mismo todo el día siguiente, sábado. Acompaña dicha *Gaceta*.<sup>36</sup>

El sábado hubo en el río un alboroto contra los franceses en que un hombre tocó una especie de trompa, a cuya señal se le reunieron todos los hombres y mujeres que había en el río, mataron dos o tres franceses y corrieron a todos los demás, que se escaparon a los cuarteles. El mismo sábado, ya bien tarde, puso el gobierno carteles en que exhortaba a la quietud a todos los vecinos, mandando que se retirasen a sus casas y no se hiciesen corrillos, con algunas palabras en que venía mezclada la autoridad y, en efecto, ya no bullía tanto la gente en las calles, porque todos se habían desanimado. Con la referida *Gaceta*, n° 40, se confirmó lo que se había dicho de que en Vitoria, al tiempo de salirse el rey para verse con Napoleón, le rodeó todo el pueblo y gritó que no se fiase de los franceses, que le engañaban, y, procurando el rey calmarlos, cortaron los tirantes<sup>37</sup> del coche y tuvo que volverse a casa a pie. El Real Decreto que se inserta en dicha *Gaceta* prueba bien claramente el entusiasmo y exceso del pueblo.

Por otro término diferente se descubrió, también en Madrid, un indicio de la disposición de ciertas gentes contra los franceses, pues se formaron autos contra unos que estaban haciendo acopios de medias lunas para desjarretar los caballos franceses, y [es] este el caso de decir —porque todavía no se ha tocado— que la caba-

36. No está.\*

37. Cuerdas, o correas, que asidas a las guarniciones de las caballerías, sirven para manejar un carruaje.

llería francesa era excelente y brillante, así en hombres como en caballos, y la infantería no era más que mediana. También se tomaron otras declaraciones en estos días por haber dicho un amanuense en su oficina que los franceses iban a aclamar a Carlos IV y María Luisa, y quitar el mando a Fernando VII, y, habiéndole tomado declaración, descubrió quién se lo había dicho. Éste descubrió a otro, y así llegaron hasta el conde de Benavente, y éste dijo que se lo había oído al general francés que tenía alojado en su casa y, preguntado este general, dijo que lo había dicho con motivo de la orden que tenía del Príncipe Murat para hacer la proclama.

El domingo 24 se corrió la voz de que el parte había traído la noticia de que el rey había llegado a la quinta en que había de verse con Bonaparte –según declara el bando inserto en el *Diario* del viernes 22 de abril, que acompaña<sup>38</sup> y que allí encontró un correo francés que le dijo de parte de su emperador si gustaba de pasar a Bayona; que, con efecto, dirigió el rey su viaje a aquella ciudad en donde fue recibido con muchos vivas y aclamaciones; que Bonaparte le abrazó tres veces y le besó diciéndole que diese el santo<sup>39</sup> a la tropa francesa en señal de que estaban a su disposición; y que en aquella ciudad todo era alegría y fiesta. Esta multitud de noticias, ya adversas, ya favorables, tenía a la gente confusa y esperando con ansia el último resultado.

También se sabía ya que el rey Carlos IV y María Luisa habían estado en El Pardo, comiendo con Murat, y habían partido para Francia el sábado anterior, llevándose todos sus criados y caballos. No sabía la gente qué juicio formar de este conjunto de novedades. Acompaña el *Diario* del domingo 24, en que está inserto el bando citado, que se publicó en el sábado, y la copia de la proclama que iba a hacerse, según la traían algunos copiada.<sup>40</sup>

El lunes 25 las cartas del parte decían que continuaban en Bayona los dos soberanos con la mayor amistad y que todo era alegría, y ya la gente empezó a respirar con más tranquilidad. También se aseguró que el jueves inmediato había toros en la Plaza de Alcalá para que los viese el Príncipe Murat y generales franceses, de lo que el público estaba muy gozoso, pues había ya dos o tres años que no se veían, por estar prohibidos en toda España. También en este mismo día sucedió un caso muy raro, que indignó mucho a toda la gente: un hombre se arrimó en la plazuela de Antón Martín a dos soldados franceses y dijo: “¡Viva el rey!”. Quedaron sorprendidos los franceses y, al momento, a uno y a otro los dio con

38. No está.\*

39. Señalar el nombre de un santo para que sirviera de seña a las guardias y puestos de las plazas o ejércitos durante las noches.

40. No está.\*

1  
El día 11 de junio de la Real Audiencia  
Almudena R. R. conitad a esta ultima  
dignidad según espasa la causa y del  
ano a 207 marzo conitad a 10  
el Domingo 13 de octubre de 207 y se presento  
al Rey ofreciendo aseo y mucho cuidado por  
que supus al economo que quedo  
la amorina conra de 11 11 y tambien  
conra el y que combenia que en aquella  
misma noche y a la mayor brevedad de  
toda la familia de la casa de Borja, excepto  
el obispo y lleuá a cabecera de 207  
para casa, la Reyna enaba de acuerdo  
no le contar el Principe de Asturias que  
hacian la Infanta Reyna de Francia  
D<sup>na</sup> Catalina y D<sup>na</sup> Francisca ni de su D<sup>na</sup> Mariana  
hermana del Rey; el Almirante por el  
arco del castillo de la Reina y D<sup>na</sup> Mariana  
Catalina para que se diese el despacho  
el Rey deo conitad de 207 y se  
diciendo amonada el Almirante, conra al  
guano del Rey, hasta donde fue por  
por el conitad en mano, en el  
en que se hallaba tambien el Conde de  
reina, y el de Espana. Nunca hubo un  
taxad. Fueron como el Almirante  
y el Almirante en que se trato a  
casado al Rey y al Conde de 207

una navaja y lo mismo hizo con un oficial también francés, que salía de una confitería, y esto sin que nadie se metiese con él, dejándolos heridos de muerte; pero fue preso al momento por una patrulla de españoles y conducido al principal.

El martes 26 continuaban las mismas noticias respecto de Bayona, pero se dijo que se habían suspendido los toros que se habían de correr el jueves y que se iba a celebrar un gran congreso en Bayona, para lo cual iban consejeros, alcaldes y Grandes de España. Había variedad en las opiniones que se formaban sobre estas novedades, presagiando funestamente unos, mientras otros se hallaban llenos de confianza diciendo que estas disposiciones eran para juzgar la gran causa contra el Príncipe de la Paz, y que a este fin era conducido a la insinuada ciudad, adonde iban también los reyes padres, y adonde también habían de ser llevadas la Princesa de la Paz y doña Josefa Tudó, antigua amiga del ex Almirante y a quien todos tenían por su legítima mujer, porque se le creía casado con dos mujeres, y de la Tudó tenía tres o cuatro hijos.<sup>41</sup> Y el ser juzgado por los franceses lo atribuían a que tenía cometidos delitos de gran consideración contra aquel imperio, habiendo descubierto sus más profundos secretos a los ingleses, con quienes estaba en guerra la Francia más de catorce años hacía, y la España también lo estaba, a la sazón, con los mismos.

Decían también que la reina había escrito a Bonaparte que la abdicación de la Corona que había hecho Carlos IV en su hijo había sido involuntariamente y forzado por la seducción y por el terror que le habían inspirado las circunstancias ocurridas en Aranjuez; y que todas estas intrigas y maquinaciones iban a ser aclaradas y desenredadas en Bayona por el impulso de Bonaparte. Y así, algunos alimentaban las esperanzas más lisonjeras, mientras que, casi todos, auguraban tristísimamente y desconfiaban al más alto punto, esperando consecuencias muy funestas para la España, fundados en la ambición y deseo de dominarlo todo que suponían en Bonaparte. Permanecieron las gentes en esta desconfianza hasta el viernes por la noche, habiendo recibido mucho aumento en este intermedio de tiempo, por haberse sabido que Murat había llevado a su casa todos los oficiales, cajas y prensas de una imprenta española, sin que nada se supiese, ni dejase salir a nadie. Y llegó a correr en este día que José Bonaparte, rey de Nápoles, hermano del emperador, iba a ser declarado rey de España y Murat, regente del reino, hallándose toda la gente desconsoladísima y llena de ira, que se sosegó en gran parte el referido viernes, 29 de abril, con las noticias que se dijo haber venido por

41. En realidad, solo tuvieron dos.

el parte, y de las cuales andaba una papeleta el sábado, en la que se decía que no era cierta la regencia de Murat; que la España era indivisible, pero que por algún tiempo volvería a tener el reino Carlos IV, siendo regente su hijo, hasta que con sosiego y sin alboroto alguno del pueblo quisiera hacer dejación de su corona el rey padre, porque Napoleón no aprobaba que se proclamase ningún rey en circunstancias de tumulto; que la reina estaba separada de todo mando; que tal vez no vendrían a Madrid los reyes padres, y que se aseguraba la boda del rey Fernando con la sobrina de Napoleón; y que se publicaría todo, como igualmente los delitos del Príncipe de la Paz, asegurando que así éste como los reyes padres habrían llegado a Bayona ya el mismo viernes.

Y estas son las noticias que llenaban de satisfacción a muchas gentes, mientras que otras muchas más estaban muy mal con ellas y con la influencia del emperador de los franceses, llevando a mal aun los beneficios que él pudiese proporcionar a España, porque de él ni los deseaban ni los esperaban.

En este mismo sábado se leyó un papel impreso que tenía cuatro hojas en cuarto, que no decía con qué licencias se había impreso, ni en qué imprenta, y sin firma alguna, y que únicamente decía en el encabezamiento que era una carta escrita en Toledo, con fecha 20 de abril, por un oficial retirado a un amigo suyo residente en Bayona, y cuyo papel le fueron dejando en algunas casas, y aun en la calle, y esta fue la autoridad con que se extendió. No puede decirse el desprecio que inspiró el dicho papelucho —que acompaña<sup>42</sup> a los que le leyeron, y la befa que de él hicieron por majadero, por ridículo, por tonto; en el cual, en tono de consejo por un hombre experimentado, se desaprobaba lo ocurrido en Aranjuez y Madrid, la abdicación de su corona por Carlos IV, el haberla admitido Fernando VII, con mil impertinencias y figurando y temiendo muchos desastres de tan funestos principios, y esperando, por consuelo, el remedio de tantos males del gran Napoleón, árbitro de la Europa.

Este papel les pareció francés a todos, y había quien se persuadía que sería parto de la imprenta de Murat, y justamente estas sospechas aumentaban el desprecio con que se miraba al referido papelito. En el mismo sábado, al anochecer, hervía de gente la Puerta del Sol, porque corrió con una rapidez increíble que veinticuatro mil hombres, navarros, guipuzcoanos y alaveses, habían sorprendido en Bayona la Guardia Imperial de Napoleón, y habían sacado a Fernando VII y al infante don Carlos y los habían traído a Irún. Es imposible pintar la alegría y entu-

42. No está.\*

siasmo de la gente con esta noticia, y con las que al mismo tiempo corrían de que los embajadores de Prusia y Austria habían hablado fuertemente a Napoleón sobre la invasión y permanencia en España del ejército francés, y que también Fernando VII, al proponerle la permuta de la España por la Italia, respondió que moriría primero que dejar de ser español. También se aseguró que en el mismo día habían llegado a Madrid diputados del reino de Valencia, que habían representado al infante don Antonio que estaban determinados a no admitir dominación extranjera y que cuando hubiese necesidad, al primer aviso, tomarían las armas cuarenta mil hombres del reino y se pondrían al momento en donde se les llamase para repeler a los franceses. Estas y otras mil noticias lisonjeras corrían el referido sábado al anochecer, y tenían a la gente electrizada y en la disposición más brillante para desprestigiar el temor que pudiesen o quisiesen imponer los franceses.

El domingo se cambió toda la escena, pues se divulgó por todo Madrid que en aquella noche había pedido el Príncipe Murat al infante don Antonio la regencia del reino, porque, ínterin se ventilaban en Bayona todas las cosas, hacía él en Madrid un papel desairado; y, en efecto, tenía razón, porque ya era aborrecido de toda la gente, y nadie le quitaba el sombrero.<sup>43</sup> Y llegó en este día a silbársele y burlarse de él cuando iba a la revista, que ya hacía una mes que la pasaba los domingos, viniendo la tropa que tenían acampada en la Casa del Campo y a un cuarto de legua de la Puerta de San Vicente, la que estaba también en los Carabancheles y en algún otro pueblo de la circunferencia. De modo que cada domingo pasaban revista en el Prado de diez a doce mil hombres, de los cuales la mayor parte no eran franceses, sino de las naciones que Bonaparte tenía subyugadas.

Se aseguraba también que no fue bien respondido por el infante, y que con el decano del Consejo, don Arias Mon, había también tenido Murat una contestación en que aquel le habló fuertemente. A las ocho de la noche bullía la gente en la Puerta del Sol, que era siempre el punto de mayor reunión, en donde se hablaba de todas estas cosas, y se divulgó que se habían visto papeletas impresas que contenían una declaración de Carlos IV de haber sido involuntaria y forzada su abdicación,<sup>44</sup> y una proclama de Bonaparte que contenía amenazas muy grandes contra España, si se oponía a la regencia del reino por Murat.<sup>45</sup>

Ardía la gente con estas noticias y ya no deseaban otra cosa sino la señal de un levantamiento contra los franceses y se felicitaban con las seguridades que se

43. Nadie se quitaba el sombrero ante él.

44. Está al fin.\*

45. No está.\*

daban por muchos sujetos de que el gobierno tomaba providencias ya eficaces y oportunas para acercar gente a Madrid con que poder hacer frente a los franceses; y al mismo tiempo se corrían voces malas de Bayona y se aseguraba que al día siguiente salían de Madrid ciento cincuenta guardias de Corps para Guadalajara, con el objeto de hacer gente.

### [*Mes de mayo*]

Amaneció el lunes 2 de mayo, día aciago para Madrid.<sup>46</sup> Salieron, en efecto, los guardias de Corps bien temprano, y a las diez tomó el coche en Palacio la infanta doña María Luisa, ex reina de Etruria, con sus dos hijos, y el infante don Francisco, su hermano, y se marcharon. Ninguna noticia tenían las gentes de este viaje. El infante don Antonio bajó a despedir en la escalera a los demás infantes, y los que se hallaban a la sazón, por casualidad, junto a Palacio se remolinan y empiezan a gritar que los franceses se llevaban al infante don Antonio, y cargan sobre un edecán francés que a uña de caballo salvó su vida.

Se extendió con rapidez por todo Madrid la falsa noticia y de todas partes corrían las gentes y huían los franceses a incorporarse a sus respectivos cuerpos; mataban a muchos, y en Palacio fue donde empezó el fuego, porque allí apareció la primera tropa francesa formada. A las doce empezó a entrar en Madrid la tropa francesa de los campamentos inmediatos y a la una había ya dieciséis mil hombres, que se distribuyeron por todo Madrid, ocupando la fuerza principal los puntos más importantes. Por todas partes se mataba, pero en el río, en la cercanía de Palacio y en las Maravillas era grande el estrago. En los principios, el paisanaje hizo dejar las armas a varios trozos de tropa, y en el Parque de Artillería hicieron nuestros artilleros dos descargas a los franceses que iban a apoderarse de la artillería, y hicieron una matanza horrible, pero no había munición con que seguir y los franceses se apoderaron de los cañones.

Hubiera sido un día mucho más desastrado —que lo fue—, pero los franceses hicieron mucho menos destrozo del que pudieron hacer, porque estuvieron bastante contenidos; y el paisanaje, desarmado, desorganizado y sin cabeza ni dirección, que no tenía más que un ardor desesperado, ¿qué podía hacer contra un

46. Contrastan con todos los relatos sobre el 2 de mayo las páginas que Godoy dedicó a ese día, al 3 y al 4, porque en ellas cuenta sus conversaciones con los reyes y Napoleón en Bayona para responder a Fernando sobre la restitución de la Corona.



ejército armado y dirigido? La poca tropa que había en Madrid estuvo, por orden del Gobierno, encerrada en los cuarteles, y todos deseaban salir, y a las doce ya había algunas patrullas mezcladas con otras francesas, que hacían señas a lo largo con los pañuelos para sosegar a la gente. A las dos de la tarde salió todo el Consejo, los señores alcaldes de corte, varios Grandes, algunos generales franceses y los señores de la Suprema Junta de Gobierno, y todos andaban sosegando y publicando bandos para la quietud.<sup>47</sup> Pero, a pesar de estas providencias, se reputó la mortandad de los franceses en dos mil hombres en todos los puntos y, aunque fue bastante menor la de los españoles en la refriega, la aumentaron muchísimo con los que en la misma tarde del lunes y el martes siguiente arcabucearon los franceses en el Prado y en otras partes, de una manera que causa horror a la humanidad, pues sin más que encontrar a uno cualquiera con un cortaplumas, aunque fuese un inocente, era conducido y arcabuceado sin ser oído ni preguntado.<sup>48</sup> Y así pasaron, según noticias, de doscientos hombres. Hubo en este día desgraciado algunas acciones brillantes en valor por los españoles.<sup>49</sup>

El miércoles se publicó un bando por el Príncipe Murat, que se insertó en el *Diario* del mismo día, que acompaña,<sup>50</sup> y cuya lectura causa horror y lo causó entonces; y el día antes se había puesto en las esquinas un bando del Consejo, que también acompaña. También el jueves siguiente se publicó otro bando por el Príncipe Murat, que se insertó en el *Diario* de dicho día, que se acompaña, y una circular del Gobierno, inserta en el mismo *Diario*, para todas las provincias. Y todos estos papeles eran dirigidos a la quietud y sosiego público. El sábado 7, cuyo *Diario* acompaña, se publicó otro bando también del Consejo, dirigido a los mismos fines expresados, y un auto de la Suprema Junta de Gobierno en que era nombrado por su presidente el Príncipe Murat, porque el infante don Antonio salió de Madrid el martes a las cuatro de la mañana, de modo que ya no quedó en Madrid ni una persona de la familia real. En el mismo día sábado se publicó otro bando por Murat, que igualmente se inserta,<sup>51</sup> y es dirigido también a los expresados fines. Por fin, con algunos más carteles que se pusieron en las esquinas puede asegurarse que en estos

47. Con letra del siglo XX, y a lápiz, alguien ha escrito en el margen: “12 h”, “14 h”.

48. “Por llevar un cortaplumas no más, fueron arcabuceados muchos sacerdotes de ambos cleros” (Martínez Colomer, 1808: 28).

49. Más información sobre cifras y otros pormenores de esos días, en Pérez de Guzmán (1908) y en Frazer (2006).

50. No está.\* Es la famosa “Orden del día” que reproducen casi todos los que recuerdan ese día, desde Toreno a Mesonero Romanos, entre otros.

51. Todos estos faltan.\*

días se publicaron más de doce bandos para restablecer la quietud; y con esto, y haber quitado a todos los vecinos las armas, que fueron recogidas por los alcaldes de barrio, acompañados de patrullas francesas, quedó el pueblo sosegado y enteramente ocupado por la tropa francesa, pues en todas las puertas de Madrid y en muchísimos parajes del centro había guardias de esta tropa y algunos con cañones.

Por estos días se leyó un papel impreso titulado *Reflexiones históricas sobre Francia y España*, anónimo, y todos estos le tenían por parte de la imprenta de Murat. En este papel,<sup>52</sup> como por él se ve, se inclina a la nación a mudar de constitución y aun también de dinastía. Y, al tiempo de todos estos acontecimientos, en Madrid nada se sabía de Bayona y la gente estaba sumamente recelosa. Se incluye también el mencionado papel.

El sábado, a las tres de la tarde, entró en la Corte un batallón de infantería de Saboya y acudió mucha gente a verle por las calles con la mayor alegría. Lo mismo que sucedió el domingo siguiente, 8 de mayo, en la revista de la tropa en el Prado, pues asistieron también unos tres mil hombres españoles, o muy cerca, siendo éste el primer día que con la tropa francesa pasó revista la española, y siendo indecible el gozo de las gentes por esta novedad, y por la voces que corrían de que en toda la siguiente semana no dejarían de entrar tropas españolas en Madrid, pues en esto fiaban su honor y su salvación las gentes. Pero ésta fue una ilusión y bien pronto volvieron todos a caer en el abismo de sus funestas conjeturas, pues al día siguiente, lunes, era público en Madrid que a las doce del mismo día salían parte de las pocas tropas españolas; y así se verificó con tres batallones, que se dijo que iban a Talavera a las órdenes de un general francés. Quedaban ya poquísimas esperanzas a la gente de ver redimido su honor, y la perspectiva que a todos se presentaba era tristísima sobremanera.

En este mismo día, lunes, se extendió un prospecto de un nuevo *Diario*, que se empezó a publicar el martes siguiente,<sup>53</sup> y con cuya lectura acabaron ya todas las dudas y se vio, de hecho, el gran misterio de ocupar los franceses a Madrid y algunos puntos de España con sus ejércitos, y que todo era dirigido al establecimiento de una nueva dinastía. Ya, por efecto del nombramiento de Presidente de la Junta de Gobierno, se habían presentado a Murat los Grandes y los tribunales, pero esto fue poco, pues desde el lunes hasta el fin del miércoles se había publicado un decreto de Carlos IV nombrando a Murat su lugarteniente general del reino; una cédula<sup>54</sup> por Murat para que el papel sellado dijese “Valga por el

52. No está.\*

53. No está.\*

54. No está.\*

gobierno del lugarteniente general”, y la renuncia<sup>55</sup> a la Corona en su padre por Fernando VII, de cuyo Príncipe nada se sabía y cuya memoria desconsolaba a todos los españoles y les hacía asomar las lágrimas a los ojos.

Y en el mismo miércoles amanecieron algunos pasquines en las calles, que exhortaban a nuevos alborotos contra los franceses, por manera que aún temía la gente nuevas desgracias y nuevos horrores, añadiéndose a esto algunas noticias que circulaban de estar muchas provincias en estado de insurrección contra ellos, y también Portugal, aunque de cierto nada se sabía. En el propio día miércoles hubo Consejo pleno, en que se trató de la renuncia que había hecho Carlos IV de su corona en Napoleón, y que éste la adjudicaba a su hermano José, rey de Nápoles, cuya nota había pasado Murat al Consejo. Duró éste desde las ocho a las dos de la noche, y se dijo al otro día, jueves, que no había aceptado la renuncia de Carlos IV en Bonaparte, ni la adjudicación en José, y que el Consejo no tenía las suficientes facultades para decidir en materias tan graves por sí solo, y que era preciso el concurso de las Cortes del reino.

La tropa francesa estuvo desde bien temprano, el mencionado jueves, sobre las armas en los campamentos e inmediaciones de Madrid, y la gente, sobresaltada con el conjunto de estas cosas, se temía otra como la del día 2 de mayo, y se empezó a decir que antes de cuatro días volvería a haber motín. Sucedió también en el mismo día que en uno de sus campamentos hubo mortandad entre sus mismas tropas, unos contra otros, pues los navarros bajos<sup>56</sup> y alemanes y polacos se picaban con frecuencia con los franceses, y se habían hecho ya mucho daño en ambos partidos. En estos mismos días llegaron a Madrid diputados de Galicia y Asturias a hacer ofertas de consideración al Consejo para la defensa de la patria, y empezaron a salir para su tierra los asturianos y gallegos que había en la Corte.

La ciudad de Sevilla había proclamado el 8 de mayo a Fernando VII con un movimiento tan general que a las siete de la tarde, hombres, mujeres y eclesiásticos, todos llevaban escarapela encarnada, cuya noticia se recibió en Madrid por las cartas del jueves 12.<sup>57</sup> De Bayona, en el viernes y sábado, se decía que todos los de la familia real estaban buenos y el Príncipe de la Paz libre, y que vivía en el piso segundo del palacio que habitaba Carlos IV. Mas también se decía por Madrid

55. No está.\*

56. La Baja Navarra forma parte del País Vasco-Francés, concretamente del departamento de los Pirineos Atlánticos.

57. Antes de que existieran los uniformes militares reglamentarios, los soldados españoles se distinguían en la batalla por llevar una escarapela encarnada en sus sombreros. Fue la utilizada por los partidarios de Fernando VII.

que Fernando VII y los duques de Infantado y Medinaceli se habían huido vestidos de marineros y que se hallaban en Asturias. Se hablaba de ofertas que hacían los ingleses; de la alarma en que estaban los pueblos de España; de los infinitos que desertaban franceses, y españoles también; de los tres batallones que arriba se ha dicho fueron al mando de un general francés; de los muchísimos espías, así hombres como mujeres, bien pagados, que en Madrid tenía Murat; de los grandes deseos de saqueo que tenía el ejército francés y, en fin, era la Corte un laberinto continuo de noticias.

El domingo 15, día de San Isidro, para el cual se temía la gente otro levantamiento por las malas voces que corrían, no hubo la revista acostumbrada de tropa francesa en el Prado, y se atribuía a varios motivos. Uno de ellos, el haber salido para la Andalucía, Valencia y Santander diferentes cuerpos de tropa, según se decía. En la tarde de este día, a las siete, siendo innumerable el gentío en las calles y paseos, empezó toda la gente a correr por todas partes, huyendo y gritando algunos que venían degollando los franceses. Es inexplicable el aturdimiento y agitación con que de todas partes se veían bandadas de gente correr. Los franceses acudieron a las armas y permanecieron armados; todos dudaban, todos se preguntaban y nadie sabía nada, y así se desvaneció por sí mismo todo, pues, efectivamente, no hubo nada que lo motivase más que caer un francés con su caballo desbocado y disparársele una pistola junto a la Plaza Mayor. Hubo muchos accidentes<sup>58</sup> en las señoras y grandes sustos, porque todos creyeron justificadas las voces que habían corrido, y que era motín. Mas esto sucedió a la misma hora en todo Madrid, y se sospechaba que algunos franceses, deseando un saqueo, habían pagado gentes que en todas partes gritasen a una misma hora para que, viniendo a parar en quimeras, consiguiesen su designio. Por fortuna, nada sucedió: la gente estaba ya en tal disposición que de todo recelaba en punto a los franceses.

El lunes siguiente corrían voces que daban esperanzas de composición favorable, pues se decía que los diputados de Galicia y Asturias, que hacía ya unos ocho días que estaban en Madrid reclamando a su Príncipe jurado, Fernando, apuraban demasiado y hacían la cosa demasiado seria; y que por el Príncipe Murat se les había respondido que pasasen a Bayona, y que el emperador les satisfaría; mas que ellos repusieron que en aquella ciudad nada tenían que hacer, que su Príncipe se había jurado en Madrid y que aquí le reclamaban. Decíase que en aquellas provincias había dinero, armas y cincuenta mil hombres para la demanda. Añadíase

58. Indisposiciones que sobrevienen repentinamente y privan de sentido, de movimiento o de ambas cosas.

que habían mudado de aspecto las cosas, y que el Príncipe Murat estaba desconfiado. Corría la noticia también de que en Zaragoza estaban prevenidos para recibir a los franceses; confirmábase lo de Sevilla, que en los mismos términos había sucedido en la ciudad de León muchos días antes, y este conjunto de novedades alimentaban las esperanzas que muchos tenían de que los franceses no dominarían la España, aunque estaban en entera posesión de Madrid.

El martes siguiente se supo en Madrid que ya no quedaba en Bayona ninguna persona real de España, que todos habían salido para el centro de la Francia, y así se publicó en el *Diario*; y el mismo día se supo también que no habían salido tropas francesas para ninguna provincia, y que la revista del domingo se suspendió por otros motivos. Y algunos aseguraban que Murat había sabido que le iban a matar en ella y a cerrar con<sup>59</sup> todos los franceses las tropas extranjeras de su ejército, pues había italianos, alemanes, prusianos, polacos, y todos estaban disgustadísimos y habían tenido algunos choques en los campamentos con los franceses, que escasamente serían la mitad del ejército, con los cuales la refriega del 2 de mayo, algunas que había habido en otros pueblos y los muertos por enfermedad, que habían sido muchos, había sufrido ya bastante pérdida.

El miércoles se publicó, de orden del Consejo, una cédula que contenía la renuncia de la Corona de España e Indias, hecha por Carlos IV en Bonaparte en la ciudad de Bayona, y otra carta fecha en Burdeos del Príncipe de Asturias y los infantes don Carlos y don Antonio a todos los españoles, en que renunciaban a todos los derechos que tuviesen a la Corona de España. Les daban a todos los españoles las más expresivas gracias por el amor que les habían manifestado y les exhortaban al sosiego y a la obediencia a Napoleón, para evitar que corriesen ríos de sangre.<sup>60</sup> Esta carta arrancaba las lágrimas leyéndola. En el mismo día y el jueves siguiente se divulgó que los diputados de Asturias se habían marchado a su país y a poco después, con la misma dirección, un ministro del Consejo, un edecán de Murat y un guardia de Corps, para apaciguar la gente.

El viernes hubo cartas de Badajoz que decían que en aquella tierra todos estaban armados y haciendo ejercicios para instruirse. Las de Valencia estaban ambiguas, pero indicaban algún movimiento, y de Asturias se recibieron muchos contestes<sup>61</sup> en cuanto al levantamiento de la provincia. Pero lo que más sensación hizo a toda la gente fueron las que se recibieron de Zaragoza, que fueron muchas, y todas conformes en la noticia de que el 17, a las doce del día, una nube se levanta-

59. Trabar batalla, embestir, acometer.

60. No están.\*

61. Testigo que declara lo mismo que ha dicho otro, sin discrepar en nada.

tó sobre la plaza del Pilar, se tendió luego sobre el templo, se levantó enseguida sobre la capilla, y se desplegó en forma de una palma perfecta. Sobre ésta salieron unas cuatro palmas, todas hermosas, y encima de las puntas una gran corona que las cubría a todas, que duró cuarenta minutos y fue observado por un inmenso pueblo; que al mismo tiempo, el cura que estaba diciendo misa en la capilla y los que la estaban viendo observaron una luz extraordinaria y un olor sobrenatural y que todo el pueblo estaba lleno de regocijo y se había mandado iluminar la capilla.

En el mismo día viernes se leyó una cédula del Príncipe Murat que prevenía que para el día 15 de junio se habían de encontrar en Bayona ciento cincuenta hombres nombrados en España, de las clases del Estado, para que en asamblea tratasen con Napoleón del bien de la España<sup>62</sup>. Al día siguiente se leyó, por brigadas, a todo el cuerpo de guardias de Corps una orden del Príncipe Murat que decía que este cuerpo debía ser extinguido, según varias causas que tenía del emperador, pero que Su Alteza, teniendo en consideración los servicios y méritos de este cuerpo, les proponía que podrían pasar a servir al ejército grande francés del norte, con las mismas graduaciones, y que si no adoptaban este partido le expusiesen su determinación. Y fueron preguntados uno por uno por los jefes y, a excepción de muy pocos, todos pidieron el retiro.

El domingo no hubo revista.

El lunes las cartas de Cádiz decían que estaban a la vista más de cuarenta navíos de línea ingleses, ofreciendo extraordinario auxilio de dinero y municiones para resistirse a los franceses, y que les habían de entregar a ellos la plaza para guarnecerse, para cuya determinación les dejaban el tiempo preciso y que, pasado éste, abrasarían la ciudad. Esta intimación fue hecha en los términos ordinarios de parlamentar. Las de Málaga traían noticias de levantamientos y alborotos a la voz de “¡Viva Fernando VII!”.

El martes 24, a las nueve de la mañana, salió para El Escorial el cuerpo de guardias de Corps con todos sus jefes. Tuvieron otras dos órdenes para hacer la salida el domingo y lunes, y a la última cedieron por fin con la circunstancia de que habían de marchar con todos los jefes del cuerpo, y que de otro modo no. Y así se verificó por orden del Príncipe Murat. Sintió mucho toda la gente la salida de este lucidísimo cuerpo, que tanto se había distinguido desde el 19 de marzo, y le veía y consideraba expuesto, por lo mismo, o a una extinción total, o a alguna otra desgracia.

62. No está.\*

El correo general de este día trajo poquísimas noticias de la provincias del reino, y se extrañó bastante, mas (de) alguna que otra se dijo del reino de Galicia y que aquellos países seguían armados con el mayor vigor. También se dijo que en este mismo día habían salido tropas francesas de las inmediaciones y aun de Madrid para Cádiz. El miércoles corrieron una multitud de noticias: se aseguraba la declaración de guerra a la Francia por la Rusia y el Austria; que en Bayona había habido levantamiento y había cundido mucho tierra adentro de Francia; que el duque del Infantado había matado a Bonaparte en Bayona y que él había sido hecho pedazos en el momento mismo. Se decía que habían sido interceptados algunos correos franceses y que se encontró una carta de Bonaparte a Murat, que le decía que en cuanto a la gente y dinero que le pedía no podía enviar nada, porque se hallaba exhausto de uno y otro; que Murat estaba disgustadísimo hasta el extremo que había tratado ya de marcharse, y que no había encontrado general que se hiciese cargo del ejército; y le respondían que, en marchándose él, ellos harían lo mismo con las divisiones de su mando. Se decía que entre ellos había muchísimos disgustos, y aun se dijo también que en Palacio, donde hacía ya muchos días que vivía Murat, se habían oído gritos y ruido de espadas una noche, mas no se pudo traslucir nada.

Corría que a un coronel y muchos oficiales de su ejército los habían arcabuceado por motivos de sedición. Decíase también que en La Mancha estaban interceptados los caminos de la Andalucía, y en Sierra Morena igualmente y por mucha gente, y que no llegarían a Cádiz las tropas francesas; que era extraordinariamente numeroso el ejército armado en Galicia y Asturias, y que estas provincias habían pasado diputados a otras para explorar su voluntad. En fin, otras mil cosas se decían que alentaban las esperanzas de todos, especialmente las de los que se prestaban con más facilidad a creerlas, participando, y tomando tanto interés en todas estas cosas la tropa, que de los batallones de españoles y valones que había en Madrid, el regimiento de granaderos de Estado, el batallón que había salido de Saboya y el de voluntarios de Aragón, eran más los que habían desertado que los que habían quedado, advirtiendo que se marchaban todos con los fusiles y que todas estas deserciones eran desde que se publicó la adjudicación de la Corona por Carlos IV en Bonaparte. El cuerpo de carabineros reales hizo punta<sup>63</sup> en Burgos porque tuvo noticia de que iba a ser desarmado por el general francés que había en otra ciudad con seis mil hombres, y salió al campo con su comandante, donde

63. Se encaminó a.

esperó dos horas para que lo fuesen a desarmar, habiéndoselo enviado a decir al general francés. Mas no pareció nadie, y se marcharon sin que por entonces se supiese adónde. El cuerpo de zapadores<sup>64</sup> y minadores, que estaba en Alcalá, se marchó todo con oficiales y jefes, banderas y caja del depósito, y tampoco se sabía adónde, pero desertado.

Andaban y bullían esas noticias de boca en boca, y el viernes creció la expectación y el cuidado de todos, pues a las diez de la mañana no había llegado a Madrid ningún correo de los que entran el jueves por la noche. Por fin, a las dos ya habían venido todos con un atraso tan considerable, pero no el de Cartagena, Murcia ni Alicante. Las primeras que se repartieron fueron las de Valencia y todas contestes decían que el día 23 se había publicado allí la renuncia de la Corona en Bonaparte; que en el mismo momento se levantó toda la ciudad, hicieron quemar el decreto y todo el papel sellado que entraba a nombre de Murat, aclamando a Fernando VII con un ardor y griterío que no puede explicarse y una multitud innumerable de almas. Y en el mismo día el Capitán General y gobierno publicó un bando a nombre de Fernando VII, rey de España, para que todos se sosegasen y retirasen tranquilos a sus casas, que los designios del pueblo se llevarían adelante, que se hiciese un alistamiento forzoso desde dieciséis a cuarenta años, y que el Excmo. Sr. conde de Cerbellón se pondría a la cabeza de este ejército; y que todos llevaban ya escarapela y también los estudiantes de aquella universidad. Estaba pintada en las cartas la viveza y fogosidad de los valencianos y decían que en aquel día había en Valencia sesenta mil hombres útiles para las armas, tanto de la ciudad como de las cercanías, y todos desesperados y locos. También se recibieron cartas de Zaragoza que decían que allí todas las gentes llevaban escarapela y estaban exaltados. Por fin, en este día, las esperanzas crecieron de punto y todos esperaban grandes resultados.

El sábado en la noche se oyó por mucho tiempo gran tiroteo en el campamento de la Casa del Campo, y era porque –como ya se ha dicho– había en el ejército francés muchos partidos, y tenían frecuentes choques unos contra otros; y así es que en la misma noche hubo el propio suceso en los campamentos del Pardo y Chamartín, según se dijo después; y se añadía que los polacos, alemanes e italianos habían arrollado a los franceses y se habían situado con cañones en el monte del Cristo del Pardo. Corría por muy seguro que estos mismos iban a proclamar en Madrid el lunes siguiente, día de su santo, a Fernando VII y que iba a

64. Pérez siempre escribe “zapadores”.



haber gran pelea con los franceses. Decíase que los polacos (que era un cuerpo de nobles muy distinguido) habían jurado vengar a su general, que había sido muerto por descubrirle una insurrección contra Murat y las tropas francesas.

Corría de boca en boca que la Chancillería de Valladolid había negado la obediencia al Consejo de Castilla, declarándose el primer tribunal de la nación porque el Consejo procedía forzado en todo, por estar rodeado de un ejército francés; que el Capitán General de Castilla la Vieja, don Gregorio de la Cuesta, había cortado los caminos de Madrid a Francia por Valladolid y Somosierra, y se vio la proclama impresa de Cuesta en Madrid, y algunas cartas que hablaban de estos particulares, diciendo que el general hacía mucha gente y tenía armas y municiones.

El domingo no hubo en Madrid la menor novedad, pero se decía que iban a batallar en el ejército francés los de un partido y otro, aunque se daba por más seguro para el día siguiente; pero amaneció el lunes y fue un día de desaliento y de tristeza porque traía memorias melancólicas consigo, representando a los españoles a su Fernando, que tanto querían, y el júbilo que reinaría en Madrid y en toda España en este día si su rey hubiera estado en la Corte, en pacífica posesión de todos sus dominios. En el correo de Andalucía que se recibió este mismo día se vio que la Andalucía estaba sosegada toda, sin el menor armamento, y corrió la voz de que nueve o diez mil franceses habían pasado ya La Carolina, con dirección a Sevilla y Cádiz, sin encontrar el menor obstáculo, y esto desalentó sobremanera a la gente. No faltaba también quien decía que era incierto lo de Cuesta y la Chancillería, y que en Valencia también había usado el gobierno del ardid de publicar el bando que se ha dicho para sosegar el alboroto. En fin, era todo una verdadera confusión, y no sabían las gentes en Madrid qué creerse, qué juicio formar de las cosas.

El martes 31 de mayo no vinieron los correos de Asturias, Galicia, Valencia ni Cartagena, advirtiendo que éste último llevaba ya dos faltas. Ésta, a la verdad, era una novedad de suma importancia, y un indicio de que en aquellas provincias nada había de sosiego. Las cartas de Aragón que se recibieron este día referían todas que en Zaragoza hubo tumulto tan general que allanaron la casa del Capitán General, le pidieron armas para armarse todos contra los franceses y, habiendo procurado sosegarles, le condujeron al castillo, sacaron cañones y fusiles, se armaron, nombraron su general a don José de Rebolledo Palafox y Melci, exento de Reales Guardias de Corps, que se hallaba en aquella ciudad, quien lo rehusó cuanto pudo al principio, haciéndoles ver que los hombres, y mucho más los de su

clase, han de seguir con honor cuando contraen algún empeño. Todos le aclamaron su general, jurando defender la religión y la patria, hasta morir peleando contra los franceses. Admitió por fin el mando y título de jefe de lo militar y lo político del reino de Aragón, y publicó un bando impreso, que también se leyó en Madrid, en el cual se establecía en siete u ocho capítulos el modo de armarse, de adiestrarse y mantenerse,<sup>65</sup> con las penas correspondientes, creando una Junta y declarando el reino de Aragón una provincia puramente militar, que no obedecía ninguna dominación extranjera; y decían las cartas que era innumerable la gente que acudía de los lugares<sup>66</sup> a la ciudad a tomar armas.

### [*Mes de junio*]

El miércoles 1 de junio entró un correo, y era el de Alicante, que hacía dos semanas que faltaba. Repartiéronse las cartas, que traían al mismo tiempo noticias de Cartagena y Murcia, y era tal el ardor y entusiasmo de estos pueblos que todos traían escarapelas, hasta los obispos, y se estaban alistando desde la edad de quince hasta cuarenta años, habiendo jurado todos morir por la religión y por Fernando VII, quien fue proclamado al estruendo de la artillería, de las campanas y griterío de las gentes, y quemaron, como en Zaragoza, el papel sellado de Murat y todos sus decretos, abominando de su nombre.<sup>67</sup> En este mismo día se publicó por el Consejo una proclama de Napoleón en que seguían las ofertas más lisonjeras, y decía que, después de celebrado el Consejo en Bayona, y sosegado todo, pondría la gloriosa Corona de las Españas “en otro YO mismo” —así decía—, y el Consejo la mandó publicar y observar.<sup>68</sup> Decíase que fue amenazado y que a la fuerza la hizo circular. También había en Madrid copias de la proclama que había hecho a su cuerpo y gente que se agregó el sargento mayor de los zapadores, la cual estaba muy enérgica para enseñar a todos a vengarse de los franceses, a quienes designaba con los nombres y epítetos más horribles e infames. El referido sargento mayor iba de jefe, porque el coronel estaba en Madrid y no había salido con el cuerpo.

Salió en uno de estos días un oficial con un pliego que contenía el indulto para todos expedido por Murat, y los encontró hacia Cuenca en una posición militar con sus avanzados, gran guardia, etc. Leyóse el pliego, pero le despacharon

65. En el sentido de defender una posición.

66. Población pequeña.

67. Ha olvidado a esta guerra al hablar de Valencia, no de Zaragoza.

68. No está. ★

mal y se volvió a la Corte. También salió de Madrid un hermano de don José de Rebolledo Palafox y Melci, con el indulto para su hermano y con comisión para que todo se sosegase. De quien se sospechaba que ya era del partido de los franceses, era del Capitán General de los cuatro reinos de Andalucía, marqués del Socorro, de quien hacía ya tiempo se dijo que tenía reunido un ejército numeroso en Extremadura para obrar contra los franceses, y era entonces la principal esperanza de la gente. Mas ahora, como no había noticia de armamento alguno en Andalucía, como caminaba la tropa francesa a aquel país y no en gran número, y se decía también que el general Solano (que es el dicho marqués) se hallaba ya en Cádiz, todos le tenían ya en Madrid por sospechoso. Y faltaba, y era indispensable para completar el cimiento de la esperanza de la gente toda, que las Andalucías eligiesen y siguiesen el ejemplo de las demás provincias, cuando el jueves siguiente, 2 de junio, faltó por primera vez el correo de Cádiz, Sevilla y Córdoba, y sólo vino de Granada, cuyas cartas anunciaban buenas esperanzas y decían que habían llegado a aquella ciudad diputados de Valencia y Cartagena.

Fue un día por extremo lisonjero éste en Madrid, porque la falta de dicho correo convenía a todos de que ya había en aquellos países novedades de consideración, y corría la voz de que la vanguardia francesa, en número de dos mil hombres, había sido destruida toda; y que enviaron dos o tres soldados al general en jefe para que le dijese que enviara otros, cuyo suceso había ocurrido en Sierra Morena. También se decía en este día que al general Solano lo habían muerto en tumulto y habían nombrado a un oficial llamado Echevarría (vizcaíno), que tenía opinión de valiente y estaba encargado de la persecución de malhechores en la Andalucía. Se referían grandes cosas de Aragón y Valencia, y de algunas otras provincias, y andaban bullendo esas noticias de boca en boca, pero siempre con reserva, porque en Madrid desde el 19 de marzo no habían cesado las patrullas de día y noche y había, además, innumerables espías.

Contábase una cosa muy particular de Aragón y era que había llegado un correo francés con un pliego de Napoleón para el Capitán General de aquel reino, a tiempo que ya lo era Palafox, quien abrió el pliego, y vio que contenía la orden de que le cortasen a él la cabeza. Es de advertir que Palafox se había fugado de Bayona y supo Bonaparte que había ido a Aragón. Decíase también que el conde de Montarco, hombre de mucho concepto, había sido nombrado para ir a persuadir al general de Castilla la Vieja, Cuesta, a que desarmase y sosegase todo. También

se daba por muy seguro que en Asturias habían muerto por traidores al capitán General y otro personaje. Decíanse buenas noticias del Austria, acerca de que había declarado guerra a Bonaparte, y que había empezado con gran ejército las hostilidades. También se tenían esperanzas de que la Rusia se movía contra Francia, y la gente esperaba con impaciencia los resultados de tan grandes principios.

El Príncipe Murat, por estos días, había estado muy malo, tanto que algunos creyeron su muerte, pero, aun antes de enfermar, ya no salía ni se le veía en las calles y paseos, por manera que Madrid no presentaba otra cosa que un aspecto de terror. El viernes siguiente faltaron los correos de Murcia, Cartagena y Valencia, Asturias y Galicia, pero todos los demás vinieron. Las cartas de Valladolid referían que allí había habido tumulto, que habían nombrado general a su gusto, y que se estaban alistando todos desde diecisiete a cuarenta años. Las de Aragón no decían sino que no podían comunicar noticias porque se había prohibido por el general, bajo pena de la vida. Las de Extremadura, que se estaban alistando todos y que en un tumulto había sido muerto a puñaladas y arrastrado a la cola de un caballo en Badajoz el Capitán General de aquella provincia, conde de Torrefresno, porque al tiempo del alboroto entró un correo que iba a Lisboa, y llevaba una carta del general en jefe del ejército francés de Portugal para el referido Torrefresno, prometiéndole seis mil hombres de socorro, que en breve llegarían a Badajoz.

En este propio día andaba la voz en Madrid de que se había establecido nuevamente la comisión militar francesa, cuya idea estremece, y aterraba a la gente recordar los atroces castigos del día 2 de mayo. Corrió también la voz de que al día siguiente salía una división de doce mil franceses con la poquísima tropa española que había en Madrid y que iba a Valencia, según unos, y, según otros, contra los zapadores que estaban en Cuenca, y habían hecho ya mucha gente. Hubo muchísimos desertores en este día en Madrid, de un batallón de guardias valonas y del regimiento de Estado, los cuales se marchaban a docenas por no ir con los franceses, y se dirigían todos a Aragón y Valencia a tomar partido. Y también bastantes desertores del ejército francés, el cual iba disminuyendo en Madrid y sus cercanías. Salió, en efecto, el sábado bastante tropa francesa de Madrid, y la española desertó casi toda, dirigiéndose adonde se ha dicho, y hubo cuerpo de guardia adonde no quedó más que el centinela.

Se leyó en estos días un bando de Aragón en que hacía responsables de Fernando VII las cabezas de Bonaparte, Josefina y duque de Berg, declaraba trai-

dores a todos los españoles que no proclamasen a Fernando VII y a los que asistiesen al Congreso de Bayona, a los cuales se les confiscarían todos sus bienes para gastos de ejército. Decía que sería pasado a cuchillo el ejército francés si cometía la menor hostilidad contra Madrid u otro pueblo, y añadía que aquel reino había enviado diputados a Londres. También andaba por Madrid impresa una carta que Fernando VII había enviado a los asturianos, muy sencilla y muy tierna, y la declaración de guerra a la Francia por aquella provincia, la cual estaba sencilla, tierna y sumamente enérgica.

Sabíase que en Sevilla habían cortado la cabeza, y paseádola por el pueblo, al conde de Aguilar, por haber comunicado al general francés las disposiciones que se tomaban allí para atacarle y destruirle. El domingo se publicó una circular del Consejo exhortando a la quietud en todas las provincias de España y pintando a los españoles la suma felicidad que se les preparaba si se mantenían sosegados y no daban oído a las sugerencias de los malvados y a los alucinados por un celo indiscreto; y rogaban desde el Tribunal y la Suprema Junta de Gobierno al gran duque Murat suspendiese la marcha de sus tropas a las provincias sublevadas, las mirase con compasión y no alzase contra ellas el brazo de su venganza, confiando que ellas mismas se sosegarían en oyendo las razones de los supremos magistrados de la nación.<sup>69</sup>

El lunes hubo muy poco correo de Andalucía y se dijo que en Granada habían quitado la vida al mariscal de campo Trujillo, cuñado del Príncipe de la Paz. Hablábese mucho de que las provincias habían movido ya a su gente, que era muchísima, y que había ejército asturiano y castellano cerca de Madrid; y también que venía ejército valenciano y murciano, como igualmente ejército andaluz muy numeroso, que traía por general a Echevarría. En este mismo día, lunes, se advirtió una novedad muy notable, y fue que los franceses estaban haciendo explanadas, reductos y respaldones<sup>70</sup> en el Retiro, desde la subida del Prado hasta el interior, tirando líneas y trabajando con mucha actividad, colocando cañones, lo que puso en expectación a toda la gente, y con cuyas novedades, persuadiéndose que en Madrid podrían ser atacados por las provincias los franceses, estaba ya sobresaltado el vecindario —especialmente las mujeres—, que, de hombres, había innumerables, a pesar de la mortandad que podría haber, que lo estaban deseando con tanta ansia que no puede explicarse.

El martes siguiente no vino correo de Valencia, de Murcia, Cartagena, Cataluña, Asturias, ni parte de Galicia, y sólo vino completo de Extremadura y

69. No está.\*

70. El reducto es la construcción militar cerrada y con parapetos.

Respaldones son las murallas que contienen el empuje del enemigo.

una parte de alguna otra provincia. De Badajoz decían las cartas que se había presentado allí el Asistente de Sevilla en comisión del coronel don Vicente Ore, con una elegante proclama para armar toda la provincia, después que ya dejaba sobre las armas el reino de Sevilla. Algo indicaban aquellas cartas de alborotos en Portugal también contra los franceses. De Castilla se recibieron cartas de que todo estaba sublevado, y detenían los correos franceses cortándoles toda comunicación; que se hallaban asturianos en gran número ya en Ríoseco y aun que las tropas de Santander y sus montañas habían tenido choque con franceses. De Alicante decían las cartas con fecha del 4 que habían salido ya para Almansa gran número de hombres de todos aquellos pueblos y de todo el partido de Cartagena y Murcia, a reunirse allí todos con el ejército valenciano; y que allí se dividiría el todo en dos partes, dirigiéndose la una a Barcelona y la otra a Madrid. Leyéronse cartas de Galicia, que aseguraban que llegaban a cien mil hombres armados en solo aquel reino.

De modo que ya en Madrid se creía que antes de ocho días se habrían presentado ejércitos de las provincias, todos armados con el mayor furor y entusiasmo a la voz de “¡Viva Fernando VII!” y deseando ardientemente vengar las atrocidades cometidas en Madrid por los franceses el día 2 de mayo. Había muchos que aseguraban que la división de Dupont que marchó a Andalucía, toda había sido destruida. Hablábase en este día de que en Segovia había combate contra una división francesa que iba para hacerse cargo de la artillería, y se amotinó el pueblo y los artilleros contra ellos, y aun se añadía que ya teníamos avanzadas y cañones en Guadarrama y Somosierra. Se ha olvidado decir que las cartas de Alicante referían también que a algunos sujetos de suposición<sup>71</sup> les habían quitado la vida por encontrarles correspondencia sospechosa.

Asegurábase también la muerte del general Solano, del modo más horroroso, sacándole vivo el corazón por las espaldas, porque entre los medios que tomó para pacificar a Cádiz y todo el reino, para que entrasen a tomar posesión los franceses que caminaban allá, estando ya vendido y ganado infamemente al gobierno francés por el oro y las dignidades, fue el ahorcar dos comerciantes de Cádiz, que amanecieron colgados una mañana por gente opuesta al partido francés. En fin, toda España, todos los pueblos, toda la gente ardía en deseos de venganza, y las proclamas que los generales publicaban y luego se extendían, valientes, enérgicas, nobles, aumentaban el entusiasmo y el furor en el corazón de todos los españoles.

71. Autoridad, distinción, lustre.

Cotéjese todo esto que pasaba en el mismo martes, 8 de junio, en que la *Gaceta de Madrid* del mismo día decía que José Napoleón I, Rey de Nápoles, se hallaba ya en Bayona, y vendría sin detención a Madrid a coronarse rey de España y de las Indias, a instancias del Supremo Consejo de Castilla y de la Junta Suprema de Gobierno, y a gusto y beneplácito de todo el pueblo de Madrid, dándose al mismo tiempo las órdenes para preparar al instante las funciones reales. Y, cotejando todo esto, infiérase cuál sería el estado de duda, de esperanza y de agitación en que estaría toda la gente de la Corte.

El miércoles se repartieron cartas de Aragón y con ellas algunos bandos del Gobierno de aquel reino, dirigidos todos a los objetos indicados, y también incluían otros del gobierno de Valencia; y en éstos, y en todos los papeles impresos de toda España, se le llamaba a Bonaparte traidor, tirano, pérfido y otros nombres aplicables sólo a los bandidos, y se aseguraba que ya estaban las avanzadas del ejército de Aragón en Torija, a trece leguas de Madrid. Decíase también que había venido un diputado a los gremios pidiendo que se alistase<sup>72</sup> cuarenta mil raciones completas para el ejército español en el término de tres días. Asegurábase que el general Cuesta había remitido una carta al Príncipe Murat que decía que la procesión del día del Corpus había de ser más solemne y más regia que nunca lo había sido en Madrid, para cuyo efecto dispusiese que ningún oficial ni soldado estuviese aquel día dentro de la población, sino en los campamentos; porque, irremisiblemente, sería pasado a cuchillo cualquiera que se encontrase, pues aquel día pensaba tender su ejército en las calles de Madrid, en número de veinte mil infantes y diez mil caballos.

Pero en lo que estaban conformes muchas cartas y relaciones era en la victoria completa conseguida en Segovia por los españoles sobre una división de cuatro o cinco mil franceses que fueron a apoderarse de la artillería y quedaron todos muertos o prisioneros, sin haber más tropa en Segovia que los artilleros y los nuevos cadetes de la escuela, sino todo el pueblo amotinado. Pero se dijo que la victoria andaba muy incierta cuando, al mismo tiempo de la acción, llegó un refuerzo de cuatro a seis mil hombres, enviados por el general Cuesta, que le había prometido dos o tres días antes, cuando envió aviso a dicha ciudad de que no entregasen la artillería si los franceses acudían a por ella. Añadíase también que había ido otra división de cuatro mil franceses con el mismo empeño, que habían salido de El Escorial y campamentos, por manera que ya se veía por Madrid poca tropa francesa y, no obstante, seguían fortificándose en el Retiro.

72. Que se dispusieran.

El jueves<sup>73</sup> no vino correo de Andalucía, pero a las cinco de la tarde entró uno con poquísimas cartas de Extremadura y algunas de Andalucía. Decía una de Córdoba que todo el ejército de Dupont había sido destruido en Sierra Morena, quedando prisioneros los no muertos, incluso el general, y que sólo había algunos soldados dispersos que pedían limosna. El rumor de esta noticia había ya algunos días que andaba en Madrid. Divulgóse también en este día, y corrió con rapidez, que todo el campamento francés de Portugal había sido muerto sin quedar un soldado, a costa de mucha sangre española, y que ya se había afirmado dos días antes que la ciudadela de Pamplona había sido también tomada por los españoles a los franceses, a costa de dos mil quinientos riojanos. Asegurábase también la toma del castillo de Pancorbo.

Corrió en este mismo día que Murat estaba preso por los guardias de Corps y caballeros polacos que le habían cogido a ocho leguas de Madrid, que iba con el duque de Frías, a pretexto de que iba al Congreso de Bayona. Así lo contaban unos, y otros decían que los generales de su ejército le habían arrestado porque estaba determinado a marcharse y dejar el ejército. Andaba de boca en boca que ya se habían visto algunas partidas de andaluces en Madrid, y que los ejércitos de las provincias estaban muy cerca, y por algunos se dijo que ya habían pedido capitulación, o estaban determinados a ello, los jefes del ejército que se hallaban en Madrid. De modo que, con este laberinto de noticias, estaba muy animosa la gente de Madrid, respiraba con más libertad y creía muy próximo el día de vengar con sangre a los inocentes arcabuceados del día 2 de mayo.

Pero el viernes siguiente se desconsoló toda la gente hasta un punto inexplicable con la noticia que corrió de que los franceses estaban en Segovia, en donde no encontraron resistencia alguna, sino unos pocos paisanos inquietos, que muy luego se sosegaron, habiendo sido castigados los motores; cuya noticia, que referían algunas cartas de aquella ciudad que habían visto algunos —según decían—, estaba corroborada en el *Diario* de Madrid de este día, que la traía del modo que queda dicho. Muchas gentes había en Madrid que no daban crédito al *Diario* ni a dichas cartas, porque aseguraban haber visto otras y aun hablado a personas que aseguraban la derrota de los franceses en la referida ciudad, afirmando que habían oído a gentes que la habían presenciado. Y fundaban estos su opinión y su incredulidad respecto del *Diario* en los embustes que habían visto en él desde el 2 de mayo, y en que el gobierno no podía publicar ninguna noticia desagradable a los

73. En el margen derecho, con letra del siglo XX y a lápiz, está escrito “9 junio”, aunque en realidad era el 10.



franceses, y las que estos daban no merecían crédito alguno. A las once de este mismo día se movió un alboroto muy grande en que corrían las gentes a bandadas, diciendo que entraba ejército español en Madrid y, no habiendo salido cierto, se aumentó el desconsuelo y desconfianza que infundieron las noticias de Segovia. La tropa francesa se puso toda en movimiento al tiempo del alboroto y tomó las armas.

Faltaron bastantes correos en este día, pero vino la mala<sup>74</sup> de Francia que trajo cartas de Bayona, y decían que Bonaparte había enviado diputados españoles a Aragón y Valencia para que se sosegasen aquellas provincias. Era grande el disgusto de toda la gente, tanto que dieron poco crédito a una carta de Cuesta, que se decía copiada de la original, en que decía al gran duque de Berg que tratase de capitular, o se dispusiese a resistir la fuerza con la fuerza, cuya copia la traían algunos con reserva. También dijeron en este día que la ciudadela de Barcelona y castillo de Montjuïc había sido tomado por los españoles, matando a todos los franceses, con pérdida de diecisiete mil catalanes.

Leyóse alguna carta que aseguraba que se habían presentado los franceses en Valladolid y que habían sido derrotados completamente, muriendo cinco mil españoles. Mas la gente estaba ya muy dudosa y desconfiaba de las noticias, viendo que se desmentían algunas que se habían afirmado mucho, como lo que se dijo de Bonaparte y el duque del Infantado, sucedido en Bayona; el gran ejército que venía, según afirmaban al principio; el general Solano para obrar contra los franceses; y lo mismo el Conde de Torrefresno, la toma de Montjuïc y ciudadela de Barcelona, que se supuso muchos días antes, con pérdida de ocho mil catalanes; la prisión de Murat, que se dijo estos días y no se confirmaba; el suceso mismo de Segovia, que todavía estaba en disputa en Madrid, no habiendo más que catorce leguas; y la entrada de los ejércitos de las provincias en Madrid, que se aseguraba para antes del Corpus, no habiendo ni señales de ellos tres días antes. Estaba, pues, la gente muy desalentada ya, sin embargo de que se sabía que el *Diario* mentía mucho, y que había innumerables espías pagados por los franceses que, necesariamente, habían de hablar a su favor, además de que el mismo Gobierno, atendido el estado de las cosas, y lo que podía temer de las provincias, se infería de que debía interesarse ya por la dominación francesa.

Díjose también que se habían visto cartas del extremo de La Mancha, que referían los muchos destrozos hechos en Valdepeñas y otros pueblos por algunas

74. Correo ordinario de Francia y de Inglaterra.

cuadrillas de franceses; de que se infería quedarían dispersados en la derrota de Sierra Morena, y así lo aseguraban algunos, hasta afirmar que las cercanías de Santa Cruz estaban infestadas de cadáveres, mientras que no faltaba quien decía haber visto carta de Córdoba que refería estar Dupont con su división en aquella ciudad, sin haber encontrado oposición.

El domingo no pasaron revista sino cuatro mil seiscientos franceses, y en el mismo día se publicó *Gaceta* extraordinaria que contenía varios discursos hechos en Bayona al Rey de España, José Napoleón, por varias diputaciones españolas, y que S. M vendría pronto a Madrid. Toda la escena se cambió el lunes con las cartas que se recibieron de Andalucía, esto es, por la carrera de Granada, Andújar y La Mancha, que hablaban de la completa destrucción del ejército de Dupont, excepto los que escaparon de la retaguardia, que fueron acabados también en La Mancha, después que habían hecho bastantes estragos. El correo de Sevilla y Córdoba y Cádiz no vino, y llevaba ya muchas faltas. Decíase que la pérdida de los españoles había sido corta, por la grandísima ventaja de las personas, y estas buenas noticias, con las que se tuvieron el martes, volvieron a animar a los habitantes de Madrid.

No vino el martes más correo que el de Extremadura y Asturias y la mala de Francia. El de Asturias trajo noticia de haber empezado a salir ya los tercios de tropas del Principado hacia León, a unirse con las de este reino y las de Castilla La Vieja; y las de Badajoz y Cáceres hablaban del armamento extraordinario de aquella provincia, así de infantes como de caballos. Con un entusiasmo indecible, decían también que eran muchos los españoles que habían desertado del ejército que había en Portugal, a la fama del levantamiento contra los franceses, y añadían que venían también muchísimos portugueses. Hablaban de mucho dinero cogido a los franceses de Portugal, remitido desde Madrid, y que desertaban también muchos franceses. Todo este armamento, y cuanto se hacía en dicha provincia, era bajo las órdenes de la Junta de Gobierno de la ciudad de Sevilla. Decíase que los franceses iban a atacar a Aragón por tres puntos, y también se fortificaban en Madrid, continuando los trabajos de baterías, fosas, estacadas, desde la subida del Prado por San Jerónimo hacia dentro del Retiro, y haciendo una provisión inmensa de víveres.

Asegurábase en este día que habían quitado la vida en Valladolid al comandante de la Artillería de Segovia, que se llamaba Ceballos, por haberse fugado cuando entraban los franceses, y que estaba puesta la horca para ahorcar a los ofi-

ciales que hicieron lo mismo, luego que los hallasen. Asegurábase que el general Cuesta había ido a Zamora para apoderarse de la artillería, y que había puesto su cuartel general en Rueda antes que fuesen los franceses. En fin, teníanse noticias de que toda España estaba en movimiento con el mayor ardor.

El ejército francés, que en número de cien mil hombres había entrado en España desde un principio, tenía en Portugal treinta mil, quince mil en Cataluña, y los cincuenta y cinco mil restantes a las órdenes del gran duque Murat desde la entrada de La Raya<sup>75</sup> hasta Madrid; de los cuales, sin hacer mención de los de Portugal y Cataluña, prudentemente debía rebajarse hasta el día la división de Dupont, cortada y destruida en la entrada de Andalucía —según afirmaban todas las noticias— y se componía de doce mil hombres; y más de diez mil perdidos desde su entrada en España, por enfermedad natural, desertión y el ataque en Madrid el día 2 de mayo. Por manera que quedarían al mando del gran duque unos treinta y tres mil hombres y, descontando lo menos diez mil que no podían abandonar a Madrid y sus cercanías, quedarían para obrar contra Aragón y demás provincias sublevadas veintitrés mil hombres o poco más. Al mismo tiempo que consistía el armamento de Aragón solo en sesenta mil hombres, con un tren formidable de artillería y que tendría probablemente antes de un mes más de cien mil de otras provincias contiguas, que ya estaban armadas, dejando aparte las provincias distantes. De modo que se creía en Madrid que para dentro del término de un mes ya habría en España cuatrocientos mil hombres sobre las armas, de los cuales habría en la raya de Francia más de doscientos mil, después de tener destruido y cortado el ejército del gran duque, y sin poder todavía haber venido refuerzos de mucha consideración enviados por Bonaparte, porque tenían sus ejércitos a mucha distancia de la misma Francia, en los países que tenían subyugados.

Esos cálculos, fundados en todas las noticias que se tenían, así de dentro del reino como de fuera, daban las mayores esperanzas a todos los españoles y, singularmente, a los habitantes de Madrid, cuyo pueblo realmente era un pueblo sitiado. De donde menos noticia se tenía y había más misterio era de los reinos de Valencia y Murcia, pero decíase también que el ardor para armarse había tocado en locura, y que el primero ponía cincuenta mil y el segundo cuarenta mil hombres sobre las armas. Que en ellos, como en toda la costa de España, se tenía comercio abierto con los ingleses, y que en todas las provincias de la costa habían hecho treguas con ellos. Los ingleses eran los mayores enemigos de la Francia:

75. Por antonomasia, La Raya es la frontera entre España y Portugal, y los territorios cercanos a ella —*A Raia* en portugués—, aunque era denominación que servía para significar cualquier límite fronterizo.

catorce años hacía que estaban en guerra sangrientísima, y estas dos naciones recordaban la antigua lucha de Cartago y Roma, con la diferencia de que Cartago no llegó nunca al grado de poder que ahora tenía la Inglaterra, y que Roma le tuvo mucho mayor que ahora le tenía la Francia. Es excusado, por supuesto, decir que el poder de la Inglaterra era en los mares y el de la Francia en el continente.

Uno de los medios que tomaron las Juntas de Gobierno de las provincias fue publicar gacetas ministeriales que desacreditaban cuanto se imprimía en Madrid y todas las operaciones de los franceses, con las razones más sólidas, enérgicas y precisas, y todos estos papeles circulaban por toda la nación. El miércoles se publicó *Gaceta* extraordinaria que contenía la aceptación de la Corona hecha en Bayona por José Napoleón y mil promesas de hacer feliz a la nación española, y luego seguía una larga carta, firmada por los españoles que se hallaban en Bayona, con destino al congreso, dirigida a toda la España, exhortando a todos sus compatriotas y hermanos a que se sosegasen, se adhiriesen de corazón al nuevo gobierno y esperasen de él con seguridad la felicidad de toda la nación, con infinitas reflexiones sobre los terribles males que amenazaban del irresistible poder del invicto Napoleón, si todos los españoles no se tranquilizaban y eran dóciles a sus disposiciones. Entre los firmados que decía la *Gaceta* estaba también el duque del Infantado.

El *Diario* de este día contenía también todo lo que decía la *Gaceta*, y refería además tres choques en que los franceses habían hecho desaparecer casi repentinamente a una multitud de sediciosos alucinados, a quienes llamaban enemigos de Francia y España, y que habían muerto a algunos para el escarmiento. Decía que el un choque había sido en la entrada de Andalucía, el otro en Valladolid y otro en Tudela de Navarra. Así, en este tono y con esta indiferencia, lo refería el *Diario*, siendo contrarias las noticias que en Madrid se tenían, especialmente de Andalucía.

También en este mismo día se publicó en Madrid un estado que contenía una instrucción para el uso y cambio de la moneda francesa. El jueves faltó, como siempre, el correo de Sevilla y Cádiz, y vino el de Granada y Andújar y La Mancha. Las cartas de Granada referían, con fecha del 11, que los franceses habían entrado en Córdoba en bastante número, y añadían al mismo tiempo que se tranquilizase la gente en Madrid, que pronto se daría fin de ellos, pues se habían tomado todas las disposiciones. Y las cartas de La Mancha, de fecha de 13, traían la completa derrota de aquel ejército y referían menudamente algunas particularidades, que ya se han mencionado, acerca de los destrozos que hicieron en Valdepeñas los dispersados,

que ya estaban asegurados. De Cartagena se aseguraba que hasta las mujeres habían publicado su proclama, recordando las ilustres mujeres que en diversas circunstancias habían hecho esfuerzos de valor por su patria. La proclama de Galicia era una de las más enérgicas. Los correos que atravesaban todas las provincias y llegaban a Madrid referían asombrados el movimiento y el ardor que había en toda España y en toda ella se tenía ésta por una guerra de religión, como particularmente lo decía, con los términos más fuertes, la proclama de Galicia.

No hubo en Madrid este día la célebre procesión del Corpus, ni ninguna señal de tropa española. El viernes siguiente, 17 de junio, faltaron los mismos correos, que ya llevaban muchas faltas, pero, ¡qué noticias tan contrarias corrieron este día! Se dijo por algunos que ya estaban en Sevilla los franceses, que también estaban en Zaragoza, habiendo arrollado a los aragoneses, y que habían ganado batalla a la entrada de Valladolid, en que habían hecho huir a los castellanos; mientras que otros aseguraban las resultas más lisonjeras en todas partes para los españoles, por manera que en Madrid la gente naufragaba en un golfo de confusiones, y ni aun las que referían algunas cartas lograban el crédito de positivas, pues de los mismos pueblos se leían otras que referían lo contrario; y tal era el embrollo continuo y lo que en Madrid se fingía<sup>76</sup> en esa época.

El sábado, por el contrario, fue un día de alegría. Noticias excelentes de todas partes y, a la derrota que se aseguraba habían tenido en Portugal y Andalucía, añadían la de estar prisionera en Cádiz la escuadra francesa que había en aquel puerto, compuesta de cinco navíos y otras tantas fragatas, y otra escuadra de la misma nación, de diez navíos y algunas fragatas y bergantines, que entraron en dicho puerto con tropas de desembarco, con la seguridad de que entraban en un puerto amigo, habiéndose separado maliciosamente la escuadra inglesa, por acuerdo que hizo un parlamentario con el gobernador de Cádiz, que lo era el Excmo. Sr. don Tomás de Morla, teniente general, por efecto todo del aviso que dio un barco inglés de los que andaban haciendo el crucero, así que divisó dicha escuadra; la cual, luego que estuvo dentro del puerto, se encontró con la intimación de que estaba prisionera y, rodeada por la escuadra inglesa, no tuvo más medio que entregarse.

Asegurábase también que el general Cuesta, con tropa y gente de León y Asturias, y la que retiró de Valladolid el día que con efecto entraron los franceses, cargó sobre ellos el día 15 y los destruyó, quedando por suya la ciudad.

76. Es decir, lo que se daba a entender sin ser cierto o saberlo con certeza.

El domingo no hubo la revista acostumbrada; permanecieron las mismas noticias y, por añadidura, se dijo que salían de Madrid y los campamentos y de Toledo hasta ocho mil hombres para Andalucía. La gente se alegraba de esta noticia porque los contaba ya derrotados y, con efecto, se vieron salir bastantes carros por la Puerta de Atocha con equipajes. Quedaban ya en Madrid muy pocas tropas, pero se hacían fuertes en el Retiro, en donde continuaban los trabajos de trincheras, fosas y estacadas, encerrando continuamente víveres y municiones

El lunes vino correo de Granada y Andujar, y referían las cartas que el general Dupont había entrado en Córdoba después de la derrota que sufrió en Bailén y en la cuesta de Despeñaperros y puente de Alcolea; y aun se decía en Madrid que fue recibido con aceite hirviendo y agua, barreños y piedras que les tiraban de todas partes, y que había hecho saqueo por dos horas y fusilado algunas gentes. Las cartas añadían también que a seis leguas, o poco más allá de Córdoba, había veinticinco mil españoles de tropa, con ciento cincuenta mil ingleses que habían desembarcado y llevaban escarapela encarnada. Y al mismo tiempo corrían malas voces de Aragón, pero continuaba la noticia de la restauración del reino de Portugal y la presa de la segunda escuadra francesa en Cádiz.

El martes solo vinieron algunas cartas de Castilla y La Mancha y la mala de Francia, y faltaron todos los demás correos. En las cartas de Valladolid se decía que los franceses entraron en aquella ciudad el 12, después de una acción bien reñida; saquearon el 13 y arcabucearon algunos paisanos y se marcharon el 14 y, por consiguiente, salió falsa la noticia que corrió en Madrid de que Cuesta la había reconquistado el día 15. De este general nada decían las cartas; asegurábase por muy fino que los franceses habían sido afortunados, y aun que estaban a media legua de Zaragoza, aunque no lo creían las gentes, y alguno que otro aseguraba que habían sido destruidos. Mas, en general, todos estaban tristes, porque justamente tenían en Aragón las mayores confianzas, y no se despreciaba en las conjeturas la orden que se dio este día para levantar el embargo que se publicó el día anterior sobre coches, carros, mulas, etc., para que saliesen al instante a Bayona a traer a José Napoleón y sus equipajes. Esta orden, tan contradictoria en el término de dos días, era un argumento que se hacía de que no iba bien el negocio por parte de los franceses. En estos tres o cuatro días últimos entraron en el Hospital de Madrid más de sesenta carros de heridos de Castilla y de La Mancha, y había presunciones de que los valencianos habían entrado ya en acción con la división de Moncey, por la parte

de hacia Cuenca. Entiéndase que estos heridos eran franceses, y que los carromateros que los traían decían que quedaba ya lleno de ellos el Hospital de Aranjuez.

La gente vacilaba, pero el miércoles siguiente, 22 de junio, se extendió por todo Madrid, y se leyó *Gaceta* extraordinaria de Zaragoza, y algunas, aunque pocas, cartas traídas por extraordinarios y por propios,<sup>77</sup> que el jueves 15, día del Corpus, a la vista de aquella ciudad, se reunieron de diez a doce mil franceses, y que los aragoneses trabaron batalla con ellos; que iba reñidísima, y que, impacientes, no pudiendo contener su ardor y ceguedad, se lanzan enfurecidos sobre los franceses con puñales, sables, rejonos, bayonetas, etc., tirando muchísimos los fusiles; y a este movimiento de temeridad se sorprenden y desorganizan los franceses, que fueron completamente derrotados y completa la victoria de los aragoneses.

También se leyó en Madrid en este día *Diario* de Badajoz, que traía la noticia de la rendición de la escuadra prisionera en Cádiz, y alguna carta de Oporto, muy atrasada, que aseguraba la reconquista de Portugal por los españoles. Decíase también por muy seguro, hacía dos o tres días ya, que cinco mil franceses que envió el general de Cataluña desde Barcelona, para que entrasen en Aragón por la parte de Tarragona, habían sido todos destruidos por los catalanes. De modo que la gente toda atribuía a Dios el suceso<sup>78</sup> de todas estas cosas, y en Aragón llamaban “La Generalísima” a la Virgen del Pilar.

Asegurábase también este día que Bonaparte había salido de Bayona para París, porque los asuntos del norte andaban de mala data, pues le habían declarado la guerra (así se decía) la Prusia y la Austria. Este cúmulo de noticias y de papeles, que se leían en Madrid con la mayor reserva, y siempre con peligro por los innumerables espías, ¿quién podrá pintar la alegría que producía y el llanto de placer que hacía asomar a los ojos de los buenos españoles? La indignación de Dios veían que cubría con su tremenda venganza al tirano del mundo, y que se acercaba el tiempo de su maldición, de su ruina y de su castigo. Debe notarse que en Madrid ya se habían publicado *Gacetas* extraordinarias que referían la entrada de los franceses en Aragón, por la parte de Tudela, en donde habían huido los aragoneses, pereciendo muchos al acercarse los franceses. Así decía la *Gaceta*. Y, en cuanto a Valladolid, decía que unos quince mil paisanos habían huido de cuatrocientos franceses. Tal era la contradicción de todos los papeles y noticias, y tal el estado de incertidumbre en que se hallaba la gente, aislada, por otra parte, y encerrada en un

77. Extraordinario es correo especial que se despacha con urgencia.

Propio es persona que expresamente se envía de un punto a otro con carta o recado.

78. El éxito. Era galicismo frecuente entonces.

pueblo que apenas le quedaba comunicación con los demás, y que, además, no había en qué distraerse como no fuese en ver construirse fosas y estacadas en el Retiro a los franceses, pues ni aun comedias había porque habían cerrado; y ya empezaba también a escasear la moneda, a que se agregaba la tristeza de ver a muchas gentes marcharse de Madrid. Y el temor que se tenía de ver un día de juicio por los preparativos del Retiro.

El jueves, 23 de junio, día de júbilo siempre en toda España, por ser la víspera de San Juan, no hubo en Madrid la verbena acostumbrada por la noche; ni la gente pensaba en ello, ni tenía espíritu para salir, pues desde las nueve o las diez ya no se encontraba gente ninguna noche. Este día, no obstante, fue de satisfacción, pues se confirmaba la noticia de la destrucción total de los franceses en Aragón, de la manera que se había dicho. No hubo correo de toda la Andalucía y solo vino desde Manzanares; pero, sin embargo, decíase haber visto cartas de Cádiz que referían que la escuadra francesa que entró en aquella bahía se estaba batiendo con la escuadra española, y que la francesa había puesto bandera parlamentaria, pero que la otra respondió que nada hacía sin acuerdo de la Junta de Gobierno. Todo esto se ponía muy en duda en Madrid, por las dificultades de la empresa por parte de la escuadra francesa, que estaba dentro de la bahía y tenía a la salida del puerto a la escuadra inglesa, y así decían algunos que únicamente sería que haría alguna resistencia en entregarse, y se tirarían algunos tiros, porque de otra manera sería perdida infaliblemente. Mas, de todos modos, era contrario a la noticia que se tenía de que ya estaba prisionera.

Decíase también que Echevarría, a quien la Junta de Sevilla había hecho mariscal de campo por su valor contra los franceses en la entrada de Andalucía, los había atacado en la misma ciudad de Córdoba, y aun dentro de la catedral, donde hizo prisionero a Dupont, que había sido conducido a Granada, y que en Sierra Morena había ya tropa española e inglesa. Y en este mismo día se dijo también, y aseguró, que la división del mariscal Moncey, que había salido para Valencia, había sido atacada, cortada, y hecha prisionera la mayor parte por los valencianos en las inmediaciones de la Minglanilla. Y todas estas noticias y cartas se tenían en Madrid, a pesar de la incomunicación, por propios y extraordinarios, pero la gente ya no las creía con facilidad, porque había padecido engaño muchas veces, si que los muchos heridos que habían entrado en el Hospital eran un argumento convincente de que había resistencia contra los franceses fuera de Madrid.



[El] viernes faltaron los mismos correos de siempre y también el de Extremadura, que llevaba tres faltas. No se supo cosa particular por las cartas que se recibieron este día pero, así, en él como en todo el siguiente sábado, circulaban por todo Madrid las noticias más lisonjeras, y continuaron de la misma manera el domingo 26, en cuyo día no faltó también quien dijo que ya Bayona y el castillo de Bellegarde estaban por los españoles, que había revolución en París y que el Senado había citado a Bonaparte a comparecer. Cuyas noticias continuaron del mismo modo lunes y martes, en cuyos días faltaron los consabidos correos, y se iba reduciendo la correspondencia de Madrid a las veinte leguas de la circunferencia, y esta misma contrariedad de noticias, ya adversas, ya favorables, desmintiendo unas lo que afirmaban otras, y la misma falta de correos, hubo miércoles, jueves y viernes.

### *[Mes de julio]*

Pero en este día ocurrió una novedad de la mayor importancia, con sentimiento de todos, y que ya estuvo anunciada varias veces y otras tantas se había quedado sin verificar, y fue la marcha del duque de Berg, muy enfermo, con dirección a Francia, que la verificó de madrugada, y que dio ocasión a muchas conjeturas desagradables, porque decíase que si no hubiese estado muy seguro del camino no habría emprendido el viaje, y veían, por consiguiente, que el ejército del general Cuesta tardaba demasiado en reunirse a cortar la retirada, o había otra causa aún peor. Y fue a todos muy sensible esta marcha, porque el Príncipe Murat, gran duque de Clèves y de Berg, era la posesión más segura para la adquisición de Fernando en el empeño en que estaban las provincias, cuyas noticias en Madrid continuaban siendo una confusión y contrariedad.

La tropa que había en Madrid y la que vino del campamento de Chamartín, en donde estaba el gran duque, se advirtió en un continuo movimiento el sábado y domingo, y salió bastante de Madrid; decíase que para Andalucía. Y en medio de estas novedades, la más particular era la de que José Bonaparte iba a venir incontinenti a Madrid, pero no lo creían las gentes, ni casi nada de todo lo que se divulgaba por los franceses. En el lunes 4 de julio y toda la siguiente semana permanecieron más las voces y noticias funestas a los franceses y hubo la misma falta de correos. Viéronse algunas cartas que confirmaban la derrota de Moncey en un

sitio llamado Contreras, junto a la Minglanilla, y que él había sido hecho prisionero. Los vales reales<sup>79</sup> bajaron en Madrid un trece por ciento en un solo día. Decíase y asegurábase que en Cádiz había un regocijo general entre españoles, ingleses y rusos de una escuadra de esta nación, que antes había estado en Lisboa, y se hallaba ahora en Cádiz; que había mucho comercio y mucho dinero y dos comedias cada día en un mismo teatro. Hablábase mucho de discordias en París con motivo de los sucesos de España, y se aseguró también que en Valladolid habían ahorcado por traidor al marqués de Castrofuerte, y que en Zaragoza había sido despedazado entre cuatro caballos, por orden de Palafox, el coronel del regimiento de caballería del Rey, por haber facilitado la puerta que estaba a su cuidado a dos mil franceses, que se vieron obligados a capitular y descubrirle dentro de la misma ciudad, después de una grande pérdida.

En el viernes 8 de julio se divulgó que al arzobispo de Santiago, Muzquiz, que había sido confesor de la reina y protegido del Príncipe de la Paz, y era Presidente de la Junta de Gobierno del reino de Galicia, le habían preso por traidor, y también a algunos canónigos que eran de la Junta; y que el arzobispo había sido la causa principal de no haber llegado a Castilla a tiempo las tropas de Galicia, mas que ya todo estaba ventilado y habían empezado a marchar al mando del general Cuesta, y que a éste le habían nombrado las provincias Generalísimo de los ejércitos de España. Este general era justamente la mayor esperanza de todo Madrid. Había sido gobernador del Consejo en el año de 1800 y fue bien prontamente desterrado porque nunca dejó de decir la verdad, y jamás hizo un acto de bajeza ni de humillación con el infame Príncipe de la Paz, como era costumbre. Era de un carácter duro pero muy íntegro y añadía justamente la cualidad de haber sido nombrado capitán general de Castilla por Fernando VII. Aseguróse, también, en estos días que toda Cataluña estaba en insurrección y tenían los catalanes sitiada la ciudad de Barcelona y castillo Montjuïc, donde estaban los franceses. Por manera que con estas noticias era suma la esperanza que en Madrid se tenía, en donde al mismo tiempo se tenían infinitos papeles impresos de las provincias, los más ofensivos e insultantes contra Bonaparte, y hacía muy pocos días que se había publicado bando riguroso contra los que tuviesen en su poder y propagasen noticias de las provincias, mas nada era suficiente.

El general Savary, que fue el que quedó al mando desde la salida de Murat, tenía fama de muy duro y sanguinario. Los franceses seguían con mucha actividad

79. Títulos de deuda pública.

los trabajos en el Retiro, y habían sacado también cañones hacia el camino de Vallecas y se ejercitaban en tirar al blanco en medio de circunstancias tan extraordinarias. Decíase en Madrid que José Bonaparte llegaba infaliblemente el 16 o el 18 de julio y en una gaceta de estos días se dijo que, luego que estuviese en territorio español, lo anunciarían la artillería y las campanas, y aun algunos alcaldes de barrio lo avisaron para que no se asustasen las gentes; pero éstas no lo creían y, con efecto, el sábado 9 de julio se pusieron carteles en las esquinas por Madrid, que contenían el mismo aviso y era mucha la gente que se acercaba a leerlos, y todos reían y nadie lo creía, exceptuando, sin embargo, bastantes españoles que sin duda tenían ya mayor interés en que se verificase así, que en lo contrario.

Las cartas de La Mancha, y algunas pocas de Andalucía que se recibieron el lunes, estaban conformes en la batalla que se había dado al ejército de Dupont el 6 de julio, y en que había sido tal la mortandad que los españoles, para quemar los cadáveres, pusieron fuego a un olivar y algunas mieses. Y que dicha batalla la había mandado el teniente general Castaños, que tenía un lucido ejército de tropa reglada y muchos paisanos armados. El martes hubo poquísimo correo y algunas noticias del movimiento del ejército grande de Cuesta en Castilla. El miércoles, a las doce del día, hubo repique general de campanas y salvas de artillería por la entrada de José I en España, cuya noticia trajo un correo de gabinete español, llamado Mazorra; y en este día la *Gaceta* trajo una porción de decretos del nuevo rey, dados en Bayona, que todos empezaban así: “Don José Napoleón I, por la gracia de Dios y la Constitución del Estado, rey de las Españas e Indias, etc.”. El jueves las cartas de Andalucía y de La Mancha decían que Dupont estaba acampado entre Bailén y Andújar, con unos diez mil hombres en la situación más crítica, lleno de hambre y cortado. Es de notar que aunque Dupont llevó quince mil hombres a Andalucía, le fueron inmediatamente entre dos socorros once mil y, por consiguiente, era mucha la pérdida que había ya experimentado, y se ve también por esta relación que no fue cierto lo de haberle hecho prisionero, como se dijo, en la catedral de Córdoba.

Pero estas noticias se escribían en Madrid diariamente como corrían y dan una idea exacta de la contrariedad<sup>80</sup> que había continuamente. La *Gaceta* de este día refería los obsequios hechos al rey en los primeros pueblos de España por donde pasó. Se supo en Madrid este día que en un monte que hay pasado Alcobendas había emboscados muchos contrabandistas, que habían matado dos correos franceses y después tres oficiales de graduación, también franceses, que

80. En el sentido de contradicción, oposición.

venían en un coche,<sup>81</sup> y precisaron al mayoral a que los trajese en el coche a Madrid, amenazándole que, si así no lo hacía, donde quiera que lo pudiesen ver, le quitarían la vida; a cuyo mayoral le tomaron declaración y también al postillón español que acompañaba a los dos correos franceses, con el cual no se metieron.

En la noche de este día hubo iluminación en Madrid, pero hubo de notar que faltó en muchas de las casas en que se acostumbra poner, y se repitió el repique general de campanas. Hubo mucho peligro de un nuevo alboroto, pues la gente ardía de cólera, y la casa del embajador de Francia recibió algunas pedradas y se oyeron algunas voces de “¡Muera Napoleón!”. Pero al momento se esparcieron muchas patrullas y se pasó la noche sin novedad, aunque no sin peligro. Se supone que las patrullas eran francesas, pues no había tropa española.

El viernes faltaron los correos acostumbrados, pero aún vino la mala. Hubo este día buenas noticias, y de Soria, por donde solían venir algunas cartas de Zaragoza, las hubo tan buenas como el haber quedado todo el reino de Aragón libre ya de franceses y muerto el general en jefe, descansando de sus fatigas aquella gente que había hecho prodigios de valor, casi sin tropa ninguna y con un general joven, que pudieron impedir la entrada en Zaragoza y echar de todo el reino de Aragón a un ejército disciplinado y aguerrido, tanto que en Madrid eran los aragoneses la comparación de que se servían todos para hablar de la lealtad y el valor, y su ejemplo bastaba para inflamar a los más tímidos. Muchas otras noticias se decían también, porque en un pueblo tal como en esta época se hallaba Madrid, que todo se volvía corrillos y se alimentaba la gente de novedades, ¿qué no se diría?

Pero al mismo tiempo se divulgaban igualmente las más contrarias, pues hacía ya muchos días que se dijo que los franceses habían entrado en Zaragoza y Dupont en Sevilla, y que Palafox había huido. También corrió que Moncey hizo su entrada en Valencia, pero la *Gaceta* de Madrid no había traído todavía estas noticias y los franceses eran por extremo ligeros en poner en ella todo lo que les era ventajoso, como lo hicieron en la entrada en Segovia, en Valladolid y en Santander, después que en estas ciudades hubo alborotos. Pero ellos eran, y sus aficionados o pagados, los que extendían dichas voces para sus fines y porque le sería durísimo a un ejército vencedor en toda Europa manifestar su abatimiento. La *Gaceta*, en dicho viernes y el sábado 16 de julio, traía la continuación del viaje de José I y su buen recibimiento por los pueblos del tránsito; pero lo que en Madrid se decía era que en el primer pueblo de España cerraron las gentes las puertas y ventanas cuando

81. En el margen izquierdo, escrito a lápiz y con letra del siglo XX, figura la palabra “Guerrilleros”.

pasaba y que en todas partes era recibido de mala manera; que en San Sebastián le sucedió lo mismo, y que en Vitoria entró por la mañana y se proclamó a las once de la noche con un bando que ponía pena de la vida al que no se quitase el sombrero cuando pasase, pero que se vieron forzados a la dicha proclamación.

Se leyó una carta de Pamplona que refería alguna de estas particularidades y añadía que el mariscal Bessières, que había salido de Burgos con una división a buscar a Cuesta, había vuelto a entrar en dicha ciudad derrotado. Decíase también que a las inmediaciones de Madrid había muchas cuadrillas de veinte o veinticinco hombres cada una, que hacían intransitables los caminos a todo francés, no yendo en mucho número;<sup>82</sup> que una de ellas era la que había muerto a los correos y oficiales franceses, y que la principal comisión de dichas gentes se infería que era la de prender a todos los españoles sospechosos que podían caer en sus manos, y que se habían llevado ya a Noriega, el que fue tesorero, que estaba en la Villa del Prado, prendiéndole en su misma casa; que lo mismo habían hecho en El Escorial con el intendente, en La Granja con el abad, en Alcalá con el conde de la Puebla; que habían prendido también a Encinar, señor secretario del arzobispo de Toledo y, en fin, hasta trece o más personas sospechosas, y que eran luego conducidas al Tribunal Supremo de la Junta de Sevilla, y que estas cuadrillas pagaban todo lo que comían y no robaban a nadie.<sup>83</sup>

Y decíase también en estos días que había una numerosa lista de sujetos notados de traidores, muchos de ellos en Madrid. Este mismo día se dijo que era el día de la coronación de Fernando VII en Sevilla por toda la nación, como que la Junta de esta ciudad era la Suprema de toda España, convenido así por todas las provincias, y que Su Alteza, don Francisco de Saavedra, hombre sabio y que fue desterrado por lo mismo cuando fue ministro, y ahora era presidente de dicha Junta con tratamiento de Alteza, tomaba el juramento de fidelidad a nombre de Fernando el VII. Díjose también este día que la referida Junta de Sevilla había enviado una intimación<sup>84</sup> a Madrid para que en término de tercero día evacuasen este pueblo los franceses, y que ella venía a establecerse en él como Supremo Tribunal de la nación. Y, por último, díjose también que el duque del Infantado, el de San Carlos y el conde de Fernán-Núñez, que venían de Bayona con el rey, así que habían entrado en España, se habían fugado y que toda la comitiva del rey

82. En el margen izquierdo, escrito a lápiz y con letra del siglo XX, figura la palabra “Guerrilleros”.

83. En el margen izquierdo, escrito a lápiz y con letra del siglo XX, figura la palabra “Guerrilleros”.

84. Notificación que hace la autoridad para ser obedecida.

había sido derrotada por los españoles, que habían apoderádose de los equipajes, y al ruido de esta noticia inferíase si serían los aragoneses que habrían salido de la retaguardia por la parte de Tudela, o si habrían hecho algún desembarco los ingleses, que andaban con veintiocho velas<sup>85</sup> entre Bilbao y San Sebastián. El rey traía tres mil hombres de tropa.

Todas estas noticias que corrían en Madrid en este día se han puesto como se contaron, para prueba de lo que en esta época era Madrid, no porque se pudiera asegurar que eran falsas ni verdaderas, y lo mismo sucedía todos los días.

El domingo entraron en Madrid unos dos mil hombres por la Puerta de Atocha. Eran de una división que había ido al ejército de Moncey, venían muy estropeados y algunos heridos, pero llenos de alhajas de mucho valor, que vendían por poco dinero al otro día, saqueadas y robadas en Cuenca y otros pueblos del tránsito desarmados; por manera que venían con las señas de cobardes y de ladrones, y la gente se asombraba al ver en manos de los soldados las alhajas domésticas y también algunas de las iglesias.

El lunes se hablaba de dos choques dados ya por Cuesta, y ganados. Andaban muchos correos extraordinarios y se esperaban pronto grandes resultados, y de Andalucía se decía que estaban en el mismo estado las cosas. Había una *Gaceta* impresa, de Valladolid, que refería el primer choque de Cuesta en Torrequemada, antes de que José llegase allí, según la *Gaceta de Madrid*, que el día 15 decía que dormía en Briviesca. Fueron los franceses derrotados completamente en el choque el día 11. Todo esto se sabía en Madrid y en este mismo día, lunes por la tarde, se aseguró y divulgó que el rey entraba el miércoles en Madrid, y que se habían dado ya algunas órdenes en Palacio. No podría explicarse la confusión y el sentimiento de todas las gentes al ver frustradas sus mejores esperanzas.

Reanimáronse éstas el martes siguiente, con las muchas cartas de Castilla, que, todas conformes en el hecho y en sus circunstancias, afirmaban la total derrota del ejército del mariscal Bessières por Cuesta. Hablábase con mucha variedad del rey. Unos decían que había huido, otros que estaba prisionero, y otros que entraba el día siguiente en Madrid. Afirmábase que teníamos gente española cerca ya de Madrid, pero, sin embargo, este día estuvo la gente muy sobresaltada, temiendo muy cercano ya el día grande de Madrid. El duque de Frías, notado de traidor en primer lugar, llegó a su casa junto al Barquillo este día y la gente le insultó mucho llamándole a voces traidor, e inmediatamente puso guardia francesa en su casa.

85. Barcos.

Se decía que entre varios oficiales que Cuesta había hecho arcabucear por traidores había sido uno el conde de Haro, hijo primogénito de Frías. Las cartas de Castilla decían que el rey venía muy triste. Tales fueron las novedades que llevó la gente a su casa en la noche de este día y, por consiguiente, aún había esperanza en cuanto a la entrada del rey en Madrid; pero en la misma proporción fue grande la sorpresa de todos al leer en la *Gaceta* y esquinas el siguiente día, miércoles, el aviso de que S. M. debía entrar a las seis de la tarde, para que se adornase la carrera y fuese recibido con el decoro que correspondía. También decía la *Gaceta* de este día que Bessières había derrotado a Cuesta, matándole cinco mil hombres, y muchos heridos y prisioneros, con pérdida de cincuenta franceses muertos y trescientos heridos. A las seis y media entró, con efecto, el rey, que traía bastante caballería a la retaguardia, parte la que de Madrid había salido al camino, y todo lo demás tropa nueva. Hubo salvas y repique de campanas, pero la gente que fue a verle —que no fue mucha— le recibió con extrema frialdad, demasiado reparable, y en los días siguientes se decía que continuaba triste.

Pero en las cartas del viernes 22, de Castilla, venía la noticia de haber sido Cuesta derrotado por los franceses, aunque algunas decían que había habido más mortandad de éstos que de españoles, no obstante que Cuesta había perdido el campo y se había retirado. Y cuando en el correo anterior se recibieron muchas que, todas contestes, afirmaban la completa derrota de los franceses, ¿quién podrá manifestar la confusión y desaliento de las gentes, ahora que veían otras que aseguraban lo contrario? Tal era la situación de Madrid.

La *Gaceta* del sábado decía que el lunes 25 se proclamaría el rey en Madrid y en Toledo. El domingo se pusieron carteles para el buen orden y adorno de la carrera y exhortando a que la gente se mantuviese sosegada y no abandonase sus casas, porque se marchaba mucha gente de Madrid. Y fue por una voz que corrió de que Marquina, que estaba otra vez en candelero, había ofrecido a S. M. mucha gente de Madrid. También decía el cartel que el rey ofrecía indulto hasta el 15 de agosto a todos los de las provincias que lo pidiesen.

El lunes 25 de julio, día del Apóstol Santiago, se proclamó rey de España a José I. Le proclamó el conde del Campo de Alange, grande amigo del Príncipe de la Paz, y no el conde de Altamira, que estaba en el goce de esta dignidad, porque él y su hijo habían desaparecido de Madrid porque no quisieron desempeñarla. La proclamación se hizo a las cinco de la tarde en los puestos acostumbrados, la carre-

ra estuvo muy mal adornada, pero hubo bastante gente. La moneda que se tiró era toda de Carlos IV y la cogió la gente. En todas las botillerías de la carrera daban de refrescar de orden del gobierno. Se repartió mucho dinero a los pobres por los alcaldes de barrio y hubo comedias en los tres teatros, de balde para el público, pero entre los dos de la calles de Príncipe y Cruz hubo unas trescientas personas, sin embargo de que por la mañana se despacharon los billetes todos en una hora, pero después la gente los rasgaba.<sup>86</sup> Y en este día de tantas novedades se recibió justamente la noticia, por las cartas de Toledo y La Mancha, de la rendición de Dupont con el resto de su ejército el día 10 a las doce junto a Bailén.

Las cartas de Castilla del martes siguiente no fueron satisfactorias, pues anunciaban desavenencias entre los generales y, por consiguiente, ninguna ventaja. Este día hubo también comedias de balde para el público, *De orden del Rey Nuestro Señor, a consecuencia de su proclamación*; así decía el cartel y estuvieron llenos de gente los teatros. Pagó el gobierno en estos dos días por los tres teatros treinta mil reales. El miércoles hubo al fin toros, preparados tantas veces, siempre por motivos diferentes, y no verificados hasta este día. Ya se había oído en estos días que el miércoles se corrían, pero al ver que el martes al anochecer aún no había carteles de aviso, dudó ya la gente. Mas al otro día amanecieron puestos, se movió la gente, acudió mucha a verlos, y no valieron nada por la mañana, ni tampoco fueron buenos por la tarde, pero estuvo llena de gente la plaza.<sup>87</sup> El faraute<sup>88</sup> de todas estas funciones, el pelele, el que en todo se hallaba, que se desvivía, que todo lo disponía, que no paraba, que soñaba para dar gusto a los franceses, era el marqués de Perales, hombre despreciable por sus modales, por su lenguaje, por su ordinariedad, y cuyo fin, si algún día hubiesen de dirigirle los españoles de honra, podría trocarle por el de cualquier ahorcado.

Este día hubo una novedad notable, y fue la orden a la guardia francesa de todas las puertas para que desde el anochecer no permitieran ni salir ni entrar en Madrid

86. En el teatro del Príncipe se representaron *Las tramas de Garulla* y *El payo de la carta*, y al día siguiente: *El sastre fingido* y *El payo de centinela*. En la Cruz, *Dejar lo cierto por lo dudoso*, de Lope, refundida por Rodríguez Arellano, y al siguiente: *El pretendiente con palabras y plumas*, de Tirso de Molina. El embajador M. de La Forest cuenta que la proclamación comenzó a las cinco delante del palacio, que la iluminación duró hasta el 27 y que se repartió abundante moneda (Grandmaison, 1905, I: 188).

87. En el margen derecho, escrita a lápiz y con letra del siglo XX, figura la palabra “toros”.

88. Término despectivo para designar a la persona que organiza algo o que quiere dar la impresión de que lo hace.



a nadie. Estaba aún fresquito el cartel, como que hacía tres días que se había puesto, según ya se ha dicho, que decía que S. M. no había pensado ni pensaba cerrar las puertas de la Villa a sus vasallos, ni menos armar gente en Madrid, pues no lo necesitaba; y que este aviso se daba con toda solemnidad para desmentir las voces que habían inventado los malévolos, que se fatigaban por alterar la tranquilidad.

El jueves siguiente fue día de alegría por las noticias de Andalucía. Traían las cartas el pormenor de la rendición de Dupont, y la verificó con nueve generales, catorce coroneles, cerca de nueve mil hombres y dos mil carros de equipajes, municiones y los infinitos robos de inestimable valor que tenía atesorados el general. Fue obligado a capitular por el mariscal de campo don Teodoro de Reding, valiente soldado, y cuando llegó el grueso del ejército español, mandado por el general en jefe, don Francisco Xavier de Castaños, estaba casi concluido todo. Era Dupont un general de gran concepto entre los enemigos, y las fuerzas que llegó a tener bajo su mando en Andalucía bastantes. Y, justamente, la detención del ejército español de Andalucía entorpecía las operaciones de todas las provincias, cuyos contingentes de tropas se encaminaban tiempo había a Madrid, y por lo mismo la completa victoria y derrota conseguida contra Dupont, por el modo y por su importancia, era muy celebrada en Madrid. Y para ser completo este día se corrieron en él buenas noticias de toda España, y de fuera contra los franceses, pues se decía que el norte de la Europa andaba malo contra Bonaparte, y que el día de la proclamación de José los embajadores de Austria y de Rusia no tuvieron iluminación; y esto era cierto, con otras mil novedades que se decían.

El viernes hubo cartas de Toledo que referían que el día de Santiago hubo motín en aquella ciudad, en que saquearon la casa arzobispal, la del corregidor, la del obispo auxiliar, la de Posadillo, y otras, con motivo de haberse extendido voz de que iban cuatro mil franceses, los cuales en el camino se detuvieron, sabido el estado de la ciudad, en la cual no se proclamó a José, según estaba mandado, y decían las cartas que estaban muy inmediatos ya ejércitos de las provincias. Las cartas de Castilla seguían indicando la inacción de aquel ejército y la división entre los generales, golpe sumamente sensible en Madrid por recaer en el ejército más numeroso y que se hallaba en el paraje más importante.

Vinieron también algunas cartas de Irún y aquellos pueblos, que decían que Bonaparte había sido preso más allá de Bayona por orden del Senado, y que París y toda la Francia estaba en sublevación. Asegurábase que junto a Ocaña se estaban

batiendo los valencianos con los franceses y, en fin, que La Mancha se inundaba con el ejército de Andalucía, que venía ya transponiendo la Sierra Morena. En la tarde de este día, improvisamente, empiezan a embargar los franceses cuanto carro, galera, carreta, calesa, mulas, caballos, había en Madrid, sin saber las gentes el motivo, y con tal precipitación y acaloramiento que sorprendía y causaba cuidado. A las diez de la noche el Retiro y todo el Prado eran un verdadero Babel, y parecía, según la fatiga<sup>89</sup> y las voces, que el enemigo asaltaba. Sacaron todos los enfermos de los hospitales que podían tenerse de pie, y entre enfermos y sanos salieron de Madrid en esta noche más de seis mil hombres. Había opiniones sobre el verdadero motivo de la salida tan repentinamente. Decían algunos que eran órdenes del Senado, y otros que la cercanía de los ejércitos españoles a Madrid era la causa.

Todo era una confusión inexplicable. Salían también algunos franceses domiciliados en Madrid, y algunas modistas. El sábado en la noche continuó la marcha de tropas, cañones y municiones, y el domingo por la mañana lo mismo, saliendo cuanto francés había domiciliado en Madrid, a quienes armaban inmediatamente, y nadie sabía todavía el motivo verdadero de una salida tan improvisamente determinada. El rey salió en esta noche y con él todos los traidores españoles que más amistad le habían vendido: el conde del Campo de Alange, Negrete, su hijo, el duque de Frías y otros. En la mañana de este día fue saqueado el Real Palacio y Caballerizas, y se vio a los franceses vender caballos excelentes a cinco o seis duros. En este mismo domingo por la tarde rodearon los franceses la Casa de Consolidación de Vales Reales y la saquearon, extendiéndose la voz por Madrid con la mayor rapidez, con lo que se consternó toda la gente, temiendo un saqueo general en todo Madrid y las terribles desgracias que son consiguientes.

### [*Mes de agosto*]

Se pasó la tarde y toda la noche con mucho sobresalto, sin suceder nada, y a la mañana siguiente del primero de agosto concurrió mucha gente al Prado a ver las últimas reliquias del ejército francés, que salieron a las ocho, dejando clavados los cañones y obuses de las baterías a la subida del Retiro y los de la China,<sup>90</sup> que no pudieron llevarse, lleno de barriles de pólvora el estanque grande e innumerables destrozos de los almacenes que estos ladrones habían hecho.

89. Agitación.

90. Se refiere a la fábrica de cerámica, que estaba en el Retiro, conocida como “la China”, fundada por Carlos III en 1760.

Nadie sabía todavía con certeza el motivo de una salida tan deshonrosa y más para un ejército vencedor de todas las naciones, habiendo estado todo un hermano del gran Napoleón once días en Madrid, sin haber recibido más obsequio que las cortesías de los infames españoles que se habían vendido a su inicua dominación, y sin haber hecho juramento de fidelidad a su persona ningún tribunal, a excepción de algún despreciable individuo, bien que este milagro de tejas abajo debe atribuirse al miedo que se tenía a las provincias y a la cuenta que se había de dar.

En el mismo día, apenas salieron de Madrid los bandidos, se armaron bastantes paisanos con los fusiles que se pudieron encontrar, y se formaron en patrullas comandadas por sargentos o cabos de los poquísimos que había en Madrid, y se distribuían por las calles para celar sobre la quietud de todo el pueblo. Y también salieron rondas. Otra cosa memorable sucedió este día y fue que, así que salieron de Madrid los ladrones o franceses, que es una misma cosa, se presentó al Consejo de Castilla el señor secretario del embajador de Rusia con tren<sup>91</sup> de toda gala. No hubo correo de Andalucía y Mancha en este día porque los franceses, que se retiraban de Ocaña y Aranjuez, lo interceptaron y quemaron, escapando por fortuna el conductor; pero le hubo de Toledo y, por este conducto, algunas cartas también de Badajoz que contenían la agradable noticia de que el 26, día de Santa Ana, se entregó Junot de las reliquias de su ejército, quedando libre de esta canalla todo Portugal.

El martes hubo noticias de que Cuesta había salido de Salamanca con tres mil hombres de caballería para Burgos, y de Valladolid se leyó que los gallegos habían tenido acción con los franceses y que habían vuelto por su honor. La gente de Madrid estaba impaciente porque no entraba tropa española y porque no se tomaba la providencia de armar el vecindario y organizarle para resistir la entrada de los franceses, si por desgracia volviesen. De manera que Madrid estaba en una inacción vergonzosa a vista de la actividad asombrosa de toda España, y únicamente ocupada la gente en ver el Retiro y admirar el riesgo que había corrido Madrid, pues cercaban setenta cañones solo la casa de la China, y en ver los infinitos despojos de galleta, pólvora, balas, cañones, fusiles, sables, corazas, pantalones, etc., que se habían dejado: señales todas de la precipitación de su viaje, del cual aún se ignoraba la verdadera causa, y con el que Dios había querido librar a Madrid de la terrible catástrofe que le amenazaba.

En este mismo día entró en Madrid, bien de mañana, un edecán del general Castaños, sin saberse con qué comisión, y al poco otro edecán francés del general

91. Ostentación y pompa.

Bessières, de Castilla, que vino sin duda por el camino de Valladolid, y, por consiguiente, no encontró la tropa francesa. Traía pliegos y apeó en la Fontana de Oro. Se presentó el edecán español con tres soldados, le hizo entregar los pliegos y despachó incontinenti correos a Castaños y a Cuesta. Amaneció, puesto sin saber por quién, un cartel grande impreso en la plazuela de la Cebada, que contenía el oficio de Castaños a la Junta Suprema de Sevilla, dándole parte de la victoria contra Dupont y su rendición, y otro oficio del mismo, a Cuesta, del propio contenido.

Vendíanse retratos de Fernando VII y otros nuevos representando alegorías en beneficio y aplauso de la España y desprecio y abatimiento de la Francia; un catecismo nuevo que contenía las preguntas y respuestas más denigrativas contra Francia y principalmente contra los Bonapartes, y leyóse también la proclama de Sevilla a los andaluces, después de la victoria contra Dupont, que estaba bellísima y enérgica; y últimamente andaba una papeleta, que decían estar copiada de una *Gaceta* de Sevilla, la cual contenía de oficio que el Senado de París había declarado traidor a la Francia a Bonaparte; que su hermano Luis, rey de Holanda, había sido muerto sin saberse por quién; que Godoy había sido decapitado en París, presos los reyes padres y proclamado rey de España e Indias Fernando VII, que vendría a España para el 20 de agosto.

Teníase noticia de que se le preparaba el cortarle y destruirle al ejército francés que salió de Madrid, el cual, tan cargado de carros, coches, niños, mujeres y paisanos, no iba ciertamente en disposición de pelear. Aguardábase de un instante a otro ver entrar en Madrid tropa española y, en esta situación las gentes, dio el pueblo la primera señal contra los traidores el miércoles siguiente, 3 de agosto; señal terrible que hizo aterrar y estremecerse a todos cuantos la presenciaron. Desahogo cruel, sí, pero consiguiente del enojo de la ira que por tantos años había tenido oculta toda la nación contra unos infames egoístas que habían hecho mofa de la triste tolerancia del pueblo, y que, por último, habían vendido a su Príncipe, a su patria y a todos los españoles. Don Luis Viguri, intendente de La Habana, del bando del primer traidor del mundo, Príncipe de la Paz, y muy amigo y perpetuo compañero de su hermano don Diego, fue sorprendido en su casa por la multitud a las cuatro y conducido al cuartel de valones, pero, impaciente el pueblo innumerable, entró a las seis en el cuartel, lo paró a puñaladas,<sup>92</sup> lo echó una soga al cuello y, tirando de él, lo arrastró más de dos horas por todo Madrid con la mayor algazara, gritando “¡Viva Fernando VII! ¡Ya murió un traidor!”. Y a las ocho y media,

92. Poner a alguien en estado distinto del que tenía.

hecho un objeto inmundo y horrible, lo dejaron a las puertas de San Juan de Dios para que lo recogiesen, y se disiparon, llevando la turba, cuando dejaron el cadáver, más de doscientos hachones ardiendo, y amenazando que pronto irían a por otros. Y, aunque a la vista de un espectáculo tan atroz y de tanta conmoción, temió la gente consecuencias funestísimas, no resultó el menor daño, y la turba inmensa que arrastraba y quemaba y daba palos y maldecía al traidor, iba a gritos publicando pena de la vida a cualquiera que hiciese el menor robo, ni insultase a nadie.

En el correo del día siguiente, jueves, nada hubo de particular, y solo si se reparaba ya que volvía a Madrid muchísima gente de la que anteriormente había salido a los pueblos inmediatos, la cual y las rondas numerosas de las más distinguidas clases, incluso las de la Grandeza, fueron el miércoles testigos atónitos de la catástrofe referida, aunque a las ocho y media pudieran algunos personajes de suposición separar con mucha dulzura a la multitud desenfrenada, que estaba empeñada en ir a otras casas a por los dueños que nombraba a voces. En este mismo jueves empezó, de orden del gobierno, el alistamiento para la defensa de Madrid, y ya se hallaban en las caballerizas de Fernando VII muchísimos caballos que habían vuelto los vecinos, abonándoseles lo que habían pagado por ellos, y salían en ellos a hacer ronda los criados de la Casa Real con sus uniformes y libreas, lo que servía de mucha complacencia a toda la gente, que los vitoreaba.

El viernes hubo rogativa pública en que iban todas las parroquiales de Madrid, todas las comunidades y todos los tribunales y, por consiguiente, muchos de los individuos que habían vendido a su rey, cuyos ruegos debían irritar a Dios, así como su presencia era un insulto a todos los que presenciaban y acompañaban en este acto religioso; pero hay hombres de los de “Viva quien vence”, y los mismos obsequios que tributaron a su legítimo señor, tributan después a su usurpador, y luego a otro, y después a otro, y siempre al que manda y sea quien quiera. Nada de particular hubo en el correo de este día; hablábase con mucha libertad, vendíanse y leíanse públicamente papeles impresos muy denigrativos contra los franceses, y seguía el alistamiento del vecindario.

El sábado puso el Consejo un gran bando dirigido al pueblo de Madrid, que tenía por principal objeto el que todo el pueblo esperase con confianza las disposiciones de este tribunal, que castigaría a los traidores, y que todos estuviesen sosegados; y hablaba dicho bando también de los triunfos maravillosos conseguidos contra los franceses en varias provincias de España, elogiando el valor y lealtad de

los españoles. Y de este modo, desde la salida de los franceses, había variado todo en Madrid, en donde corrieron este día y el domingo siguiente noticias satisfactorias de la carrera que llevaba el ejército enemigo, pues se decía que había tenido pérdidas de muchísima consideración y aun se dijo también que ya estaba prisionero José y su comitiva, y varios de los principales traidores españoles que iban con el ejército. Y con estas noticias, y haber entrado en Madrid más de mil franceses de los que habían salido, que se entregaron voluntariamente, rindiendo las armas, más de dos mil que quedaron en los hospitales y pasaban a los valones conforme iban saliendo, y sobre todo, con haber entrado en Madrid algunas partidas de aragoneses y valencianos del ejército, los cuales estaban armados como soldados pero vestidos al uso de su país, de la misma manera que habían sido el terror de los franceses, estaba toda la gente sumamente gozosa y respiraba ya de la opresión que había sufrido por cuatro meses.

Es verdad que todas estas satisfacciones estaban mezcladas con la amargura de los horribles destrozos que en los pueblos de su tránsito iba haciendo el ejército de facinerosos. En Madrid seguía el alistamiento y las patrullas y rondas. La más lucida era la del cuerpo diplomático que mandaba el Excmo. Sr. don Pedro Ceballos, ministro de Estado de Fernando VII, y grande y honrado español, que habló a Bonaparte en Bayona con el valor y energía de un hombre de bien; y buen ministro, exponiendo su vida por su soberano y por su patria.

El lunes entró en Madrid el Excmo. Sr. conde de Cerbellón, general en jefe del ejército de Valencia, en un coche, y le acompañaban a caballo sus edecanes y soldados húsares y, detrás, sus equipajes. Desde el día memorable de la entrada de Fernando VII, 24 de marzo, Madrid no había disfrutado otro tan glorioso como éste: el Prado, las Delicias y calle de Atocha estaba inundado de coches y de gente, y a la entrada del general que la benefició, a las siete de la tarde por la Puerta de Atocha, el inmenso pueblo prorrumpió en vivas y aclamaciones al conde, como uno de los ilustres defensores de la patria, y, con lágrimas de placer, palpaban a los soldados que le acompañaban, no saciándose las gentes de otro modo y embriagados de placer. ¡Qué gloria mayor podría haber para este español en un momento tan delicioso! ¡Y qué días tan dichosos se presentaban a la imaginación de las gentes atónitas y asombradas en la entrada de los demás generales, en la de los ejércitos victoriosos y, sobre todo, en la del monarca apotecado, su querido, su cariñoso Fernando!

A excepción de las desgracias del desastrado día 2 de mayo, todo lo demás lo daban por bien sufrido en Madrid, por disfrutar ahora unos días tan felices. Ya los españoles tienen patria, ya tienen derechos, y los infames opresores de toda la Europa tendrán que emplear las armas, y no los engaños y perfidias, para poseer un pie de tierra de esta patria adorada. Mas no lo conseguirán, y su inicuo caudillo hará inútiles y nulos todos sus esfuerzos y ni aun podrá favorecer a sus viles apasionados, que en medio de los remordimientos más horribles les alcanzará el justo castigo, para satisfacción de la patria oprimida y de los buenos españoles.

A estas satisfacciones tan dulces añadían las gentes la de leer con libertad y entusiasmo la multitud inmensa de papeles impresos que se vendían en la Puerta del Sol, en donde la reunión de gentes era tanta que impedía el tránsito, devorando, digámoslo así, los expresados papeles. Entre los cuales, como eran tantos, así como había algunos excelentes y chistosos que hacían honor al talento, había también otros que eran unas paparruchas, pero todos eran dirigidos contra los Napoleones y, en esto, todos agradaban.

El martes vino correo de Valencia por primera vez, y decían las cartas los excesos terribles a que había sido conducido el pueblo en aquella ciudad, movido y dirigido por un malvado sacerdote, canónigo de San Isidro el Real de Madrid, enviado por el infame Murat, y con su talento y predicando contra los franceses se hizo vocal de la Junta y mucho lugar con el pueblo, y éste era el primer triunfo de su intriga. Sembró entre la gente más rústica la calumnia contra los franceses domiciliados en aquella ciudad, diciéndoles que celebraban juntas secretas, y a todos los pasó el pueblo a cuchillo. Después empezó a hacer sospechosa la Junta y ya tenía sus amigos y partidarios, hasta que todo se descubrió y pagó en el suplicio con muchos de sus cómplices, pero ¡cuántos daños causó, Dios eterno! Su plan infernal era mover un motín en la ciudad, en que fuese todo anarquía y desorden, sin que obedeciesen a gobierno alguno y, en este estado, avisar al mariscal Moncey, que andaba muy cerca, para que, entrando en la ciudad en unos momentos tan críticos, aterrase y tomase posesión, y él quedase de arzobispo, como lo tenía tratado con Murat. Terror causa el considerar que hay hombres tan malos.<sup>93</sup>

93. Estos hechos sucedieron entre los meses de mayo y julio. El sacerdote se llamaba Baltasar Calvo. Martínez Colomer (1810: 29-63) cuenta en detalle la “Conjuración del canónigo Calvo”, para terminar: “El 3 de julio se le ejecutó en la misma cárcel después del tiempo necesario que se le dio para prepararse. Al día siguiente amaneció su cadáver en la plaza de Santo Domingo sobre un tablado frente a la Ciudadela, donde estuvo al público por tiempo de cuatro horas en el mismo patíbulo, y en el mismo traje y postura en que quedó después de dado garrote” (62-63).

Hablábase estos días de que iba a verificarse en Madrid una junta de generales para establecer el gobierno supremo de la nación, y esto lo deseaba ardientemente la gente, y estuvieron esperando dos o tres días al señor Arce, general de artillería del ejército de Extremadura. Mas no entró en Madrid y hubo noticia de que se replegaba aquel ejército hacia la frontera de Portugal para impedir a Junot la entrada en España, pues se disponía a penetrar con unos dieciséis mil hombres que le habían quedado, para reunirse en Castilla con los que salieron de Madrid; y aquí se nota que era incierta la noticia que corrió de que ya todo Portugal estaba conquistado por los españoles.

Vino a su casa también el conde de Altamira, con su hijo, a cumplir el sagrado deber de proclamar a su legítimo soberano Fernando VII, para cuya ceremonia solemne señaló el Consejo el día 24, y se anunció en el *Diario* del día 10; y acreditó dicho señor conde en esta ocasión que si no había proclamado a José fue porque no le reconocía y porque no quería profanar sus manos y manchar el brillante lustre de su casa, en una palabra, porque era leal y no traidor. Fue recibido en Madrid con vivas y aclamaciones, como lo merecía.

También de orden del Consejo se estaban deshaciendo las fortificaciones que los franceses hicieron en el Retiro y Casa de la China, para dejarlo todo como estaba, en cuya tarea trabajaban voluntariamente muchas gentes decentes y de carácter. El sábado 13 de agosto, día de común regocijo, entró a las cinco de la mañana, una división de diez mil hombres del ejército valenciano, en la cual había dos regimientos que estaban con los trajes de su país. La entrada fue por la Puerta de Atocha y se formaron en el Prado para irse desde allí a los cuarteles. Todos los soldados, especialmente los nuevos, venían llenos de retratos de Fernando y de escapularios y estampas de la Virgen, y en las banderas traían a esa Señora con el águila a sus pies. El inmenso gentío, la alegría, los vivas, todas estas son cosas inexplicables.

El día anterior publicó el Consejo pleno una cédula en que se daba por nulo cuanto se había hecho en Bayona y en Madrid por los franceses, y las renunciaciones de la Corona y sus derechos, hechos por los reyes e infantes en Bayona y Burdeos.

Del ejército de salteadores que salió de Madrid se decía que iban haciendo horribles destrozos y que habían llegado a Burgos y la habían saqueado. Estos infames iban brotando ira por la ignominia de hallarse derrotados, vencidos y perseguidos, y los efectos de su desesperación recaían sobre los pueblos sencillos y



desarmados, mientras huían cobardemente de los ejércitos españoles, cubriendo de afrenta sus águilas triunfadoras de toda la Europa.

El lunes 15 de agosto, día de la Asunción de Nuestra Señora, fue muerto y arrastrado por todo Madrid un francés a quien le oyeron decir: “¡Viva José y muera Fernando!”. Fue preso y conducido al cuartel de la plazuela de la Cebada y de allí sacado por el pueblo innumerable, sin que pudiese contenerlo el señor don Pedro Llamas, mariscal de campo y general de la división que estaba en Madrid, el cual quería castigarlo militarmente y con orden, y por esto sufrió algunos desaires que pudieron traer funestísimos resultados. La cuestión del francés fue con un español, en el Rastro, por la mañana, y a las once ya lo llevaban muerto. En este mismo día, a las once de la noche, pasó el gobierno una orden a los alcaldes para que, con el mayor sigilo, indagasen y recogiesen a cualquiera francés que hubiese en Madrid oculto, con el fin de evitar estos horrores.

El correo de este día y del martes siguiente, aunque todavía no eran completos, fueron ya mucho mayores que los anteriores, y de todas partes había noticias buenas o excelentes presunciones, menos de la memorable para siempre ciudad de Zaragoza que, después de veinte ataques por los franceses sin que hubiesen conseguido aún su posesión, por la defensa que hicieron los invencibles aragoneses, mandados por su valiente general, el ilustre joven don José de Palafox, se hallaba ya extremadísimo apurada; circunstancia que afligía a la gente de Madrid, que tenían en la parte más principal de su corazón a aquellos esforzados que, sin caballería y con muy poquísima tropa, habían hecho tan portentosos prodigios de valor. Este sentimiento tan justo se templaba con las noticias que nos comunicó la *Gaceta* extraordinaria del miércoles 17 acerca del Principado de Cataluña, en donde cada empresa había sido una maravilla, y de lo que estábamos casi enteramente ignorantes por la incomunicación que había habido con aquel Principado. Todo él se sublevó en los primeros de junio y sus resultados maravillosos llegaron hasta poner sitio a la ciudad de Barcelona y Figueras, dominadas por los franceses, después de haber destrozado mucho a las divisiones que salieron a varios puntos en los principios del armamento; y hubo ataques en que los bizarros catalanes pelearon con cañones que hicieron con troncos de árboles por no tener otros, y consiguieron victoria contra los inicuos franceses.

El mismo miércoles, a las seis de la tarde, llegó de oficio un expreso<sup>94</sup> al gobernador del Consejo, dirigido por el Excmo. Sr. don José de Palafox, en que

94. Correo extraordinario, despachado con una noticia o aviso determinado.

le participaba que los franceses habían huido dejando abandonada mucha artillería, municiones, víveres y otros efectos; que en el mismo día llegaron seis mil hombres de socorro de Valencia, y éstos y ocho mil aragoneses salieron a derrotar en el camino al enemigo. No, seguramente que no hay palabras que puedan explicar el júbilo de la gente de Madrid por esta noticia que se publicó por *Gaceta* extraordinaria el jueves siguiente, ni tampoco pueden explicarse debidamente los milagros de valor que hicieron en dos meses los fuertes e invencibles aragoneses.

El jueves y viernes se decían también buenas noticias en orden a hallarse muy apuradísimo los franceses de Portugal y Cataluña, mas al propio tiempo se aseguraba que se había descubierto una conjuración dispuesta para el día de la proclamación, y que se prendía mucha gente por la noche, y que ya estaban en Madrid dos o tres verdugos de fuera, y que se esperaban más. La gente se volvió a sobresaltar por un proyecto tan atroz y no deseaba sino el castigo de los malvados. El sábado fue el primer día que los alistados de Madrid concurrieron a las cinco de la mañana a varios puntos señalados el día anterior en carteles. Fue tal la informalidad que a las Delicias, donde se reunieron unos seis mil hombres, no concurrió jefe ninguno, ni militar ni civil, y se marcharon sin que nadie hubiese aparecido, después de esperar hora y media. En otros puntos, aunque concurrieron jefes, hubo confusión y se conoció que no llevaban formado plan alguno, y fue asombroso el número de alistados que concurrió a los diversos puntos señalados, pues no bajaría de cincuenta mil hombres. En el mismo sábado se puso un cartel en que el Consejo daba gracias al vecindario por su patriotismo, y manifestaba sentimiento porque no hubiese concurrido el número competente de jefes, y avisaba que se suspendía el concurrir hasta que se tomasen las debidas precauciones, para no molestar sin fruto al honrado vecindario. En la noche del mismo sábado y domingo siguiente se prendieron bastantes franceses que estaban ocultos en las casas de mujerzuelas libres, las cuales fueron también a la cárcel, igualmente que algunos hombres cómplices. El pueblo estaba feroz y dio en perseguirlas por sospechosas, pero producía esto muchos sobresaltos y sustos a personas del todo inocentes, por ignorancia o precipitación del pueblo.

El martes 23 entró en Madrid una división de unos diez o doce mil hombres del ejército de Andalucía, con su general en jefe, el Excmo. Sr. don Francisco

Xavier Castaños. Era tropa muy brillante, venían cubiertos de gloria, como vencedores, fueron recibidos en Madrid con salvas, repique de campanas, vivas y aclamaciones de un pueblo innumerable que, lleno de placer y con lágrimas de ternura, contemplaba asombrado a estos defensores gloriosos del honor español y de su amado y desgraciado rey, de quien nada se decía ni se sabía. Acompañaba al general en jefe un general inglés y un vocal de la Junta de Sevilla, con uniforme y una gran banda encarnada, que era el distintivo de aquellos tratos. Dos días antes había entrado en Madrid el duque del Infantado, con un *milord* inglés; había estado en Castilla y su presencia había sido de gran consecuencia para componer las desavenencias que había en aquel ejército, que ya había marchado hacia Burgos, de donde salieron los franceses, con infinita más precipitación que de Madrid, después de haber saqueado y aniquilado, como tenía por oficio aquella cuadrilla de vándalos, de los cuales estaba ya apoderado el terror, y caminaban sin orden, y casi sin plan. El duque y el *milord* fueron recibidos en Madrid como Cerbellón, Altamira, el ejército valenciano y el andaluz, y las gentes estaban llenas de la mayor alegría, cantando coplas inmensas cuadrillas de muchachas y mujeres con pande-retas que iban alborotando las calles.

Al día siguiente, 24 de agosto, se hizo la proclamación del joven y desgraciado rey Fernando VII, según se había anunciado. Puede que el mundo, en toda la duración de los siglos, no haya visto espectáculo más sublime que el que presentaba Madrid en este día feliz y de regocijo común. El inmenso gentío de la población de los pueblos circunvecinos y los soldados de los ejércitos españoles, todos mezclados, todos animados de un mismo espíritu, embriagados del placer más puro, aplaudían a los personajes beneméritos que iban en la numerosísima y magnífica comitiva, poniendo en las nubes los gritos penetrantes de “¡Viva Fernando!”, y congratulándose y dando las manos al duque del Infantado, a los generales Castaños, Llamas, Peña, a los ingleses, al conde de Altamira —que llevaba el estandarte y proclamó al querido rey—, y abrazándose y commiserándose, felices en proclamar y ver proclamado a su Fernando. Espectáculo grandioso y sublime, que no podía contemplarse sin bañarse de lágrimas, ¡y algunas se derramaron de puro gozo! El Ayuntamiento todo iba vestido a la española antigua, de blanco y negro, y hacía hermosísima vista, y los caballos, como los de la comitiva, vistósísimamente enjaezados, y casi todo Madrid colgado con la mayor profusión. Este fue un día sin noche porque, apenas iba a oscurecer, se encendió la iluminación en

todo Madrid sin haber una callejuela que no lo estuviese; hubo salvas de artillería y tiroteo de escopetas y pistolas en las calles por los vecinos todo el día; muchas danzas y bailes y, en fin, todo lo que no puede explicarse, ni apenas cabe en los límites de la imaginación. Y, en medio de esa inmensidad de almas y de un entusiasmo tan exaltado que todas las gentes parecían locas, ¿hubo alguna desgracia? Ni la menor. Dichoso rey en medio de sus desgracias.

Al día siguiente hubo comedias en los teatros de Cruz y Príncipe, con sus loas alusivas a las circunstancias, en que se descubría el retrato del rey y, por la noche, fuegos artificiales y músicas en el Prado. Y el viernes se corrieron toros en la plaza de la Puerta de Alcalá y entraban los soldados de balde. Y en todas partes la inmensa concurrencia y la alegría formaban el cuadro más hermoso e interesante que jamás puedan presenciar los mortales, que es la unión fraternal, llevando todos la escarapela en sombreros o monteras. En la plaza de los toros estaba puesto el retrato del rey en un balcón, con guardia de alabarderos, y se hacían los mismos honores que si estuviese en persona, y los toreros hincaban la rodilla para hacer el saludo cuando iban a matar. El ejército de Andalucía, el día que entró en Madrid, se dirigió por la calle Mayor, pasando por debajo de un arco triunfal que había construido la Villa de Madrid, al Real Palacio, y allí hizo los honores como si estuviese presente el rey. Y, en fin, el nombre de Fernando se repetía sin cesar por ancianos, jóvenes, mujeres y niños, y la historia de los siglos no presenciará un ejemplar de mayor entusiasmo.

El sábado salió alguna tropa de Madrid con dirección a La Raya, y seguían las gentes en la mayor expectación, esperando noticias de todos los puntos y, en cuanto a los enemigos que salieron de Madrid, se decía que habían retrocedido y que estaban entre Aranda y Burgos, por no poder pasar adelante. El martes, muy de mañana, salieron de Madrid dos regimientos de infantería con la misma dirección que la anterior tropa que había salido ya. En los demás días continuaba saliendo tropa, y recibíéndose noticias satisfactorias por los correos, que ya venían todos excepto la parte ocupada en Castilla y Vizcaya por los infames ladrones, que continuaban sus cobardías en las violencias y robos que cometían.

## [Mes de septiembre]

El viernes entró en la Corte el general don Gregorio de la Cuesta, que recibió del innumerable gentío las mismas demostraciones que los demás gloriosos defensores de España. Esta reunión de generales era ahora el objeto que llamaba principalmente la atención y los cálculos políticos de toda la gente. Algún motivo urgente y gravísimo los congregaba en Madrid, y era, según el sentir de todos, la formación y consolidación de una grande y suprema Junta Central de Gobierno que, reuniendo la soberanía de toda la nación, mandase en ella a nombre de Fernando VII, como la que este señor dejó establecida, presidiéndola su tío, el infante don Antonio, cuando partió a Bayona a conferenciar con el “invicto, el grande Napoleón”, que tan vil y traidoramente le engañó.

Era esta Junta precisa para que la nación se salvase y se dirigiese toda por un impulso solo, y el primero que indicó este pensamiento fue el valiente Palafox, en los primeros días del movimiento de Aragón. Siguióle inmediatamente el ex ministro conde de Floridablanca, esforzándolo con otras razones propias de su sabiduría en la proclama y manifiestos que presentó a la Suprema Junta de Murcia, de donde era vocal, y en cuya ciudad se hallaba confinado desde los primeros pasos de la elevación del ignorante déspota Godoy, que sustituyó en el ministerio de Estado a aquel hombre grande, que tenía celebridad en todos los gabinetes de Europa y que, según el decir de las gentes, había conservado Dios hasta los ochenta años de su edad para que con sus luces y su patriotismo salvase su patria de la crisis delicadísima en que se hallaba, sin cabeza, y gobernada cada provincia por la Junta Suprema que residía en la capital. A este anciano venerable se estaba esperando en Madrid y, por ser tan esperado y venerado de todos, formaba la principal confianza de las gentes, contando también con la lealtad de los valerosos generales, y con la protección de Dios, que tan visiblemente estaba favoreciendo a los españoles.

En estos días se prendió a varios franceses y españoles, y se formó completo un regimiento de tres mil hombres de los jóvenes alistados en Madrid, con el nombre de *Voluntarios de Madrid*, y se pusieron carteles de que se iba a formar otro de igual número de hombres; y los donativos hechos a la patria, y recaudados de orden del gobierno en el Banco de San Carlos, eran grandes y numerosos. Pero, a lo menos, debe mencionarse el del conde de Fernán-Núñez, que era de for-

marse o levantar a sus expensas un regimiento de caballería, de cuya oferta puso carteles para que acudiesen los voluntarios a alistarse a la casa de su comisionado. Y también la del duque de Medinaceli, que consistía en doscientos ochenta mil reales cada año mientras durase la guerra, ochenta mil que dio de contado; mantener cuatrocientos hombres de caballería durante la guerra y, si venía el querido rey, cuatro millones para el Palacio y las fiestas. Y a este tenor había muchos de gran consideración y, entrando en la esfera de la pobreza, veíanse ofertas de corbatines, de zapatos, de hilas, de lienzo, etc., y había de seis reales o diez. Las había de gente que no podía más.

En estos días en que toda la atención de la gente se ponía en el ejército francés de Portugal, y en el que salió de Madrid que, unido con el del general Bessières y los que dejaron a Zaragoza, componía todavía una fuerza respetable, e igualmente en los que estaban en Barcelona y Figueras, se hablaba con suma variedad en Madrid, asegurando muchos que Junot se había rendido ya a los ingleses, pues, según noticias, pasaban de veinte mil los que había en Portugal. Pero oponía cuerdamente la gente que no se publicaba de oficio en Madrid una noticia tan grave y por extremo interesante, y que esto bastaba para no darla crédito. Decíase que los que salieron de Madrid hacían mil iniquidades y habían saqueado a Bilbao y hecho muchísimas atrocidades, y que se iban reuniendo en mucha fuerza hacia Tudela. Asegurábase que el ejército español de Galicia estaba ya marchando hacia Burgos y que de todas partes y por todos los puntos caminaban los españoles a cortar y estrechar a los franceses.

La Junta Militar que se formó estos días, compuesta de ocho o diez individuos, para organizar el ejército de Castilla la Nueva, de la cual era presidente el duque del Infantado y su segundo el marqués del Castelar, publicó que el martes 6 de septiembre a las seis de la mañana estuvieran todos los filiados de Madrid en el Retiro, para tallarlos y formar los batallones y compañías, y que desde aquel día dormirían en los cuarteles y se les abonarían los pres caídos<sup>95</sup> desde el día en que se les tomó la filiación.<sup>96</sup> Publicóse también por el Consejo en uno de estos días que, bajo las más severas penas si no lo hacían, se presentasen a los acaldes todos

95. Según el *Diccionario militar* de Raimundo Sanz, publicado en 1749, *pres* (o *prest*) es lo mismo que paga, “y debiera llamarse con más propiedad sueldo, pues el soldado toma su nombre de él” (2007: 86a). Se correspondía con la parte que se entregaba semanal o diariamente. *Caldos* es retribución, uso que aún mantiene en algunos puntos de América. Quiere decir que se pagarían los sueldos correspondientes a esos días, a días vencidos.

96. Registrar a los que sientan plaza de soldado, especificando su estatura, facciones y demás señas.

los franceses que hubiese en Madrid, imponiendo las mismas a los vecinos que no los delatasen sabiendo dónde había alguno. E igualmente se publicó que todos los artistas de Madrid hiciesen la obra que se les mandase para el ejército, en su respectivo oficio cada uno, trabajando por la noche también, sin poder admitir obra de particulares hasta que entregasen la del ejército, pena de grandes multas.

De Madrid salía sin cesar tropas, y toda la oficialidad tenía orden de estar dispuesta para el primer aviso. En cuanto al ejército rendido en Andalucía, estaba todo prisionero en varios puntos y Dupont en el castillo de San Sebastián; y hubo antes de embarcarse un alboroto en el Puerto de Santa María contra él y los suyos por haberse caído de un cajón una patena y una copa de cáliz, y vino a parar en que el pueblo quitó a los franceses cuanto tenían, maltratando a Dupont, por cuyo motivo este ladrón, jefe de ladrones, se atrevió a reclamarlo todo al general Morla, invocando los sagrados derechos del honor y de los tratados. Pero las contestaciones de Morla, que se imprimieron y agradaron mucho a la nación, debieron dejarle bien desengañado, y, por último, la capitulación se dio por nula y todos quedaron prisioneros y él preso. No merecían otra cosa estos infames violadores de todo lo más sagrado de todo el universo, y con ellos ningún trato debía obligar ni ligar a ningún hombre de bien, ni a una nación sincera, generosa y valiente, que los había admitido bajo los pretextos más amistosos, para ser después sacrificada.

Concurrieron los alistados el lunes y se formó el regimiento de Primero de Voluntarios de Madrid, agregando unos doscientos cincuenta hombres entre oficiales y soldados del regimiento de infantería del Estado y algunos de la reina María Luisa, cuyos dos cuerpos quedaron extinguidos. El número de enfermos franceses que se sacaron hacía ya muchos días del Hospital de Madrid, y se llevaron a San Fernando, libertándolos de la muerte que hubieran sufrido —pues la gente y los valencianos del ejército quisieron entrar en el hospital y pasarlos a cuchillo—, se habían tumultuado y mataron dos o tres centinelas, y se fugaron bastantes con las armas, por lo que salió de Madrid alguna caballería a perseguirlos. Estos eran los franceses.

Díjose el martes 6 que los generales que estaban reunidos en Madrid habían pasado un oficio a José Bonaparte diciéndole que si una hora después de recibido se cometía la menor hostilidad contra ningún pueblo, ni se atropellaba a una sola persona, serían pasados a cuchillo al instante los treinta mil prisioneros franceses que estaban en poder de los españoles, y su misma persona si lo llegaban a

prender. Asegurábase también que había la mejor armonía entre los generales, y que todos propendían a los dictámenes y planes de Cuesta.

No se ha hecho mención de que el extracto de la causa formada en la ciudad de Valencia contra el canónigo que fue de San Isidro de Madrid, Don Baltasar Calvo, se había publicado ya, y causaba horror leer los planes infernales y los atroces delitos de aquel hombre que murió dado garrote. También el Consejo de Castilla publicó un manifiesto que contenía los procedimientos de este Supremo Tribunal desde octubre del año anterior, 1807, en que se formó la célebre causa de El Escorial contra el duque del Infantado y demás, hasta el día de la salida de Madrid de José Bonaparte y sus ejércitos, con motivo de los papeles injuriosos contra él que se imprimieron en esta época del levantamiento de las provincias, y el resentimiento de toda la nación contra dicho tribunal que creía no había cumplido sus deberes desde la ocupación de la Corte por las tropas francesas. Y en dicho manifiesto se vindicaba a los ojos de la nación de la injusticia con que se juzgaba de él, sin la noticia exacta de los hechos que acreditaban su rectitud e inalterable lealtad, como constaba de la misma exposición del Tribunal y los documentos originales que la acreditaban, de cuyo manifiesto en general se sentía bien, pero no satisfizo a todos.

Los *Voluntarios de Madrid* se instruían en el ejercicio por tarde y mañana y su cuartel era el Pósito. Era gente muy baja casi toda, y muchachos había muchos y algo revoltosos. El jueves 8 entraron en Madrid los diputados de Aragón, que lo eran el conde de Santiago y un hermano del general Palafox. Continuaba saliendo tropa de Madrid, en donde se corría voz estos días de que Bonaparte venía a España con cincuenta mil hombres, y en Francia se hacía correr, según carta que se vio de Bayona, de que venía con ciento cincuenta mil; pero añadía la misma que era imposible.

Se habían hecho muchas prisiones en Madrid porque estaba lleno de gente sospechosa, y seguía prendiéndose; mas, a pesar de esto, como todavía no se había hecho un castigo ejemplar, estaba impaciente la gente, y llegaba al extremo su impaciencia cuando consideraban la fortuna que tenían, en la piedad con que se les trataba, unos viles españoles, apasionados, amigos y aun espías de los franceses, que habían cometido en España, y cometían aún, delitos y abominaciones tan horribles que quizá no se creerán después. Unas tropas que, huyendo de las españolas, empleaban su valor en quemar las mieses de los pueblos indefensos por donde transitaban, destruir las casas, robarlo todo, arrojar, escarnecer y pisar las



sagradas formas, beber vino en los sagrados copones y cálices, matar niños y ancianos, forzar a las monjas y demás mujeres en presencia de sus padres y maridos, de cuya bestialidad –que repetían con una sola muchos animales de aquellos– murieron algunas. Y estas ferocidades las cometieron en varios pueblos de España y se publicaban en las gacetas de Madrid y provincias, y se leyeron en las cartas originales de aquellos pueblos desventurados. Estos eran los soldados de la gran nación del gran Napoleón, los primeros militares del mundo, los cultos, los terribles en las lides, los generosos. Pues estos cobardes, estos asesinos, estos ladrones y sus infames generales y su inicuo emperador, tuvieron desde un principio, y tenían en la actualidad, muchos partidarios, infames españoles –como repetidas veces se ha dicho–, que se prestaban a sus execrables planes y contribuían a llevarlos adelante.

El día 10 de septiembre vio todo Madrid fallidas sus esperanzas más lisonjeras en aquella época, pues no se verificó la formación de la Junta Central, que tantas veces se ha mencionado ya en este escrito, ni había todavía llegado a la Corte el deseado conde de Floridablanca, mas es verdad también que había excelentes noticias acerca de la amistad y deferencia de los generales que se habían reunido a formar la Junta de ellos en Madrid, y se aseguraba que el plan de campaña estaba ya aprobado y que era el presentado por el señor Cuesta. En dicho día 10, en cambio del sentimiento de la falta de la Junta, se publicó en *Gaceta* extraordinaria que Junot había capitulado con el general inglés de Portugal, cuya noticia, tantas veces esparcida sin fundamento, era del mayor interés para toda la España, pues dejaba libre todo el ejército de Extremadura, que estaba con objeto de impedir a los franceses de Portugal una entrada en España para reunirse en Castilla con los que salieron de Madrid y demás que había allí. No decía la *Gaceta* en qué términos había sido la capitulación, ni traía detalle alguno, ni tampoco le traía la *Gaceta* del martes inmediato, porque ya, desde que huyeron los franceses de Madrid, se había vuelto a la costumbre antigua de publicar la *Gaceta* dos días a la semana; y ésta, lo que únicamente refería, eran las atrocidades que cometían los cobardes franceses en la desventurada ciudad de Barcelona, al abrigo de aquellas famosas murallas y del castillo de Montjuïc, que los ponía a cubierto de la indignación del ejército catalán, que cercaba aquel pueblo tan hermoso, ahora tan desdichado, teatro de los mayores horrores.

El regimiento de *Voluntarios de Madrid* hacía todos los días ejercicio y se decía que estaba sumamente disgustado con los oficiales que le habían agregado, por-

que se estuvieron en Madrid, sin salir a ninguna provincia. Estaba también cuidada toda la gente por la dilación de la formación de la Suprema Junta Central, que era el punto adonde se encaminaban las esperanzas de todos los españoles, y estaba haciendo perjuicios la dilación, porque había falta de dinero y lentitud en el movimiento de las tropas para arrojar a los enemigos de los últimos términos que ocupaban en España ejerciendo sus crueldades. Todo lo cual se hallaba extendido en el *Diario* del día 13 por el conde de Montijo, a quien había enviado a Madrid el señor Palafox para remover estos asuntos.<sup>97</sup>

Sucedíanse las buenas noticias sin interrupción a mezclarse y templar el sentimiento que producían otros asuntos, y en este día, 13 de septiembre, se supo en Madrid que a la vista de La Coruña se hallaba nuestro marqués de la Romana, con diez mil españoles que lograron escaparse de Dinamarca, por las sabias disposiciones del general, el referido marqués, y las combinaciones con los ingleses que los trajeron embarcados. Se hallaban en aquellos países hacía ya dos años de auxiliares de los franceses, adonde fueron unos dieciséis mil hombres de tropas escogidas, porque, como el plan estaba ya formado, importaba a los dos hombres más malos que ha conocido el mundo, Bonaparte y Godoy, debilitar de antemano las fuerzas de esta nación. Esta noticia arrancó lágrimas de ternura, porque eran tropas aguerridas, eran españoles, eran nuestros hermanos, y eran tropas perdidas para España, a no ser por una combinación milagrosa y por el auxilio poderoso de nuestros verdaderos aliados, los ingleses.

Las gacetas de Londres traían que se les había propuesto a los españoles dejar sus banderas y que pasasen a las francesas, pero que todos reunidos pusieron las banderas españolas en medio y, de rodillas, juraron ser fieles a su patria hasta derramar la última gota de su sangre. Los españoles honrados, sencillos y sensibles, así como celebraban con lágrimas puras de placer este feliz acontecimiento, temblaban por el riesgo de los que habían quedado tan lejos de su querida España, mezclados con los tiranos del mundo.

En este mismo día 13 salió de Madrid el señor general Cuesta, y no quedaba otro que el señor Castaños. Nada se sabía de lo que habían tratado, pero habían corrido excelentes voces, como queda ya referido. Publicóse *Gaceta* extraordinaria de estos asuntos el miércoles 14, pero nada más refería sino que estaban embarcados ya en el Norte para venir a España, y en el día anterior supuso ya la gente que estaban a la vista de La Coruña, como queda referido. Hacía ya tres o cuatro

97. Está al fin este diario.\*

días que había acabado de salir toda la tropa que había en Madrid con dirección a Soria, y, por último, en este mismo día 14 de septiembre corrió por Madrid que nuestro soberano Fernando VII ya no estaba en su prisión, ni la tropa que le acompañaba. Se sabía de ella en Francia que todos faltaban, y se presumía en Madrid —y había sujetos que lo aseguraban— que Fernando y los que le guardaban, a beneficio del oro y los empleos y las diligencias de los ingleses, se verían en España libres muy pronto. Considérese la alegría de todas las gentes de Madrid con tantas noticias y todas tan excelentes.

Las cartas de Cádiz que se recibieron el jueves 15 de septiembre decían que los ingleses habían llegado a aquel puerto con quinientos mil duros, cuarenta mil fusiles y otro número grande de pistolas, todo para España. Hacía poco que al mismo puerto habían conducido un millón de pesos para la misma, y cuatro millones de reales de una suscripción que hicieron en Londres las señoras, para socorrer las viudas y huérfanos de los que habían [fallecido] y falleciesen en España peleando contra los franceses. Habían hecho ya otros infinitos desembarcos de armas, municiones, artillería, vestuario y gente, que jamás deberá ni podrá olvidar España, y continuaban sin cesar sus poderosos auxilios, con los cuales hasta las mismas Américas se iban asegurando, por los avisos que circulaban a todas partes llevando diputados españoles y documentos competentes, para que aquellos países tan distantes no padeciesen engaño y cayeran bajo el dominio del tirano usurpador. Y a estos servicios tan activos y extraordinarios se debía que hubiesen proclamado en algunos puntos de América a Fernando, como había ya publicado la *Gaceta* de Madrid, y, por consiguiente, estuviesen asegurados ya aquellos dominios, siendo los ingleses los únicos que pudieran con algún fruto hacer una tentativa contra ellos. Y hallándose en guerra con España cuando ésta se armó cuatro meses hacía contra la Francia, tales eran los favores, y de tal consecuencia, que hacía en esta época la Inglaterra a la España.

Causó bastante disgusto a toda la gente que Dupont y mucha oficialidad suya se hubiese embarcado en Cádiz para Francia, como dijeron las cartas de aquella ciudad, en donde el disgusto era mucho mayor porque decían que con semejantes hombres ningún tratado se debía cumplir. A la verdad, todo lo merecían aquellos infames, pero no merecían los generales y magistrados españoles mancharse con los mismos delitos de ellos, ni imitarlos en su iniquidad. Era preciso para obrar como ellos ser franceses, y, no siéndolo, nadie podía ser tan pérfido. Pero consistía

también en que, después de tantos prodigios como se habían obrado, había personas entrometidas y entusiastas que de todo murmuraban y nada o poco les contentaba. Decían las cartas que, al tiempo de embarcarlos, los despojaron de unos diez mil duros que llevaban. Este día 16 creció en Madrid por extremo la agitación y alegría con las voces que corrían de que el rey estaba ya libre, y había personas que lo aseguraban; del ejército francés, de Castilla y Navarra nada de positivo se decía.

El sábado, 17 de agosto, entró en Madrid la división del marqués de Coupigny, del ejército de Andalucía, como de unos diez mil hombres, con muchos bagajes, cañones y carros de municiones. Esta división fue la que principalmente sostuvo el combate e hizo rendirse a Dupont en Bailén; venían muchos caballos franceses y mochillas, y todos los carros de munición también lo eran. Los soldados venían estropeadísimos, porque el infame privado Godoy tenía en cueros todo el ejército. Acudió mucha gente a verlos entrar por la Puerta de Atocha, mas iba disminuyendo ya la novedad, y no fueron tan vitoreados como los anteriores, aunque sí recibidos con mucho afecto y cordialidad. El general Castaños los pasó revista acompañado de todos sus edecanes, de los cuales era uno el conde de Haro, hijo primogénito del duque de Frías, de quien se dijo que Cuesta lo había mandado arcabucear, mas fue de las noticias falsas que en Madrid habían corrido, y este joven se había portado bien, a diferencia de su padre. Había en esta división muchos andaluces vestidos todavía de paisanos, con los cuales venían completos los regimientos de línea.

Puesto que se ha tratado el punto de los traidores, parece aquí a propósito decir que uno de los que marcharon con los franceses, y de los más adictos, que fue de los que más esfuerzos hicieron por establecer el gobierno francés y la soberanía de José, fue el ministro Caballero, quien hizo un papel tan brillante en los movimientos de Aranjuez. ¿No se ve en esta conducta que lo que menos le importaba a este bribón eran los derechos y la inocencia de Fernando, y que era uno de los infames egoístas que jamás tienen otra guía para sus procedimientos que sus particulares intereses?

Ya hacía tres días que había llegado a Aranjuez el conde de Floridablanca y allí se reunían todos los diputados de la juntas para formar el gobierno superior, estando las gentes con la mayor ansia por los resultados. El día 17 publicó el Excmo. Sr. don Pedro Ceballos una exposición de las maquinaciones que se

habían empleado para usurpar la Corona de España y engañar a Fernando, y, como ministro suyo que a todo se halló presente, daba una noticia completa de todo y era bien a propósito para mantener la indignación de los españoles contra el pérfido Napoleón y sus inicuos secuaces.<sup>98</sup> En el mismo día, la Junta Militar, creada, como se ha dicho, para la formación de los cuerpos que se levantaban en Madrid y toda la Castilla la Nueva, puso carteles avisando que para el lunes 20 acudiese la gente restante, de solteros y viudos sin hijos de Madrid, para formar el Segundo Regimiento de Voluntarios, previniendo que no se diese lugar a que la justicia tuviese que recordar la obligación que todos tenían de presentarse.

Hablóse en estos días de unos pliegos de la importancia más considerable, presentados al gobernador del Consejo e interceptados improvisamente a uno que salía de un portal oscuro y, oyendo toser, escapó precipitadamente, dejándose un pañuelo lleno de cartas. Los que tosían eran dos que estaban desocupándose de una necesidad, y cogieron las cartas y, como era sospechoso todo, las presentaron al gobernador. Sucedió siendo ya de noche y, de resultas de la trama que estos pliegos descubrieron (así se decía), prendió en Castilla el señor Cuesta al señor don Antonio Valdés y Bazán, capitán general, ex ministro muy célebre de marina, presidente de la Junta de León y diputado de aquel reino a la Junta Central, hombre de edad y de gran concepto en la nación. Dejó a toda la gente sorprendida esta prisión. Díjose también que en Madrid y otras partes se había prendido a muchos, también de resultas de otros pliegos, y aun se hablaba de que León, Galicia y Asturias tenían hecha alianza para declararse repúblicas y neutrales. En fin, la tempestad aún duraba y, aunque las cosas no fuesen ciertas, había en Madrid mucho germen francés y de todos modos se intrigaba.

Contrastaba con estas noticias la que se había divulgado seis u ocho días hacía de que el señor Castaños había dicho que el día 24 descubriría una felicidad para la España, y que no podía antes, y que el señor duque del Infantado tenía un pliego cerrado para abrirle dicho día; que los polvoristas estaban trabajando para aquel día de orden del gobierno, y también los cereros haciendo hachas de tres pábilos; y la gente decía que en aquel día entraba en Madrid, o a lo menos en España, el señor rey Fernando VII, con otras mil cosas a este tenor.

El célebre Floridablanca se hallaba ya en Aranjuez con casi todos los diputados de las provincias, mas nada se sabía todavía. Ninguna novedad de importancia sucedió en los cuatro o seis días siguientes, sino tener noticias de que esperaban

98. Acompaña a este escrito.\*

bastantes franceses a los ejércitos nuestros que les cercaban en Navarra y Castilla, y haberse desvanecido la ilusión que alimentaba toda la gente con respecto a la extraordinaria novedad que esperaban el día 24 de septiembre, habiéndose pasado todo él sin saberse nada, y sin ocurrencia alguna ni otra novedad que haber tenido noticia de que en la Junta de Aranjuez, adonde estaban ya todos los diputados de España, excepto los de Galicia, y habían tenido ya la primera sesión, había mucha armonía, mucha deferencia al gran Floridablanca, y conformidad de ideas; y que pronto se consumiría la grande obra de la formación de la Junta Soberana que tanta falta hacía.<sup>99</sup>

También había pasado a Aranjuez el embajador inglés, pero todavía no se había manifestado como tal. Aunque se había citado para el día 20 a todos los voluntarios solteros para formar el *Segundo Regimiento*, se habían aún presentado muy pocos, y se decía que iba a haber una requisición militar.<sup>100</sup> También en el mismo día 24 se dijo haberse entregado a la división de Llamas –según decían algunas cartas– una columna de seis mil franceses. El día 25 quedó instalada la Junta Suprema de la nación,<sup>101</sup> prestaron los vocales el juramento sobre los Evangelios, después de celebrada misa en la Real Capilla, y cantádose el *Tè Deum*..., acompañando la salva de la tropa que había, y aplausos y vivas innumerables de la gente que entonces se hallaba en el Sitio. La Junta Central se componía de dos diputados de cada provincia de España, que enviaron las juntas respectivas, y aún no se sabía quién sería el Presidente, aunque la voz de la nación y de los mismos vocales nombraba a Floridablanca. Pero sí se sabía que todos los individuos de la Junta tenían el mayor respeto y la más grande consideración al conde, que todos estaban contentos y caminaban de acuerdo al mejor fin.

Así, en estas circunstancias extraordinarias en que se hallaba la patria, once millones de almas sin rey, sin gobierno, se reunieron a establecerle sin convulsiones políticas, sin derramar una gota de sangre, de sangre española, sangre leal, vir-

99. Tachado lo siguiente, que parece el inicio del borrador de una carta al periódico: “Señor Diarista. Muy señor mío. Yo que me hallo en la esfera de los que tienen que recibir preceptos, con subordinación y respeto, de los hombres de letras, de aquellos [grandes: tachado] hombrones que parece tienen en su mano el poder de hacer callar a la pobre y desgraciada multitud, que nada tiene que oponerles sino la resistencia de su razón natural, que no pocas veces [encuentra repugnancia: tachado] no queda persuadida con los bellos discursos de aquéllos”.

100. Recuento y embargo de bienes para uso militar.

101. Su *Proclama a la nación* acompaña este escrito.\*

tuosa y valiente, que sólo querían derramar en la defensa de la religión augusta de sus mayores, de su patria y de su querido monarca, el deseado Fernando VII. Esta virtud, este patriotismo, hacía asomar lágrimas de ternura, lágrimas de placer y consoladoras a los españoles, y atribuían a Dios todos estos prodigios, que había mirado con compasión a una nación inocente que iba a ser presa del mayor tirano del mundo. Bien claro se puede percibir cuál sería el valor de los ejércitos: todos los soldados estaban ansiosos de derramar sangre francesa, y vengar los ultrajes hechos a su patria, religión y rey por aquellos vándalos infames.

Y el 27 se dijo por todo Madrid que la cuarta división del ejército de Galicia, mandada por el marqués de Portago, había entrado en Bilbao después de cinco horas de fuego; echó a los franceses, que se replegaron más al centro, y que les había cortado la retirada. Díjose también que Cuesta con su ejército había entrado en Burgos, adonde habían vuelto los franceses, que salieron con la mayor precipitación en la más vergonzosa fuga, dejándose innumerables almacenes<sup>102</sup> y algunos miles de enfermos, por manera que ya los franceses se hallaban circundados de ejércitos españoles, que era lo mismo que hallarse rodeados de la muerte ¡Gloria inmortal a la gran nación! Bonaparte, ¿qué es de tus legiones, de tu gloria, de tu poder? Míralo estrellado en España, esta prueba te restaba que hacer.

Toda España era un cuartel; en todas partes se armaba gente, se hacían donativos, vestuarios, se conducían municiones, artillería, se escribían elogios, papeles y se apellidaba: “¡Fernando, Fernando! ¡Viva Fernando VII!”. La nación que se halla de esta manera, ¿se puede conquistar? Bonaparte, el poderoso Bonaparte, será el testimonio concluyente en esta y en todas las épocas venideras.

### *[Mes de octubre]*

No hubo novedad de consideración en los días subsiguientes, tan sólo buenas noticias de unas divisiones que cada vez estrechaban más al enemigo y, por consiguiente, se esperaba pronto un resultado decisivo. La Junta Central obraba con mucha reserva y, aunque se hablaba mucho, nada se sabía de cierto; sólo sí que había trabajado mucho en componer las desavenencias suscitadas con motivo de la prisión del capitán general Valdés por el señor Cuesta, cuyo incidente había

102. Conjunto de municiones y pertrechos de guerra.

tenido, y aún tenía, en expectación a toda la gente, porque la misma Junta anunció que pudo tener malas consecuencias, y que esperaba los resultados de sus últimas resoluciones sobre este punto. Eran inmensos los preparativos de guerra que pasaban por Madrid a La Raya, y muy activo el movimiento de toda la tropa, pues sin cesar entraban y salían regimientos y, sin cesar, se hacían vestuarios, enseñas y carros para municiones.

El viernes 7 hubo la primera noticia de la llegada a Santander de nuestro marqués de la Romana con sus diez mil hombres, noticia por extremo plausible y acontecimiento que a todos parecía milagroso. El día 14 de octubre, en que cumplía 24 años el virtuoso Fernando, se vistió la Corte de gala, hubo salva e iluminación, pero se manchó Madrid con la sangre de dos franceses que el pueblo enfurecido descubrió, mató y arrastró por las calles. Acontecimiento horroroso que volvió a asustar a las gentes pacíficas y puso en cuidado al gobierno.<sup>103</sup> Y no faltaba quien temiese que tal vez hubiese agentes franceses en ello, pues el pueblo amenazó la casa del embajador de Rusia, porque en ella decían que tenía algunos franceses de los ejércitos. Nada de positivo se sabía, pero no cesaban de entrar en Madrid y salir para La Raya tropas y trenes de campaña. La Junta nombró nuevos ministros, dejando en el de Estado al benemérito Ceballos; todos los demás eran hombres muy acreditados en la nación, ¡ay!, también lo eran los que nombró Fernando... ¡Desgraciado Señor!

El día 18 se puso un cartel en que el gobierno se quejaba y acriminaba el proceder horroroso del populacho en el día 14, cumpleaños del joven soberano, y promulgó, con arreglo a las leyes, que sería castigado hasta con la pena ordinaria quien promoviese alborotos o cometiese semejantes horribles atentados. El mismo día entró en la Corte don José Gallardo, general en jefe del ejército de Extremadura, con los mismos vivas y aclamaciones que los demás defensores de la patria. La Junta Central trabajaba con mucha actividad y estaba ya casi enteramente consolidada, pues había recibido y publicado los oficios de muchos tribunales del reino de haberla reconocido y hecho el juramento de fidelidad. De esta manera iba perfeccionándose la grande obra que había empezado esta valerosa nación, cuyos influjos habían llegado con tanto vigor a la América que, si era posible, el entusiasmo por Fernando VII y el deseo de venganza eran mayor[es] que en España, y prodigiosos los ofrecimientos de aquellos países para la guerra contra la Francia.

103. Este episodio lo recuerdan otros, por ejemplo, Martín de Bernardo (1808: 95-96), González Mateo (1808: 7-11) y Alcalá Galiano (1955: 48-49).



Pero, en tanto que venían caudales de aquellos países tan remotos, eran muchos los que se proporcionaba la Junta Soberana con los impuestos en calidad de empréstitos en toda España, los donativos de toda la nación, venta de bienes del Príncipe inicuo que fue Almirante y de los que se marcharon con los franceses, a que se agregaba los muchos millones que ya había entregado la Inglaterra y los ahorros de los inmensos gastos del Palacio y las innumerables rentas del funesto Almirante.

### [*Mes de noviembre*]

El día 2 de noviembre salió el primer regimiento de infantería de Voluntarios de Madrid, vestido y armado. Todo Madrid estaba impaciente por el resultado de los ejércitos, de los que sin cesar hablaban las gentes con el mayor afán, deseosos del total exterminio de los inicuos soldados del infame Bonaparte. Pero a dos o tres días de esta esperanza, que tenía a todos en la mayor ansiedad, empezaron a correr noticias que volvieron a turbar la seguridad y hacer temer funestas consecuencias. Díjose que Napoleón, habiendo entrado en España con un refuerzo considerable de tropas que, unidas a las de José, hacían un ejército de mucha consideración, había empezado a obrar con él hacia primeros de octubre y había avanzado mucho terreno. Las noticias eran confusas y la gente ardía de furor, pero mezclado con el desconsuelo.

Así pues, en esta triste posición y sin que el gobierno avisase nada de oficio, llegó el día, a mediados de noviembre, en que por fin avisó por carteles que, según las noticias adquiridas, los franceses andaban en Castilla otra vez. Según unos, en número de ocho mil, y, según otros, en el de veinte mil hombres. Aviso fue éste que a todos consternó por su ambigüedad y porque sospechaban que el gobierno ocultaba lo cierto, y amenazaban nuevos males que padecer, no pudiendo comprender qué era de tantos ejércitos españoles como victoriosamente se habían unido en aquellos puntos contra los franceses. Todo era corrillos, noticias, confusiones, ira y desaliento.

## [*Mes de diciembre*]

Y en esta mezcla confusa que duró hasta últimos del mes, sin que el gobierno dijese nada, se puso todo Madrid en movimiento el primero de diciembre, a la noticia de que los franceses habían forzado y pasado el Puerto de Somosierra, que defendió el general don Benito San Juan con diez o doce mil hombres. Todos acudieron a las armas y, entre escopetas de los particulares y fusiles ingleses que se repartieron en el Retiro, no bajaban de cincuenta mil hombres armados los que en estos días había en Madrid. Hiciéronse zanjas y baterías en las calles, llenáronse de colchones todos los balcones, se activaron las obras de fortificación de todas las Puertas, que ya hacía algunos días se estaban haciendo, empleándose en todo hombres y mujeres, ancianos y muchachos. Corrían algunas mujeres a los puntos principales con sartenes, almireces, cazos, jarros de yerro y cobre para que se empleasen en metralas y ruedas, y esteras para hacer tacos; sábanas, hilas, paños, vendas para los hospitales, pareciendo un día de juicio y arrancando lágrimas el entusiasmo con que se desprendían de su escaso menaje hasta los pobres. A los coches se les quitaron las cajas y, con ellos y todos los carros que se encontraban, se conducían municiones de unos puntos a otros, siendo tal la conmoción que nadie había que no estuviese en movimiento. Y en esta crisis el pueblo lanzó su furor contra el desdichado marqués de Perales, a quien asesinó en la plazuela del Avapiés,<sup>104</sup> por sospechoso, sin que pudiesen impedirlo las más eficaces persuasiones y empeños de algunos sujetos de carácter, entre ellos el duque del Infantado, que acudieron con la mayor prontitud.

La Junta Central, que se encontraba en Aranjuez, había salido ya para Talavera, y en Madrid tenía el mando estos días una Junta militar y civil, donde se hallaban los generales Morla y marqués del Castelar. Había unos siete mil hombres de tropa y con ella y los paisanos armados estaba guarnecido el Retiro y todas las Puertas y tapias de Madrid, con agujeros para los fusiles; y en la torre de Santa Cruz estaba puesta una bandera encarnada.

El 2 por la mañana se dejaron ver en las alturas las avanzadas de la caballería francesa, y en esa misma mañana entró un edecán francés a hacer intimaciones a la Junta, que estaba en el edificio de Correos; iba con los ojos vendados y poco faltó para que fuese víctima del pueblo enfurecido. En aquella noche empezó el fuego contra todos los puntos y de todos se les correspondía, pareciendo un infier-

104. Antiguo nombre de la actual plaza de Lavapiés.

no; y a las once de la mañana siguiente eran ya dueños del Retiro los franceses, con bastante mortandad de una y otra parte. Cesaron entonces todos los fuegos y enviaron otro parlamentario. La gente, como furiosa, no quería rendir las armas, y a las cinco de la tarde volvió el parlamentario con dos individuos de la Junta al cuartel general francés. En aquella noche salió de Madrid el general Castelar con algunos jefes, toda la tropa y dieciséis cañones, por la Puerta de Toledo, a incorporarse con otros cuerpos españoles donde los hallase.

El día 4 la gente toda estaba confusa y desesperada, sin saber qué hacer ni lo que pasaba, y a las diez de la mañana se desvanecieron todas las dudas y se marchitaron todas las esperanzas, entrando los franceses a tomar posesión de los principales puntos de Madrid, y llenando las calles de centinelas, dejando a la gente de esta capital atónita y entregada a la melancolía y a la desesperación.



## BIBLIOTECA HISTÓRICA MUNICIPAL

### DIRECCIÓN

*Carmen Lafuente Niño*

### SECCIÓN DE INFORMACIÓN Y REFERENCIA

*Purificación Castro*

*Pedro Ajenjo*

*Dolores García, M.ª Carmen Villanueva*

### SECCIÓN DE COLECCIONES ESPECIALES

*Ascensión Aguerri*

*Luis Barrio, Manuela Lázaro*

*Luis Iglesias*

### SECCIÓN DE FONDOS GENERALES

*Gloria Donato*

*Teresa Bravo*

*Rosa Delso, Ana Sánchez*

### ASISTENCIA ADMINISTRATIVA

*Belén Navalón, Gema Gutiérrez*

*Teresa Esteban*

### ASISTENCIA INTERNA

*Silvia Pinedo, Carmen Lorenzo,*

*Francisca Bonal, Manuela Pereira*



## AGRADECIMIENTOS

Archivo de Villa de Madrid • Archivo General Militar de Segovia • Archivo General de Simancas • Archivo Histórico Militar de Madrid • Archivo Histórico Nacional • Archivo Militar Regional Intermedio de Barcelona • Archivo Municipal de Zaragoza • Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Quijorna (Madrid) • Biblioteca del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid • Biblioteca Nacional de España • Calcografía Nacional • Hemeroteca Municipal de Madrid • Imprenta Artesanal de Madrid • Museo de Historia, Madrid • Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando • Museo Nacional del Teatro, Almagro • Museo Nacional del Prado • Museo Romántico.

Guadalupe Soria Tomás (Universidad Carlos III, Madrid)

Hirota Tateishi (University of Foreign Studies, Tokio)

Jerónimo Herrera Navarro (Compañía Nacional de Teatro Clásico, Madrid)







ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EL DÍA 24 DE MARZO DE 2008, AL CUMPLIRSE  
DOSCIENTOS AÑOS DE LA ENTRADA  
EN MADRID COMO REY DE  
FERNANDO VII





